EL JARDÍN DE LOS ÁNGELES

thriller

ANGEL MARIO FERNANDEZ

A Teresa
A mis hijos Ayelén, Nahuel, Héctor

© Ángel Mario Fernández

© Universoss Editor

EL JARDÍN DE LOS ÁNGELES

by
Ángel Mario Fernández

UNIVERSOSS EDITOR
(Placencia de las Armas, País Vasco, 2018)

LOS HECHOS

La escena fue dantesca. Nadie en la vida podría imaginarse que un hombre, más bien se dirá un muchacho de treinta años, podría ser el protagonista de semejante aberración contra una anciana. Teresita, como le decíamos, en el barrio en esa costumbre que tenemos los argentinos de tratar con diminutivos para expresar cariño, o quizá porque Teresita tenía su cuerpo diminuto ávido de bondades y estima, tenía largamente pasados los ochenta, aunque sus movimientos y su lucidez le quitaran un par de décadas. Unas gafas pequeñas descansaban en su nariz, dándole personalidad de anciana bonachona, y poseía un carácter amable y jovial con todo el mundo, de esas solícitas para hacer favores y tener buenas atenciones hacia el prójimo. Cuando decidió recoger a Mario de la calle, precisamente a este muchachote de treinta años ahora, no tenía aquel más que catorce años. Y ver hoy a ese chico hecho hombre pegarle a la pobre anciana de la manera como lo hacía... ¡que su única locura era cultivar claveles de todo tipo y criar chicos de la calle! Hay que hacer una denuncia a la policía y que le den todos los años que corresponda por la cabeza. Con los militares no pasaba eso, señores.

Ninguno de los vecinos sabe cómo comenzó la pelea o si Mario se volvió loco de repente. Primero se oyeron unos tremendos golpes de

un metal pegando en otro y momentos después, cuando todos los vecinos estaban disfrutando de las últimas luces de la tarde del primaveral domingo, el muchacho salió de la casa y comenzó a dar alaridos indescifrables y a darle puños en la cabeza, mientras la pobre Teresita solo gritaba:

–¡Ay, ay, me mata!

Don Pedro, el diarero de la esquina fue el primero en intervenir y tomó a Mario del cuello para separarlo, mientras don Roberto, otro vecino abrazó a Teresita consolándola. Don Pedro, que era bastante fortachón tenía agarrado al agresor del cuello y como éste quiso zafarse, tres hombres que vieron toda la escena lo ayudaron a reducirlo. Lo tiraron al suelo boca arriba y mientras Don Pedro puso su rodilla en la nuez de Mario, uno se sentó sobre sus piernas y los otros dos le pisaron cada uno sus brazos.

Así, Mario no pude moverse más y seguía emitiendo alaridos desproporcionados a la vez que insultaba a la pobre Teresita. Doña Luisa, otra vecina, fue la que llamó a la policía, que por suerte ésta vino a los pocos minutos. Esposó al muchacho con dificultad, ya que se resistió emitiendo sus chillidos y lo arrojó detrás del patrullero-jaula, dejando a todos consternados por el inusual acontecimiento.

Después de ese día, durante mucho, mucho tiempo no se supo más de Mario.

Yo contemplé impávido la escena a cincuenta metros cuadra de los hechos. Teresita vivía allí hacía muchos años, de toda la vida se diría, en su confortable casa con su familia e hijos adoptivos en la esquina (ahora solo con Mario) y yo vivía precisamente a mitad de la calle en

la acera de enfrente. Era un barrio de casas bajas por lo que podía contemplar por mi gran ventanal de la sala que daba a la calle, todos los movimientos de su casa.

Creo que es mejor contar la historia desde el principio para que conozcan la verdad de los hechos tal cual se fueron dando.

Parte 1

LA CASA DE TERESITA

I

Teresita siempre fue una mujer muy cerca de la Iglesia. En conceptos y también literalmente, ya que vivía a la vuelta de la Capilla de Nuestra Señora de los Piedad, cuyo cura párroco era el viejo padre Esteban. A ella le gustaba demostrarle a todo el mundo su caridad y se podría decir que en realidad era una mujer caritativa. Teresita no se había casado y por ende no tuvo hijos. Obviamente "no podía tener hijos una mujer soltera y fervientemente católica que no se había casado ante la gracia de Dios", dijo más de una vez. Pero los hijos vinieron igual. Teresita adoptó en total cuatro chicos. Todos ya grandes. Perdón, en realidad fueron cinco, con Mario. Pero Mario...

Su otra locura, como se dijo, eran los claveles. Tenía un jardín fondo de su casa y los cultivaba con una devoción enfermiza; siempre estaba dispuesta a darle el mejor abono para que no le aparecieran, lo que ella decía "las costras negras o amarillas", llamadas nerones, oidios o royas según su erudita palabra y que yo aprendí no porque me guste demasiado los claveles, sino a fuerza de tanto repetírmelo la querida Teresita. El Jardín de los Ángeles le llamaba, ya sea por su devoción a ese cultivo o bien por su fe en nuestro Señor.

–El Señor me envía los ángeles de noche para tenerme siempre tan hermosos mis claveles –me dijo una vez.

¡Y se lo creía, pobre Teresita!

–Apenas comience a secarse los pétalos hay que arrancarlos, porque sino no dejan salir a los nuevos –me decía con interés obsesivo.

Y cuando yo bajaba la vista de puro aburrido, me decía como disculpándose:

–No me haga caso. Soy una pobre vieja que ya no tiene mucho en qué pensar.

–No diga eso –le respondí poniéndole una mano en su disminuido hombro. –Son pocas las personas que pueden decir que tienen unas flores como las tiene usted.

–¡Es verdad! –sonrió orgullosa, acomodándose sus gafas para adivinarme. –Es que lo único que sé hacer es cultivar mis claveles y saber escribir. Eso sí que se me da bien y creo que la caligrafía que practico es muy buena. Mi madre siempre me decía: “Teresita, tenés que practicar mucha caligrafía”.

Sonreí satisfecho por haberle puesto otra vez contenta. De verdad Teresita se lo merecía todo.

Cultivaba una enorme cantidad de claveles: amarillos muy raros de conseguir, rojos, blancos, rosas, claveles turcos que desplegaban su encanto con bordes naranjas y oro, de color salmón, chinos pequeños de múltiples colores y hojas dentadas, los españoles que combinaban en una misma flor el rojo y amarillo, los del poeta con bancos en los bordes y morados en el interior y los que más me gustaban a mí, los bicolores, que ella conseguía con una fina intervención de un gajo de un planta en otra. Hace mucho tiempo vino con la noticia que había conseguido una especie muy rara de claveles negros, pero que éstos no necesitan el sol y lo tenía a buen resguardo de las manos depredadores de su hijos. Solo se daban en un lugar de Hungría y que ella tenía unas pocas plantas.

Todo el barrio tenía en sus floreros los claveles de Teresita, en especial la iglesia, porque si una cosa buena tenía la pobre anciana era compartir sus aromáticos claveles con todo el mundo.

Más adelante hablaré de Mario. Por ahora describiré cómo concebía Teresita la caridad.

Teresita recogió a Ramoncito cuando éste tenía 8 años allá por 1964. Ramoncito vino con su familia de la provincia Santiago del Estero a trabajar. Eran padre, madre y tres hermanos más. A Ramón le tocó limpiar por las casas y cuando una vez Teresita lo contrató para que limpiara su hogar, se apiadó de él y cada tarde le daba la leche con caco con abundantes galletas que Ramón devoraba ávido. Más tarde le hacía la cena si se quedaba más tiempo y por último hasta se quedó a dormir. Teresita le preparó una habitación para el chico y lo cuidó como si fuera un hijo propio. Le dijo que podía quedarse e irse con la libertad que él quisiera. Le pidió que ya no limpiara, pero aun así siguió ayudándolo económicamente. Pero un día ocurrió una terrible desgracia. La chabola de la villa miseria donde vivían Ramón y su familia se prendió fuego durante la noche, y Ramoncito fue el único miembro de la familia en salvarse, precisamente por estar en casa de su bienhechora. Este hecho que enlutó a toda la villa de chabolas y en especial al pobre Ramón, hizo que finalmente se quedara el chico a vivir para siempre en casa de Teresita hasta que se casara y se volviera a Santiago, su añorada provincia. Mejor dicho, se volvió a su provincia y se casó en Santiago.

El siguiente chico fue Enrique. A él lo recogió de bebé cuando una madre desaprensiva lo dejó en la puerta de la capilla. El Padre Esteban

dijo que había que darlo al juez de menores y Teresita le dijo:

–¡No, padre! El juez lo meterá en un reformatorio y ya sabe cómo saldrá de ahí de grande. Será un delincuente más que engrose las calles de Buenos Aires. –El padre Esteban se quedó meditando. – ¡Yo me haré cargo de él!

–¡Es una locura, Teresita! ¡Usted tiene bastante ya con el chico ese que se quedó huérfano!

–¡Qué no! ¡Donde comen dos, comen tres! Ya sabe como dice el dicho. Sino recuerde a Jesús a cuántos le dio de comer con un pan y un pescado.

El sacverdote suspiró resignado ante tanta cabezonería.

–¡Ay, Teresita! ¡Ojalá Dios le pague todo lo que usted hace por esos chicos!

–Verles la carita de felicidad es suficiente, padre.

–¡Dios te guarde! –y santiguó a Teresita. Ésta se llevó al chico que ya vino con un cartelito que decía “Enrique” y con la ayuda y autoridad del padre Esteban lo anotó ese mismo día en el registro civil para bautizarlo en la religión católica esa misma semana. Los padrinos fueron vecinos que no se negaron ante la virtud de la caritativa anciana.

Enrique fue la delicia del barrio durante mucho tiempo. Como Ramoncito, era morenito de cara, ojos negros y tenía un pequeño defecto en una pierna que lo hacía cojear levemente. Tal vez era un poco travieso y le gustaba robar manzanas de la frutería. Manzanas que Teresita pagaba religiosamente con dinero y con claveles. Pero el chico esa costumbre la perdió al tomar la comunión y también porque

Teresita era muy severa cuando se trataba de enseñarle a sus hijos, siempre dentro de los carriles de las buenas costumbres.

Luego Enriquito hizo el servicio militar cuando todavía se hacía a los 20 años, y decidió quedarse en el ejército para siempre. La última vez que el barrio supo de él, a través de Teresita, estaba en Río Gallegos, en la Patagonia.

El tercer hijo, fue una hija en realidad, la única chica de los cuatro... ¡perdón, de los cinco con Mario! Era Carmen. ¡Qué niña más bonita! Carmen era la más cuidada por Teresita, porque la mujer era consciente que los hermanos de ella no eran en realidad hermanos de sangre y tenía miedo que la tentación pudiera más que la hermandad impuesta por la anciana mujer. A Carmencita la trajo de la provincia del Chaco, creo, o Formosa, no recuerdo bien, pero sé que era de una de las provincias pobres del norte. Un día Teresita se fue con sus dos hijitos postizos, Ramón y Enrique a pasear, porque nunca los había llevado de vacaciones, “y eso no está bien para un chico”, me dijo una vez la mujer. Cuando regresó, los vecinos nos enteramos con la novedad que se trajo consigo a la beba que había sido arrojada por su madre adolescente. Si bien Teresita me contó los pormenores de manera confusa, escuché la versión de don Luís, uno de los ancianos amigos de Teresita que le contó la siguiente historia, y que yo confío más en ella que en mi memoria desinteresada. Fue así: una adolescente de quince años, que pertenecía a una buena familia tenía un noviecito que comenzó ver a escondidas y cuando menos su familia se lo esperaba apareció embarazada. La madre guardó el secreto y la protegió de las garras del autoritario padre, un comisario retirado,

aunque todos sabían que mucho tiempo no podrían guardar el secreto, teniendo en cuenta que ni la familia del muchacho, ni el muchacho mismo, estaban dispuesto a aceptar un casamiento de apuros o enfrentar el problema. Así, me dijo don Luís que le contó Teresita, la madre le comenzó a ponerle una faja a su hija para que no se le notara el embarazo y al último, aprovechando que el nacimiento se produciría a fines del verano y en plenas vacaciones, la mujer envió a su hija a la casa de una familia de Buenos Aires. Pero todo esto era una gran mentira, en realidad la dejó pupila en el convento de la ciudad hasta que se produjo el nacimiento. El padre párroco local cuidó de la niña-madre y conservó el secreto de confesión. Nacida una hermosa niña llamada Carmen, quedaba ahora lo más duro: cómo decirle al padre de la madrecita, teniendo en cuenta que su padre hacía de su casa un cuartel. El miedo a su marido y al que dirán de la chusma pudo más para la mujer, abuela de la pequeña Carmen. Sacó a su hija del convento y la convenció en dar a su hijita en adopción, ya que nada bueno podría esperarse de una niña nacida sin padre. La pobre madre adolescente, por ignorancia, por miedo, o vaya a saber por qué, aceptó dejar a la niña en la Iglesia y precisamente por allí pasó Teresita con su prole adoptiva. El cura párroco al enterarse de las buenas acciones de Teresita, consideró que sería una muy buena madre para la niña.

–¡El cura me pidió por favor que me trajera a la nena! –me contó Teresita más de una vez. Don Luís me dice siempre que Teresita le comentó que fue ella la que la pidió, pero yo sé de boca de la anciana caritativa que no fue así. De todas maneras no tiene importancia, lo

único que importa es que Teresita la cuidó y la educó como si se tratara de la hija más querida, y nadie puede decir que no la trató como una princesa. El hecho de ser la única mujercita de los cuatro... ¡cinco! La hizo especial.

Pero Carmen, como todos, creció. Creció y se enamoró y un no había cumplido los veinte años cuando se fue con el cartero, un chico tres años mayor que ella. Esto a Teresita le provocó un gran dolor, pero el amor es el amor. Supe, por boca de la anciana, que Carmen es muy feliz en su matrimonio y que se fue a vivir a Bahía Blanca, al sur de la provincia de Buenos Aires.

El último fue... (¡el anteúltimo!). Fue Damián. Lo de Damián fue distinto a sus hermanos predecesores. Tal vez porque la fama de Teresita como mujer caritativa había trascendido o simplemente de casualidad, a este chico lo dejaron en una cestita en el jardín de su casa una medianoche. Tenía un mes de vida y le pusieron una nota donde la madre explicaba que estaba muy enferma y que se moría pronto y que no tenía con quién dejar la criatura. Le pedía en nombre de Dios que no diera a nadie más a la criatura y que ella sabía –la madre de Damián –que en ningún lugar estaría mejor su hijo como allí.

Esta vez a Teresita le costó mucho poner las cosas en orden. El padre Esteban esta vez no la ayudó en el registro civil y hasta un juez casi le quita al niño a la anciana. Pero finalmente los tiempos burocráticos se fueron alargando y la nueva jueza viendo el problemilla psicológico que le causaría al niño arrancarlo de la casa de la gran mujer, dio por sentenciado que Damián se quedara en esa casa para siempre. Bueno,

para siempre no. Damián también creció y se fue no hace mucho a vivir a España, donde se está forjando un buen futuro.

Se podría decir que los cuatro (¡y aquí no me equivoco en el número!), los cuatro crecieron en la gracia del Señor. Ramón, Enrique, Carmen y Damián pasaron por la Iglesia tantas veces Teresita lo exigió. A los últimos tres los hizo bautizar ella misma, eligiendo como padrinos a vecinos del barrio como ya dije. Cuando al mayor se le preguntó si sabía si había sido bautizado, Ramón dijo que no sabía, aunque tenía padrinos, Entonces Teresita consideró que era mejor bautizarlo "por las dudas", y así lo hizo cuando tenía Ramón más de diez años. También tomaron los cuatro la comunión y, por exigencia de la mujer, ayudaron al Padre Esteban todo lo que se pudo en festivales, peñas, procesiones. ¡Si hasta Enrique fue monaguillo un año!

Cuando los hermanos se tuvieron que ir por las razones naturales de la vida, no dejaron de escribirle a la mujer y Teresita mostraba orgullosa las cartas y hasta –me da pena decirlo –me aburría leyéndome algunas.

Esta era la casa de Teresita, la mujer más caritativa que conocí en mi vida, y así sus hijos.

Pero Mario...

Mario es otra historia.

II

Mario es otra historia. En todo sentido: cómo llegó a casa de Teresita, cómo se crió antes y también después de venir al barrio, y cómo era la relación con la caritativa madre postiza.

Mario era un chico de la calle, y todos sabemos lo complicado que son estos chicos. No digo que todos sean malos, pero ¡seamos realistas!, los chicos de la calle deben sobrevivir. ¡Cómo sea! Y aún a riesgo que me tomen por prejuicioso, yo los encerraría a todos en una cárcel exclusivamente para ellos y que le den azotes como me daba mi padre hasta que aprendan algo bueno.

Decía, que la manera de llegar Mario a la casa fue distinta, porque no fue Teresita la que le pidió al chico quedarse, sino que fue el pequeño... ¡Bueno, no tan pequeño! ¡Mario tenía catorce años! Un día llegó a casa de Teresita, y parece que escuchó que la mujer tenía muchos hijos adoptivos y le dijo si no podía quedarse en su casa trabajando a cambio de un plato de comida. Todos sabemos lo bueno que era Teresita y llevada por la profunda lástima que le tuvo a este chico todo desalineado, lo aceptó, no sin hacerle muchas preguntas, ya que la desconfianza que le tuvo, admitamos, fue también de consideración. Porque una cosa es ser buena y otra muy distinta que la tomen por tonta.

–¿No tenés padres?

–No, señora.

–¡Nadie no puede tener padres! ¿Se murieron?

–No sé, señora. Yo me crié en la calle con mi hermano hace muchos años. No me acuerdo de mis padres.

–¿Tu hermano es mayor?

–Sí, señora.

–Él debe saber dónde están tus padres, ¿no?

–No sé, señora.

–Bueno, preguntale. No está bien que un chico guapo como vos duerma en la calle.

–No puedo preguntarle, señora.

–...

Teresita miró sorprendida al chico. Temió que le diga que se murió. Pero la respuesta del chico fue lo peor que se podría decir en esas circunstancias.

–A mi hermano se lo llevó la policía –dijo Mario poniéndose colorado de vergüenza.

–¿Hace mucho?

–Ayer.

–¿Por qué? ¿Sabés?

–Sí, señora. Mi hermano robó unas manzanas de una frutería y lo *engancharon*.

Todos sabemos lo mal que le cayeron estas palabras a Teresita (¡a quién no!), pero por otra parte, pudo más su caridad.

–¿Vos robás? –Las palabras de Teresita hicieron mella en el alma de Mario, y no resulta extraño saber que le costó ser sincero, teniendo en cuenta otras mentiras que se descubrieron más tarde. Pero, admito que en ese sentido, Mario se portó muy bien en ese instante cuando

dijo:

–Robaba. Ya no robo más.

–¿Por qué?

–No quiero llevar más esa vida, señora. Quiero un trabajo, una cama, un techo... –y se echó a llorar.

Teresita, con su profunda bondad acarició a chico y le dijo:

–Bueno, ahora no vas a tener que robar más, pero me tenés que prometer una cosa:

Mario miró la miró con sus ojos llorosos.

–Prometeme que no me vas a robar nada y te vas a portar muy bien.

–Se lo prometo, señora.

Teresita le hizo una caricia a Mario y le dio un beso en la frente.

Así fue el comienzo.

Mario ayudó con ganas en todos los quehaceres de la casa, y es sabido que sus “nuevos hermanos” se aprovecharon un poco de él en ello. Pero a Mario no le importaba. Pasó de no tener nada a tener un techo. Se sentía rico, a pesar de que a Teresita no le sobraba nada. Vivía bien de una buena jubilación que tenía y con eso mantenía la casa y a sus polluelos. Además, sus padres, comerciantes prósperos en el negocio del pan, le habían dejado una buena herencia. Cuando los chicos fueron mayores, trabajaron y mantuvieron la casa, como corresponde, y nunca les faltó nada, aunque tampoco les sobró. Teresita, por otra parte, cobraba una presión que le había quedado de la muerte de su madre. No sé muy bien la historia de lo qué pasó con el hermano de Mario. Lo escuché decir a él que lo mataron luego en extrañas circunstancias, lo cierto es que a las pocas semanas de entrar

a la comisaría del barrio, salió en libertad, pero volvió a caer. Esta vez le dieron dos años por la cabeza y cuando salió siguió en las suyas. Mario lo vio una o dos veces más y –me dijo el propio Mario –trató de convencerlo de que dejara esa vida. Creo que se quiso llevar al chico antes que le pasara lo que le pasó. Poco después vino Teresita con la novedad de que a su hermano lo habían matado en un enfrentamiento con la policía o algo así. Mario tenía los dieciséis o diecisiete años creo cuando sucedió el hecho. Toda una desgracia para el muchacho, pero qué quiere que le diga: esa gente está mejor así.

Otra cosa: las relaciones Mario-hermanos y Mario-Teresita nunca fueron de lo mejor. Un día Mario comenzó a quejarse de que sus hermanos se abusaban de él en el quehacer de la casa. Digo hermanos, pero la verdad es que ni los hijos adoptivos de Teresita consideraban al "nuevo" un hermano, ni para Mario aquellos lo eran. Él decía que solo tenía un hermano y que ellos mismos no eran hermanos entre sí; esto enojaba mucho a todos, pero Mario argumentaba que un verdadero hermano es el que se preocupa que a uno no le pase nada, y que ellos se portaban como víboras con él. Así estaba planteada la relación con los otros chicos adoptivos de Teresita, que se llevaban de manera óptima entre sí.

Con la anciana la cosa fue diferente. Teresita, como buena sierva del Señor, quería obligar a Mario a que fuese a la Iglesia. Éste no quería saber nada. Decía que los curas se aprovechaban de las pobres personas para hacerse ricos a costilla de la pobreza de la gente. Ponía la riqueza del Vaticano como ejemplo y decía que con esa plata podría darse de comer a toda la Humanidad, pero Teresita le decía que no

importa lo bueno o lo malo que fueran los sacerdotes, sino que él tenía que creer en un solo Hombre, que estaba más allá de todos los hombres, es decir, en Nuestro Señor Jesucristo. ¡Ay, para qué decirle esto a Mario! El chico se reía y decía:

–¡Cómo me van a hacer creer a mí que una mujer dio a luz sin tener relaciones sexuales!

Cuando sucedían estas espantosas discusiones los chicos se persignaban y Teresita se ponía furiosa, mientras el sacrílego cargaba más:

–Jesús pudo haber sido un tío estupendo, pero de ahí a hacerme creer que es hijo de Dios...

–¡No blasfemes! –le gritó Teresita entonces.

Muchas otras veces decía:

–Si Dios existiera, no habría tanto sufrimiento en el mundo. Yo no creo nada.

O bien:

–Si Dios fuera tan perfecto, no hay hombre alguno que pueda describirlo, entonces no creo en la figura del señor con barba que me muestran en los libros de religión. Prefiero pensar que Dios es negro. ¡Por qué no! –y se reía a carcajadas.

–Al menos no digas esas cosas por respeto a nosotros que sí creemos en la Santísima Trinidad –le dijo una vez Teresita, y esas palabras calmaron un poco al muchacho para que no hablara tan despectivamente en presencia de su familia adoptiva, aunque no logró Teresita convertirlo en católico y mucho menos en bautizarlo. Yo mismo le oí decir al Padre Esteban:

–¡Ese chico está endemoniado!

¿Qué más se puede decir entonces de Mario? ¡Ah, sí! Mario, a pesar de todo, se convirtió en el único compañero de Teresita. Los hijos adoptivos de la anciana, pues como dije, se fueron yendo uno a uno y Mario se fue quedando. Su única virtud, si es que tenía alguna, fue quedarse a pesar de todo. Aunque hoy todos ya sabemos que eso más que una virtud fue su perdición.

Por otra parte, creo yo, Mario también fue un desafío para la mujer. Ella a toda costa, y con su alma profundamente religiosa, quería convertir a Mario. Una vez me dijo:

–No me voy a morir hasta transformar a Marito en un cristiano como Dios manda.

Los años fueron pasando y esa promesa no se cumplía, entonces Teresita sentenció:

–Sé que estoy vieja, pero aunque tenga que vivir doscientos años, Mario será un siervo del Señor y yo voy a estar aquí para verlo.

Pero Mario pasó de ser un chico a ser un joven y ya un hombre de provecho y la conversión no llegó; todo lo contrario: parecía cada vez más alejado de las palabras del libra sagrado. No digo que haya ido por mala vida; no, eso no, sino que creía fielmente en esa consigna marxista que decía: “la religión es el opio de los pueblos”. Y consideraba al Padre Esteban “un espabilado que solo le interesaba las monedas de los fieles”. ¡Cómo compatibilizar estas posiciones!

Como mencioné antes, a pesar de todo Mario fue el único en quedarse con la anciana y su relación se hizo extraña. Por un lado había un abismo que los separaba desde el punto de vista religioso, lo

que para Teresita era una cuestión de honor, pero por el otro, Mario había aprendido a querer a su “madre postiza”, era su compañero, se sentaban a tomar el té, siempre té, y contarse el día y a Teresita le gustaba hablar mucho de sus planes. Hablaba de cara al futuro como si tuviera treinta años y Mario la escuchaba con devoción.

Sin embargo, Mario era Mario. Era el designio que le había correspondido en la vida. Como el hombre y la bestia de Stevenson, tarde o temprano, la bestia florecería para comerse al hombre. Y cometer el acto terrible que cometió esta tarde cuando tomó a golpes a la pobre Teresita, que aparte de ser su protectora y haberlo sacado de la calle, era una anciana de casi noventa años, y no podía defenderse. Este acto, fue la prueba contundente de que Teresita fracasó con su quinto hijo adoptivo.

Ahora debo decirle también, señor fiscal, que en la época de los militares esto no pasaba.

Parte 2

LAS RAZONES DE TERESITA

I

–Señor comisario, de verdad le digo que Marito es un chico bueno. No sé qué le pasó por la cabeza, pero nunca lo vi así. Mario y yo no nos llevamos bien nunca, y admito que tiene sus cosas, pero eso de querer matarme... ¡ay, señor comisario! Eso sí que no lo entiendo. Creo que a la pregunta que usted me hace de si noté algo extraño en él, debería contarle un poco como se dio todo desde el comienzo. O mejor aún, contarle cómo me crié yo y cómo llegué a ser la persona caritativa y solidaria que todos dicen. Usted, señor comisario, es un hombre del barrio y me conoce desde que era un pequeño de la edad de Ramoncito cuando lo recogí. Yo conocí a su señora madre, Dios la tenga en la Gloria y a su señor padre, que me contaron lo tiene en un geriátrico muy mal. ¡Pobre! Con lo activo que era don José.

Bueno, no quiero, extenderme más y comentarle un poco todo. Mi vida, como usted se imaginará, era muy distinta antes. Yo hice solo la escuela primaria y apenas aprendí algo de cultura. No existía la televisión ni los ordenadores, ni tantas cosas que hoy los chicos “necesitan” para ser felices. Nos conformábamos con poco y si no teníamos éramos felices lo mismo. Usted lo sabe bien. Bueno, así me crié yo. Mi padre era un hombre muy bueno, pero muy hosco. No tenía comunicación con sus hijos. Mis hermanos, el Juan y el Eusebio,

Dios los tenga también en su Santa Gloria, eran como él. Mi madre, treinta años menor, lo único que sabía era tener hijos y criarlos. No tuvieron más simplemente porque cuando nació el tercero, el Marito... ¡Fíjese las casualidades del destino: también se llamaba Marito! Cuando nació el tercero, o mejor expresado que en realidad nació muerto como se dice y la partera que la atendió en casa le hizo un mal raspaje a mi madre y no pudo tener más hijos. Mi padre se puso muy malo con esto, pero se las tuvo que aguantar. Usted sabe que antes nadie tenía menos de ocho o diez hijos.

Mi padre, a pesar de ser un hombre muy bueno, era de los que castigaban físicamente cuando las cosas no salían tan rectas como él quería. Un día me puso de rodillas sobre un saco de granos y hasta que mis rodillas no sangraron, no me levantó el castigo, y ¿sabe por qué? Porque cuando limpié la mesa dejé migas de pan en el suelo y me fui a jugar. Yo tenía siete años. Antes los padres eran así, pero por suerte los tiempos cambiaron, señor Comisario. Las maestras mismas, cuando una no sabía la lección golpeaba nuestras palmas de las manos con un puntero de madera que una no volvía a olvidarse de estudiar la lección en su vida. No nos olvidábamos por el recuerdo del dolor, pero también por la humillación impartida en el medio de la clase.

Hoy, hay mucha más libertad para todo. Los chicos deciden si quieren estudiar o no, y ya ve cómo anda el mundo. Yo le llegaba a decir a mi padre que no quería estudiar y ¡Dios mío! ¡Ni puedo imaginármelo siquiera! ¿Pero sabe a lo que mi padre le daba más importancia entre las materias de la escuela? ¡Se va a reír! ¿La Geografía, la Historia, las Matemáticas, la Filosofía? ¡No, no, no!

¡Nada de eso! A mi padre no le importaba que estudiáramos esas cosas que “le llenan la cabeza de pajaritos”, decía. Lo que mi padre quería, y era un obsesionado en eso, es que tuviéramos buena caligrafía. Aparte de la escuela nos mandaba a clases particulares de Caligrafía. Quería que aprendiéramos letra cursiva, romana, gótica, todos los tipos de letra. Y nos revisaba día por día, si usted viera. Decía que por la letra uno se da cuenta con quién está hablando. ¡Ay, qué razón tenía! Para mi satisfacción, y a diferencia de mis hermanos, llegó a decir que yo escribía como los ángeles, que manejaba la pluma como nadie. Y era verdad, mi mano dependía de mi cerebro y era capaz de escribir en un papel y todos creer que la hoja fue impresa por una gran imprenta.

Pero mi padre se murió. Yo tenía exactamente diecinueve años. Un día vino cansado del trabajo (él trabajaba en una fábrica en producción), no sé si lo habían castigado a él por algo o qué, pero ese día vino muy nervioso. Cuando venía nervioso le subía la presión y, además, se ponía como loco con todo el mundo, sobre todo con mi madre. Pues él vino muy nervioso ese día y apenas llegó a casa tomó a rebencazos a mi madre. ¡Ay, señor comisario! ¡Cómo le pegó! El problema era que mi padre y su familia supieron tener una panadería con horno y todo. Precisamente en mi propia casa tiempos atrás. Pero cuando se quedó mi padre con ella, no sé si por falta de experiencia comercial o porque todo estaba patas para arriba con la economía argentina (la época que cayó el presidente Yrigoyen), lo cierto es que quebró y eso lo puso de muy mal talante toda su vida. Sentía como que había fracasado, pero ese día al venir de la calle... ¡uff!

¡Yo sentía un odio visceral entonces por mi padre! Pero luego

se calmó y al otro día, señor comisario, el pobre hombre amaneció muerto, todo durito al lado de mi madre, que fue la primera en descubrirlo. No le guardo rencor, ahora no. Ya le dije: mi padre era un hombre muy bueno, a pesar de ser tan hosco, como eran los hombres antes. Cuando murió, mi madre no quiso tener más hombres a su lado; eso de volver a casarse no era bien visto y menos para mi madre. Ella era una mujer católica con todas las letras, de las que se confiesan todos los jueves y luego comulgan y las que rezaban el rosario todo el tiempo. A no ser por mí y mis hermanos, diría que mi madre era una monja de la congregación de la Caridad de toda la vida. Me enseñó a ser una mujer caritativa y sobre todo a ser solidaria con mis prójimos.

Mis hermanos, le dije, señor comisario, eran tan hoscos y brutos como mi padre. Tampoco estudiaron gran cosa, pero eran muy respetuosos con mi madre, pero no conmigo. A pesar de ser yo la hermana mayor, cada vez que tenían la oportunidad de fastidiarme o simplemente darme un cachetazo, lo hacían. Esto me molestaba mucho y me daba rabia que mi madre no intercediera a mi favor. Solo decía: “chicos, pórtense bien” y con eso mi madre lo reparaba todo. ¡Pero cuidadito que yo le dijera algo inapropiado a ellos! Ahí salía severa para recriminarme mi mal comportamiento.

Bueno, ¡antes era todo tan distinto!

Ya sé, señor comisario que me estoy desviando del tema. Entonces voy a lo que atañe a mis chiquitos.

II

Yo crecí así, aprendiendo la caridad y la solidaridad de mi madre.

Desde jovencita, lo único que me interesó es ayudar al que lo necesite, en especial a mi madre.

¿Que si nunca me casé o tuve novio? Bueno, la verdad que con la imagen que tenía de mi padre y de mis propios hermanos, tenía un poco de miedo que me pasara lo mismo. Una vez me cotejó un chico llamado Vicente. Un muchacho muy trabajador y honesto. Hasta habló con mi padre, pero un día sucedió algo imprevisto para mí: me quiso dar un beso y yo me negué. Ya sabe cómo se pensaba antes. Entonces insistió a la fuerza y ese día le pedí que se fuera para siempre de mi casa. Bueno, usted se ríe, pero ya le dijo, antes éramos así. Todo era más severo y duro, y, además, el hecho de que quisiera hacer algo a la fuerza contra mí, fue como si resucitara a mi padre y todo lo malo que en él vi. Por el propio bien de Vicente, lo dejé ir. Después, nunca más me interesó nadie, a no ser mi propia familia y mi amor por el prójimo.

¿Qué por qué no me metí entonces a monja? Bueno, créame señor comisario, tengo mis buenos fundamentos por el no estar encerrada en una Iglesia. De todas maneras, ayudo mucho desde el exterior, ¿no? Nadie me puede discriminar lo contrario. Además, siento pasión por mis claveles. No se lo va creer, pero mis claveles son mi vida.

Vale, vale, voy a lo nuestro inmediatamente.

Entonces me hice muy caritativa. Mis hermanos murieron jóvenes

ambos, de una enfermedad que nadie supo. Se fueron sintiendo mal sin que el médico de la familia diera en la tecla y no tenían treinta años cuando se me murieron los dos. ¡Qué se la va hacer; cosas de la vida!

Gracias, gracias por consolarme, señor Comisario. Aún siento sus muertes a pesar de la distancia. Al poco tiempo se murió mi madre, tal vez de pena o vaya a saber qué y me quedé solita. Estuve mucho tiempo así, pero un día me dije: “Teresita te estás poniendo vieja y no tendrás a nadie que te cierre los ojos cuando des el último suspiro...”.

No, no diga así, comisario. Es la ley de la vida, ya sabe. Lo cierto, es que por el ’64, cuando yo ya tenía más de 50 años, comencé a cuidar y educar al Ramoncito. Usted ya conoce la historia: el chico que se le quemó la familia en la villa miseria. Yo le insistía que se quedara en casa, y él casi nunca quería, y justo esa noche, ¡zaz! Menos mal que existe un Dios, sino Ramoncito hubiera sido ceniza también. Así y todo, no le importó cuando tuvo que casarse e irse a Santiago del Estero, de donde era su familia y dejarnos solos. ¡Ya sé, señor comisario que es la ley de la vida! Pero bueno, una lo cuida con tanto amor, que los quiere tener para siempre.

Luego vino el Enriquito. Se lo dejaron al Padre Esteban, ¿se acuerda? ¡Ay, que no hice yo para quedarme con el chico! Yo lo cuidé cada día de su vida y de su piernita. ¿Recuerda cómo cojeaba? Lo llevaba al hospital tres veces por semana y se podría decir que se curó casi totalmente. Tanto, que eso no le prohibió hacer el servicio militar. Pero allí le calentaron la cabeza y un buen día me dice: “Teresita, me quedo en el ejército”. Y bueno, ¿qué puede hacer una pobre vieja para

retener a un chico que cree ver su oficio con convicción? En realidad, no quise hacer nada. Si Enriquito es feliz, ¡qué más quiero yo!

Más tarde recogí a la Carmencita... Perdone que se me caiga una lágrima cuando hable de mi hija. ¡Qué bonita que era! Con sus ojitos pícaros, sus manitas preciosas... A ella la traje del norte, de la provincia de Misiones. ¡Ah, sí, tiene razón, señor Comisario, era de Formosa! Bueno, era la segunda hija de una chica que vivía muy pobre... ¿Cómo dice? Bueno, tal vez tenga razón, Comisario, era la única hija de una adolescente de una familia acomodada. Lo que sucede, es que una ya está vieja y la memoria ya no es la misma, ¿vio? Le decía, la traje del norte cuando ya nadie la quería. Lo que sí puedo decirle, que el cura párroco del pueblo, cuando se enteró que mis dos hijos eran adoptivos quiso dármela. Yo tenía un poco de miedo, porque criar una mujercita no es lo mismo que un varón. Pero por suerte todo salió bien. ¿Que qué paso luego? Bueno, lo de siempre, la chica llevaba una vida como la mía, llena de espiritualidad y cosas buenas. El Padre Esteban me dijo que sería muy lindo que mi Teresita se casara con Dios, pero como yo, ella prefería las cosas de afuera de la Iglesia a las de adentro. Con esto no le digo que mi hija no fuera una buena católica. ¡Nada que ver! Ella iba a la Iglesia todos los domingos y si bien no se confesaba todos los jueves como mi madre, sí lo hacía habitualmente y se podía decir que vivía en Gracia del Señor. Pero un día pasó lo que tenía que pasar. ¡Se enamoró! El cartero venía todos los días a traerme carta de gente que yo no conocía, y entonces hablaba tonterías. En realidad, lo que sucedió es que el chico este cartero, un par de años mayor que Carmen, venía y ponía la excusa de

las direcciones equivocadas. ¡Y las cartas venían con estampilla, sello y todo! Lo que significaba que se estaba gastando una fortuna en cartas solo para ver a mi Carmen.

¿Cómo dice? ¡Ah, sí! Que el chico desapareció con mi Carmencita. Bueno, se fueron a vivir a Bahía Blanca, señor Comisario, yo ya lo dije la otra vez. Sé que eran muy felices, después de eso no sé qué pasó. Si vivió siempre en Bahía Blanca o se fueron a otro sitio. El motivo del porqué el chico cartero dejó el trabajo y no le contó a la familia lo desconozco, pero usted sabe bien como son los chicos con las noviecitas. Como decía mi madre, tiran más fuerte dos tetas… Perdón por ponerme colorada, señor Comisario. Usted me entiende. Lo cierto es que mi Carmencita también me abandonó. Pero sé que es feliz y eso me reconforta.

El más pequeño, antes del Mario, fue el Damián. ¿Sabe qué pasó con el Damián? Me lo dejaron en una canastita en el jardín a las doce de la noche. ¡Puede creerlo! ¡Y hacía un frío que helaba los huesos! No sé cómo se enteraron de mí, pero me dejaron al Damián con una notita diciéndome que la mamá estaba muy enferma y que sabían que estaría muy bien en mi casa. Acá tengo que decirle una cosa: el Padre Esteban no me ayudó ni un pedacito así esa vez. Decía que yo estaba muy vieja, que no podía cargar con un chico más, que las cosas no se hacían así, q ue había un juez de menores y una ley, pero ya ve, me las arreglé solita con los cuatro y más tarde con Mario. Para mí, que el padre Esteban se lo quería agarrar para él, para que le haga de monaguillo. ¿Cómo? ¿Qué pasó con Damián? ¡Cómo todos! ¡Se fue! ¡Qué ingratos que son los hijos! ¡Una les da todo y le pagan con el

abandono y el olvido! Damián un día vio un barco español en el Puerto Nuevo y me dijo: “Teresita, quiero irme a España. Allí van muchos argentinos y les va muy bien”. “¡Y que vas a hacer vos en España!”, le dije, pero él ya estaba decidido y se fue. ¿Qué no me ponga así? ¡Cómo quiere que ponga! ¡Sí, sí, sí, mis hijos me escriben de vez en cuando o me llaman, pero no es lo mismo! También fui a ver visitar a alguno de mis hijos varias veces, menos al Damián que está muy lejos y A Carmencita que nunca me dio la dirección.

Y bueno, señor Comisario, el último ya sabe quién fue y lo que pasó. Mario, mi Marito…

III

Lo de Mario fue todo muy raro. Desde el primer día. Él tenía catorce años cuando vino a casa a cortar la gramilla del jardín del frente. Vivía con su hermano que lo habían detenido por robo. Bueno, eso usted ya lo sabe porque estuvo en esta misma comisaría. Pero desde ahí mismo hubo mentiras. Me dijo que lo habían atrapado cuando intentó robar una manzana y luego me enteré que cayó en una redada en la propia villa, en la chabola desarticulada donde vivían, mientras dormía. Lo andaban buscando a él y otros chicos por denuncias de haber entrado en algunas casas y lo habían visto luego ingresando a la villa miseria con cosas robadas. Alguien de adentro –dicen algunos – hizo la denuncia. ¡Vaya a saber! Seguramente usted conoce el caso

mejor que yo. De verdad no sé, señor Comisario, si no fue ese muchachote el que entró una noche en mi casa e intentó ingresar al sótano del fondo de casa a robarme, pero como yo lo distinguí por la ventana, encendí las luces y ese chico salió corriendo. ¿Y qué tengo en el sótano? Solo material de jardinería, herramientas, abono y esas cosas, señor Comisario. Pero el chico no lo sabía. Bueno, el tema es que él mismo, el Marito, me pidió quedarse en mi casa a cambio de hacer los quehaceres domésticos. Lo vi tan chiquito, tan frágil que no lo dudé dos veces. A pesar de que él mismo me dijo que había robado y que no andaba en cosas muy buenas. Pero ya sabe cómo soy yo, señor Comisario. Mario se portó muy bien al comienzo. No voy a negarle que alguna vez me faltaron algunas cosas, como adornos de cobre, monedas del monedero y hasta algún dinero mayor que tenía guardado debajo del colchón. ¡No me fío de los bancos! Mire lo del corralito sino… Bueno, le decía, me desaparecieron pequeñas cantidades siempre y no merece hablar de ello. Con mis otros cuatro hijos nunca me pasó, solo con Mario. Pero debo decirle que Mario era muy trabajador en casa. Él sentía que tenía que ganarse el alimento diario y trabajaba duro, limpiando, cortando el pasto y hasta quería ayudarme con el jardín del fondo, pero ese no lo toca nadie. Solo yo. ¡Ah!, ¿no sabía que tengo un jardín interior en el fondo? ¡Ni se imagina! ¡Debe dar los claveles más hermosos del barrio! Lo abono con lo mejor que hay en el mercado... Si usted viera. Le pongo pesticidas para cada época del año, fertilizantes, ¡todo! (que guardo en el sótano de casa como le dije). Yo soy muy fanática de los claveles. Tengo claveles de todo tipo: blancos, claveles amarillos, claveles rojos,

claveles del aire, claveles,... ¡Ah, tiene razón, señor comisario! Me estoy desviando del asunto otra vez. Bueno, al Mario lo crié igual que a todos, pero... ¡uff! ¡Qué rebelde que era Mario! No pude llevarlo a la Iglesia más de un par de veces. No quería saber nada del cura, como le dije. Decía que él era un gordo estafador, que solo juntaba monedas para vivir bien él. ¡Y ni quiera saber lo que decía de usted, señor Comisario! Decía que los curas y los policías estaban cortados con la misma tijera... Bueno, perdóneme. Veo por su expresión que no le gusta nada lo que le digo, pero debe saber que Mario es un buen chico, más allá de las cosas que piense o diga a veces. Sí, tiene razón, señor Comisario: la bondad no solo hay que decirla sino demostrarla, estoy con usted en eso, y no quedó como muy bueno pegarle a una anciana de casi noventa años. Pero yo misma no sé qué le pasó esa vez por la cabeza. ¡Cosas de chicos, señor comisario! Pero le aseguro que no es malo…

Le decía. Mario era un chico muy bueno, pero muy raro también. Mientras los cuatro hermanos se llevaban la mar de bien entre sí, él se enfrentaba todo el tiempo a sus otros hermanos. El hecho que no quisiera ir a la Iglesia, también hacía la diferencia. Sus hermanos querían que fuera y le hablaban, pero no había caso. Mario se había empecinado que no y no. No creía en Dios, no creía en la policía y no creía en todo lo que las personas decentes creen. Pero debe entender el origen del chico, Comisario. No debe ser nada fácil tener un único hermano preso por robo, que no sé qué pasó con él. Me dijeron que lo mató la policía, pero usted me dijo usted la otra vez que eso no es cierto, que no está en los registros, pero bueno, la gente que vive en

las malas, también termina en las malas. ¡Vaya a saber cómo terminó el pobre muchacho! Tampoco sé cómo murieron sus padres, pero me dijeron que eran en circunstancias muy extrañas, más cerca de la mala vida que de una forma normal.

Cuando mis hijos se fueron yendo uno a uno, Mario se fue quedando. Él tenía noviecitas por ahí, pero cuando le decía: "¿Marito, vos me vas a dejar también?", él me decía: "No, Teresita, para que yo la deje me va a tener que matar". Sí, me río, porque me causa mucha gracia. Y por cosas del destino, casi me mata él...

Le decía, Mario se quedó solo conmigo. Trabaja en una fábrica y me ayuda bastante con los gastos de la casa. Yo sigo cultivando mis claveles, y es lo único que no le dejo tocar. Pero desde chico demostró algunos síntomas de locura. No solo por eso de los robos, sino que hacía cosas extrañas. Le gustaba criar hormigas. ¡No ponga esa cara, Comisario! ¡Así como le digo! Se compró un bote de plástico, que él decía era una colonia para hormigas y precisamente yo, que cultivo claveles, tengo en casa a uno que cultiva hormigas. ¡Siempre fuimos el agua y el aceite! Después también le gustaba espiar a mi Carmencita cuando se cambiaba. ¿Le parece que esto no es una locura? Yo cuando lo atrapé mirando por el ojo de la cerradura, lo agarré de la oreja y lo llevé a su habitación castigado. Cuando fui a abrirle la puerta, porque lo encerré con llave, había sacado la reja de la ventana y se me escapó. Estuvo tres días vagabundeando. ¿Se acuerda que le hice la denuncia aquella vez? Usted no era comisario todavía pero me recibió y tomó la denuncia. No tenía más que quince o dieciséis años entonces. Luego apareció todo sucio y mal comido y lo recibimos

como que nunca pasó nada.

Y cosas como esas tengo cientos para contarle, señor Comisario. Mario nunca dejó sus orígenes. Tal vez es por eso que le tiene tanta rabia a la policía... ¡Perdón, no debí decirle esto! Pero bueno, usted ya lo sabe. Él es aversión que tiene por la policía y en especial por usted. Pero le repito: no es un chico malo, solo que es así.

¿Qué pasó que me pegó me dice?

Nada, simplemente se volvió loco. Comenzó a gritarme cosas que no le entendí muy bien y con una pala comenzó romper y sacar mis claveles. ¡Ay, que dolor verlo! Luego fue al sótano y quiso tirar la puerta abajo, pero como yo la tengo reforzada con hierros, solo se golpeaba su pobre cuerpo contra la puerta. ¡No sé qué le pasó por la cabeza! Me dijo que quería sacarme todo el abono que tengo allí guardado, meterle veneno, no sé… Como no pudo abrir la puerta, me pidió la llave y como no se la di comenzó a pegarme en la cabeza trompadas que todavía me duelen. Mire como tengo el brazo de moretones, señor Comisario.

Eso es todo.

Ahora, señor Comisario, quiero levantar la denuncia que hicieron los vecinos. Es mi único hijo y le juro que no es malo. Si bien comenzó a tratarme mal desde hace un tiempo y su carácter cambió mucho desde el que se acordó de buscar a su hermano que murió hace más de quince años, no es malo.

¿Qué? ¿Que para qué buscaba Mario a su hermano? No lo sé, señor Comisario. Simplemente un día se despertó y comenzó a preguntarme cosas sobre él. Imagínese, yo estoy muy vieja y lo vi una sola vez por

la ventana, qué puedo saber de su hermano.

¿Qué? ¿Que lo van a internar en un psiquiátrico por un tiempo?

¡Eso es injusto señor Comisario! Lo quiero cuidar yo, si tengo que firmar algo haciéndome responsable lo haré. Pero quiero a mi Marito conmigo.

Muchas gracias, es usted una persona de bien. Le prometo que esta vez Mario no lo defraudará.

¿Qué es eso que me da? ¿Un arma? ¿Para qué quiero un arma, señor Comisario?

¡Claro que la sé manejar! Cuando era chica mi padre se iba de caza y nos llevaba. Allí aprendí a manejar un arma mucho más grande que esta pequeñita. ¿Qué me la da para que me proteja? ¿Para que la tenga por las dudas? Mire, señor Comisario. Se la voy a aceptar para que usted se quede tranquilo, pero le aseguro que no la voy a necesitar. De todas maneras, muchas gracias. Espero novedades de mi Mario. Le repito, si tengo que firmar cualquier cosa para que esté conmigo, firmaré. ¡Ya sé que tiene que estar un tiempo en el psiquiátrico! Pero lo quiero cuanto antes en mi casa, ¿entiende?

Bueno, Comisario, gracias por todo. Mañana le traigo claveles de todos los colores para que alegre su oficina que la tiene un poco gris. No, no tiene por qué darme las gracias. Adiós.

Parte 3

LAS RAZONES DE MARIO

I

Mi vida fue un desastre. No puedo dejar de admitirlo. Quiero relatarla en este diario antes de que sea tarde. Tratando de tener la mayor celeridad posible y sobre todo, intentando no omitir ningún detalle, contaré aquí para que el que pudiera leer algún día comprenda mejor la verdad. Tiempo para relatar es lo que más me sobra.

Uno no elige la vida, sino que ésta lo elige a uno. Creo en el destino como firma a fuego y por más que uno intente escaparse de su designio, éste lo busca, lo encuentra y le da lo que ya está eternamente firmado. No creo en Dios, creo que éste es un invento perfecto de los hombres para poder dominar mucho mejor a los otros hombres. Y aunque no pertenezco a ninguna logia masónica o alguna ideología neofascista, lo que sí creo es que hay hombres que nacen para dominar y otros para ser dominados. ¿Si se puede cambiar este propósito casi divino? Tal vez, pero deben pasar muchos siglos para que se revierta el peso de la historia actual.

Como dije, creo en el poder del destino, sino miren lo que me pasó a mí.

Cuando vine a este mundo, mi vida estaba marcada. Nací en el Hospital Evita de Lanús pero al segundo día ya me encontraba gozando de las comodidades de la casa de chapa y cartón de la villa miseria del Tala, detrás del viejo estadio de Talleres en el barrio populoso de Remedios de Escalada. No conocí a mi padre y sí a mi madre, aunque no sé bien qué pasó, lo cierto es que cuando tuve uso

de razón vivía ya con mi hermano Carlos, mi única familia. Carlos era un tipo esencialmente bueno, pero en la villa debíamos aprender a ser malos para defendernos. Ser villero no es una clase social, es una profesión. No cualquiera está capacitado para vivir en una villa. Allí se salen hombres fuertes, capacitados para poder resistir la vida en cualquier parte de la tierra. Es más fácil para un villero vivir en un barrio lujoso que para un rico vivir en la villa. Mientras que un villero, en poco tiempo pasaría desapercibido viviendo en la Recoleta, por ejemplo, difícilmente un hombre rico e inteligente pueda sobrevivir en estos barrios humildes de chabolas mal trecha más de una semana. Simplemente no lo soportaría y saldría corriendo. Pero es cierto que el villero quiere mejorar su vida, y de hecho, muchos lo han logrado. Si bien las oportunidades en esta sociedad no son parejas para todos, he conocidos personas que vivieron en la villa conmigo y terminaron como abogados o doctores, bien no sea para conducir taxis más tarde. Digamos, en honor a la realidad, que de diez abogados de la Recoleta o Barrio Norte, trabajan no menos de siete u ocho en su profesión, mientras que de diez chicos de la villa, juntándolos durante muchos años, que llegan a ser abogados, tal vez uno, quizá dos, pueda tener la suerte de ejercer su profesión para un patrón poderoso. Y de ser independiente… No quiero dar una imagen derrotista, sino marcar como están dadas las cartas en esta sociedad, llámese designio del destino.

Como decía, Carlos y yo vivíamos en la villa. Y él, como muchos, quería pelear contra su destino. Lamentablemente eligió la peor manera para hacerlo. El Negro, uno de los líderes de las bandas que

todo lo corrompe, eligió a mi hermano para que lo acompañe en sus fechorías y aunque en ese momento yo estaba tan excitado como él para salir pronto de la villa, ahora comprendo que el Negro hizo uso de mi hermano para no comprometerse él mismo. Mandaba a los chicos del marginal barrio a que robaran por él. Éstos les llevaban sus botines, sean bicicletas, frutas, pan, cerveza, droga o cualquier cosa, le daba lo mismo. Mi hermano me eligió a mí en esta empresa y salíamos con una bicicleta con caño, en donde yo me sentaba entre sus brazos y cuando veíamos algún desprevenido, lo asustábamos con unos cuchillos o bien algún revólver que el Negro nos dejaba y volvíamos a la villa con el botín. Era una tarea sencilla, pero un día Carlos vino de la calle con una extraña mirada. Me dijo:

–Vos Mario tenés que irte de la villa.

–Claro, nos vamos a ir juntos – le respondí.

–¡No, no! ¡Vos te tenés que ir antes! –gritó.

Yo también levanté la voz y le dije que nunca me iría sin él. Que él era mi hermano y que teníamos que salirnos juntos de ese mundo. Que pronto seríamos ricos y alquilaríamos una casa fuera de la villa.

–¡No te das cuenta de nada! –me dijo mirando al techo de chapas de segunda mano.

–¿De qué me tengo que dar cuenta?

–Que todo esto está mal, muy mal. Yo voy a dar pronto el último golpe y nos vamos para siempre de la villa.

Me quedé mirándole. No conocía otra forma de vida. Muchas veces Carlos me instruyó que “para ser ladrón hay que ser bien hombre” y yo tomaba esas palabras como filosofía de vida. Quería mucho a mi

hermano, pero por sobres todas las cosas, le admiraba. Escucharle decir “el último golpe” era tirar abajo todos los años de aprendizaje que había tenido a su lado. Digo aprendizaje de la calle, porque el de la escuela, él se encargó muy bien de que no me faltara. Y aunque él no estudió jamás ni aprendió a leer y escribir, era lo suficientemente inteligente para saber que la única manera de salir de la villa era estudiar. “Estudiar y no drogarse”, me dijo por enésima vez, precisamente dos cosas que él nunca cumplió.

Ese día nos quedamos en silencio pensando cada uno en lo suyo. Sabía que algo especial habitaba en el ánimo de Carlos y no me gustó esa sensación. De repente me miró como si estuviera por decirme algo importante, pero se llevó un dedo a la boca como no convencido aún.

–Escuchame y no digas nada hasta que termine –dijo por fin. –En el barrio, del otro lado de la calle Colón, antes de llegar a la Avenida Los Hornos hay una vieja que cuida chicos de la calle o sin familia. Vos vas y le decía que querés cortarle el pasto o trabajar de algo, le llorás un poco y ella te mete en la casa y te cuida como si fuera un hijo propio. Es una vieja que tiene como setenta años. O más, no sé. La casa es fácil de ver, es en una esquina; una casa grande y muy linda, a la vuelta de la iglesia. Tiene un sótano exterior y todo. Lo tiene en el fondo junto a un vivero. Yo un día quise entrar a robarle en ese sótano, pero tiene una puerta de hierro reforzada y no pude hacer nada. Entre la casa y ese búnker hay una especie vivero con flores, sino me equivoco claveles. Vive ahí con una chorrera de hijos. Todos adoptivos.

Yo le miré extrañado. No entendía nada lo que me quería decir. Sentí como que sus palabras querían decirme otras cosas. Nos quedamos en silencio una vez más, finalmente dijo:

–Hoy me tiroteé con la policía.

En ese momento no pensé en nada. Muchas veces había visto esa posibilidad, pero no la llegué a imaginar en su plena magnitud. Creo que no era consciente del peligro y de que nos jugábamos cosas muy importantes.

Pero sí pude ver que Carlos desde entonces no fue el mismo. Siguió trabajando para el Negro en pequeñas cosas y nunca más me llevó en el caño de la bicicleta y cuando tardaba en regresar me atacaba la incertidumbre hasta que por fin venía. Generalmente traía comida y venía muy contento, dejando de lado la charla de aquella tarde.

Un día, mientras dormíamos, comenzamos a sentir gritos y golpes. Antes que nos diéramos cuenta de qué se trataba, la policía atrapó a Carlos en la propia cama y luego de darle varios golpes e insultarlo se lo llevaron esposado, arrastrándolo de los pelos, mientras le pegaban con sus bastones por el lomo.

Yo me quedé petrificado. Vi toda la escena sin comprender porqué a mí no me hicieron correr la misma suerte si era tan culpable como él. Como si fuera invisible, tal vez por la pinta de niñato, contemplé todo y me quedé sentado en la cama abrazando mis rodillas mientras no paraba de llorar en silencio. Segundos después sentí ruido de motores de camionetas y sirenas de patrulleros que se alejaban. Se habían llevado junto con Carlos a otros chicos de la villa, pero no al Negro,

que ni siquiera asomó la nariz para ver qué pasaba. No dormí en toda la noche y me quedé esperando alguna novedad de Carlos. A la mañana siguiente voy a la casilla del Negro que estaba como si nada.

–¡Se llevaron a mi hermano! –le dije.

–¿Sí? –su voz me pareció más de burla que de interés.

–¡Sí! ¡Por tu culpa! –le grité.

Él comenzó a reírse y me dijo luego en un tono tan serio que me dio miedo:

–¡No me jodas, pendejo! –a la vez que me dio un empujón hacia un costado.

Comprendí que nada bueno podía esperar de él. Entonces en un acto espontáneo, escribí una nota dirigida a mi hermano que le dejé a la señora Elsa, de una chabola de enfrente. La nota decía: “Hola Carlos. Estoy en la casa de la vieja que me dijiste; Mario”. Mi hermano no sabía leer, pero la señora Elsa lo haría por él.

Entonces me fui caminando hasta el barrio, cerca del Cementerio de Lomas, donde aún es Escalada y no me costó trabajo divisar la casa de la esquina, cerca del edificio enorme que era la iglesia del cura Esteban.

II

Toqué el timbre en la casa que me dijo Carlos y casi al instante salió una anciana de pelo blanco y modos muy pausados a recibirme. Había un pequeño jardín en el frente con algunos claveles rojos, sin acercarse a hasta mí me dijo en tono amable, pero desconfiado:

–¿Qué precisas, querido?

–¿No necesita un chico para trabajos, doña? –creo que le dije.

–No, querido, por ahora no.

El mundo se me vino abajo.

–¿No me puedo quedar en su casa? No tengo donde quedarme. Yo le puedo trabajar en lo que usted quiera.

La anciana me miró un rato y me dijo:

–¿No tenés padres?

–No, señora.

–¡Nadie no puede tener padres! –me dijo en un tono que no me gustó. –¿Se murieron?

–No sé, señora. Yo me crié en la calle con mi hermano hace muchos años. No me acuerdo de mis padres.

Dije en la calle porque sabía que causaría más efecto que decirle en la villa, palabra prohibida entra la gente que se creía civilizada.

La mujer fue acercándose a la puerta exterior, lo que me dio la pauta que estaba tomándome confianza poco a poco, aunque siguió con sus preguntas impertinentes.

–¿Tu hermano es mayor? –preguntó esta vez.

–Sí, señora.

Mi miró ya cara a cara.

–¿Él debe saber dónde están tus padres, no?

–No sé, señora.

–Bueno, preguntale. No está bien que un chico lindo como vos duerma en la calle.

En ese momento pensé que estaba perdiendo la batalla y en un acto de valor, pero con mucha vergüenza le dije:

–No puedo preguntarle, señora. A mi hermano se lo llevó la policía.

Siempre me arrepentí de decirle esa frase, porque sentí que Teresita, tal el nombre de la venerable anciana, nunca creyó en mí en los años posteriores por esa frase.

–¿Hace mucho? –me preguntó entonces.

–Ayer.

–¿Por qué? ¿Sabés?

–Sí, señora. Mi hermano robó unas manzanas de una frutería y lo engancharon –mentí para no relatar los hechos que seguramente impresionarían más a la mujer.

La anciana hizo un gesto de desagrado que nunca olvidé.

–¿Vos robás? –me preguntó de repente casi con celo policial y yo me sentí como si estuviera ante la mirada de un uniformado.

–Robaba. Ya no robo más.

–¿Por qué?

–No quiero llevar más esa vida, señora. Quiero un trabajo, una cama, un techo... –y sin poder aguantarme más me eché a llorar desconsoladamente.

Sentí que la mujer me tocaba la cabeza. Creí que era una caricia,

pero luego pensé que en realidad se cercioraba que no tuviera piojos (que sí tenía). Esperando ser despachado, sorpresivamente me dijo:

–Bueno, te contrato para los trabajos de la casa, pero si me robás algo te denuncio yo misma a la policía, ¿entendiste?

Su mirada fue muy severa, pero igual me trajeron una felicidad enorme en mi alma.

Le prometí no robarle y cumplir mi trabajo con rigurosidad. Entré a su casa, sin más cosas que lo puesto y me dio para beber una taza pequeña de agua caliente con un sabor bastante repulsivo que ella mencionó como té de claveles, con un aroma también insoportable, pero que yo no rechacé por respeto.

La casa era de una sola planta, pero bastante grande. Tenía en el interior una gran sala que se usaba de comedor, una cocina mediana y un pasillo iluminado artificialmente que tenía cinco puertas. Cada una daba a una habitación y solo una estaba vacía. La mujer se había improvisado tiempo atrás su cuarto en una pequeña sala de estar que daba a un patio interior. Tres baños una salita de lectura con una impresionante cantidad de libros, completaba la construcción de la casa de doña Teresita.

Más allá de la casa y de ese patio estaba el inmenso jardín del fondo con el vivero, separados en pequeños pasillos, marcando así el territorio de cada clase de clavel, muchos muy extraños y desconocidos aun para un experto en floricultura. La mujer cosechaba exclusivamente el clavel como única flor de su cultivo. Al fondo el jardín, y terminando los límites de la casa, una pequeña edificación, un cuartucho de nada, pero que en realidad era la punta del iceberg,

una especie de galpón con sótano donde se guardaban las herramientas del jardín y sobre todo los químicos y nutrientes para abonar la tierra de sus claveles.

Desde el primer día me sentí como sapo de otro pozo. Me la pasaba observando por la ventana del frente de la casa o bien por el jardín de adelante a ver si veía la figura de mi hermano, que seguramente (creía) saldría enseguida de prisión y me iría a buscar. Pensé de3cenas de discursos para decirle que dejara la vida que llevaba y si fuera necesario hablaría con Teresita para que le dieron también una oportunidad, aunque fuera como empleado. Pero mi hermano no apareció entonces.

Vivían allí unos chicos mayores que yo, que habían sido los hijos adoptivos que me comentó mi hermano Carlos. En total eran cuatro y ninguno de ellos me miraron con cara de alegría cuando la mujer, que me pidió le dijera Teresita como todos, me presentó. Los había reunido en el extenso comedor y estaban allí esperándome con mirada de fastidio. Antes de llegar hablaban entre ellos y se detuvieron cuando la anciana y yo entramos.

–Este es vuestro nuevo hermano –dijo la mujer.

Nadie dijo nada. Yo con timidez comencé a saludar uno a uno, dándole la mano y a la chica un beso en la mejilla como se saluda en Argentina. A diferencia de ellos: yo no era un chico abandonado en algún sitio o rechazado por mi madre al poco de nacer, tenía ya mis catorce años bien cumplidos y entré solito con mis propias piernas. Digamos, que estaba grande para ser un nuevo hermano.

–Portaos bien con él y cuidad que él también se porte bien –dijo mi

nueva protectora en un tono que me pareció policial.

Los primeros días con la única persona que dialogaba era con Teresita. Me costaba ubicarme como parte de la casa. Yo sentía que era un empleado, donde a cambio de casa y comida debía hacer todos los quehaceres hogareños. Al menos los “hermanos” me hacían sentir así, dándome todo tipo de órdenes a todas horas.

Cuando eran las 7, en el verano antes de comenzar la escuela secundaria, todo el mundo se levantaba y debí acostumbrarme a ese ritmo. Teresita tenía el desayuno preparado para todos, también hacía las comidas del mediodía y noche y luego de las ocho, cuando terminábamos de cenar, había una extraña costumbre en la casa que era tomar el té de claveles, cosa demasiado repugnante para mí. Me parecía sencillamente asqueroso, pero no me atreví a negarme ya que nadie lo hacía. Pero somos esclavos del hábito y con el tiempo me acostumbré a su sabor y hasta podría decirse me comenzó a gustar.

Decía que mis hermanos me hacían sentir como un empleado, ya que yo era quien fregaba las tazas luego de desayuno, lo mismo que los platos, pasarle la fregona al suelo, lavar los tres baños, cortar el césped en el jardín de adelante y ayudar a Teresita con los claveles, es decir alcanzarle los cubos y las semillas que dejaba en el pasillo porque acercarse a las plantas lo tenía prohibido. Poco a poco me fui dando cuenta que tenía un status dentro de la casa y comencé a quejarme cuando estábamos todos en la mesa. Entonces Teresita comenzó a distribuir mejor la tarea y otras veces era yo quien se negaba a algunas órdenes fraternales. Así y todo, los hijos adoptivos de Teresita me hacían pagar con rigurosidad que yo fuera “el nuevo”.

Tenía que hacer mi trabajo y el de ellos, y nunca oí a Teresita decir que fuera injusto o salir en mi favor. Viví así un par de años hasta que me di cuenta que podía rebelarme y poco a poco fui dejando de hacer lo que no me correspondía.

Lo cierto es que, salvo Damián, el menos de los cuatro seudo hermanos solo hacían más infeliz mi existencia, dándome órdenes a todo tiempo. Creo que lo que más les molesta a los integrantes de mi nueva familia era que a mí no me interesaban las misas ni nada que tuviera que ver con la religión. Y con orgullo puedo decir que a Damián tampoco, aunque ese era nuestro secreto. También la que me hablaba amablemente en algunas ocasiones era Carmen, pero eso lo referiré más adelante.

Uno de los peores momentos en la casa lo viví, sin duda, cuando regresó mi hermano a buscarme. Estaba flaco, mal vestido y tenía un par de cicatrices en la cara, producto de castigos corporales de los presos líderes en la cárcel de menores. Tenía el pelo rapado y los ojos hundidos. Me costó unos segundos reconocerlo. Fue Ramón, quien me dijo:

–Ese pordiosero dice que es tu hermano.

Le miré por la ventana, y cuando me di cuenta de verdad que se trataba de Carlos. Cientos, miles de horas esperándole sin el gozo de su presencia y allí estaba, contemplándome desde el otro lado del cristal de la ventana. Salí corriendo a su encuentro y de nada valió los cientos de discursos que me imaginé que le diría en nuestro encuentro. Abrí la puerta de la reja y me abracé a él, llorando y moqueando y solo atiné a decirle:

–¡Sacame de acá! –fue lo primero que le dije.

–Ahora no puedo, pero voy a venir pronto a buscarte.

–¡No, sacame de acá! ¡Acá están todos locos!

–¡No puedo, pendejo! ¡Ni siquiera tengo donde vivir!

–¿Y la casa?

–Se metió una familia. Es amigo del Negro y no los puedo echar.

Nos quedamos mirándonos a los ojos un momento. Carlos me observó por sobre mi hombro y dijo:

–¿Esa vieja que mira por la ventana es la que cría a los chicos de la calle?

–Sí.

–¿Vos como estás?

–Bien... Bueno... No me gusta estar acá. Me obligan a hacer cosas, no puedo salir. Me llevan a estudiar. Es como una cárcel.

–Eso está bien, pendejo –me dijo con una sonrisa. –Vos tenés que hacerte hombre y tenés que estudiar. Acá tenés un techo seguro, una cama y un plato de comida todos los días. No sabés la suerte que tenés.

Caí en la cuenta que mi hermano podía estar sin comer por varios días.

–¿Tenés hambre? –le pregunté.

Me negó con la cabeza, pero seguro que fue por dignidad.

–Le puedo decir a Teresita que te dé de comer. Seguro que...

–¡No tengo hambre! –gritó orgulloso mi hermano.

–¿Cuándo venís a buscarme?

–No sé. Te voy a venir a ver, pero no sé si te saco de acá. Se te ve

bien.

Mis lágrimas comenzaron a salirse de nuevo.

–¡Quiero estar con vos!

–¡No llorés! ¡No seas marica! Cuando tenga un techo te vengo a buscar y nos quedamos los fines de semana juntos. Mientras quedate acá que vos estás bien.

Asentí con la cabeza.

–¿Y ahora dónde vas a estar?

–Ahora estoy parando en el aguantadero de Marina, pero voy a salir de ahí pronto para tener un techo y así te puedo venir a buscar. También quiero tener un trabajo. Lo de "mangar" gente ya no va más para mí. Mañana voy a ver en una frutería que me recomendaron. Me dijeron que ahí necesitan un chico para los mandaos, atender, limpiar y esas cosas. Voy a cumplir como nadie. Y si tuviera que trabajar veinticuatro horas por día, lo voy a hacer.

La última frase que significaba no salir a robar más me llenó de gozo el alma, pero no me gustó que me dijera que estaría en lo de Marina. Su casa era un aguantadero de prostitutas, como ella, de drogadictos y lo más marginal de Remedios de Escalada. Aunque nadie podía negar el gran corazón que tenía la mujer, ya entrada en años.

–Bueno, ahora me tengo que ir, pendejo. Me fue a dar un beso en la mejilla y yo lo abracé fuertemente.

Esa fue la última vez que le vi.

Cuando ingresé a la casa, luego de ver como se alejaba y doblaba en la esquina, adentro estaba Teresita esperándome con cara desencajada.

–¿Qué quería? –me preguntó en tono fuerte.

–Nada.

–No te creo.

–No quería nada –dije en tono desafiante ya. –Solo verme.

–¡Para algo tuvo que haber venido! ¡Nadie viene a verte por nada!

Entonces mi rencor hacia la sociedad y sobre todo a los miembros de la casa me hizo decirle por despecho:

–Me vino a buscar. Va a robar un par de casas y cuando tenga la plata suficiente se va alquilar un departamento lujoso en la Recoleta y nos vamos a vivir juntos.

–Si yo me hubiera escuchado alguna vez, me hubiera dado cuenta lo ridículo de esa idea, sin embargo, Teresita se quedó preocupada por la frase “me vino a buscar”.

Ese día no hablamos más, pero en los días siguientes Teresita me hizo algunas preguntas sobre mi hermano, como dónde vivía, si tenía trabajo y cosas personales. Yo me negué a responderle sistemáticamente. Pero la pregunta que más me motivó a contarle la verdadera charla fue cuando me miró con ojos tiernos, me acarició el mentón como una verdadera madre y me preguntó si me gustaría que viviera en la casa conmigo. Creo que se me llenó de alegría el alma. Le dije exactamente dónde quedaba el aguantadero de Marina, pero también le dije que creía que sería difícil convencer a Carlos para que venga a la casa, tan solo por su orgullo.

–Haré lo que pueda –me dijo y me regaló otra caricia en la cara.

A la tarde siguiente, el rostro de Teresita estaba desencajado. Me miró a los ojos y me dijo:

–Tengo que darte una triste noticia. –No necesitó más. Me di cuenta de todo inmediatamente. Los detalles de que mi hermano había caído bajo las balas policiales o una trifulca entre delincuentes (según las versiones de Teresita a lo largo de los años), me enteré días después. Mi hermano había muerto y eso era todo lo que importaba. Me sentí el ser más solo del mundo. Lloré muchísimo y ni siquiera sabía, dónde velaban a mi hermano o dónde lo habrían enterrado si es que esto acurrió alguna vez.

Ese hecho hizo que primero Damián, y luego los otros se fueran acercando poco a poco a mí.

III

El mayor del grupo de los adoptados, se llamaba, como dije, Ramón. Era un tipo de gesto siempre hosco, como enfadado con la vida. Andaba con aire preocupado y hasta parecía que estuviera indignado por algo en forma permanente. Supe al llegar a la casa lo de la pérdida de su familia cuando el incendio. Y desde que pasó lo de mi hermano creí que nos sentiríamos más unidos uno al otro. Pero esto no era así; solo era un pensamiento interno que motivaba ese gesto, pues cuando alguno de sus hermanos le hacía una pregunta, respondía cortésmente sin demostrar nada negativo. Conmigo no hablaba casi, salvo para darme alguna orden puntual, o bien cuando yo le hacía alguna pregunta que él respondía escuetamente sin decir una palabra de más.

–¿Dónde puedo encontrar una pala para limpiar el jardín? –preguntaba yo.

–Ahí –señalaba él y ya no había más conversación. Así era todo con Ramón.

Ramón hablaba mucho con Teresita. La trataba con un gran respeto y siempre asentía lo que ella le decía. Nunca los oí discutir. Creo que ese fue el motivo por el cual me sorprendió muchísimo su decisión de irse de la casa.

Un día cuando estábamos cenando dijo:

–Teresita, tengo novia.

Nuestra anciana protectora miró a Ramón como si la hubiera amenazado de una muerte segura.

–¿Y eso? –dijo con una mirada repleta de dudas y desconfianza.

–Nada. Simplemente tengo novia. Quería que lo supiese.

–Me parece muy bien –respondió Teresita cambiando su cara a una más gentil. –Espero que te dignes traerla para que todos la conozcamos.

Ramón se quedó en silencio pensando y al cabo de un rato dijo:

–¿Para qué?

–¡Cómo para qué! ¡Para conocerla! ¿No somos acaso tu familia?

Dos días después Ramón entraba a la casa del brazo de una chica morena muy bonita. Se llamaba Laura y era de un carácter firme y decidido, casi chocaba su actitud por ser la primera vez que entraba a la casa, pero hablaba con soltura y decisión. Hablaron en privado con Teresita, y no sé que se dijeron, pero se sentía risas de la anciana, lo que me hizo presuponer que todo marchaba bien. Esa noche cenamos todos juntos. Cocinó como siempre Teresita, pero Carmen le dio una buena mano; Damián y yo pusimos la mesa colorida como la que usábamos en nuestros aniversarios[1]. Teresita justificaba este acto porque en alguno de los chicos no se conocía una fecha exacta de nacimiento. En mi caso, esto era insignificante, ya que nunca festejé un cumpleaños antes de entrar a la casa, y allí al menos tenía una fecha que recordar.

Decía, que se puso la mantelería y la vajilla más importante, como cuando se festeja un acontecimiento importante. Inclusive Teresita cortó algunos claveles de los más finos y valorados por nuestra protectora. Luego, a la hora de comentar sobre cada una de las especies de claveles, la agasajada de mostró un desinterés que hasta a

mí me ofendió.

La cena fue estupenda y Teresita habló con la novia de Ramón alegremente.

–¿Piensan casarse, querida? –preguntó.

–¡Por supuesto, señora! –respondió Laura, que llevaba la voz cantante de la pareja.

–¡Muy bien! Y espero que me permitan ofrecerle mi casa para que vivan felices. La casa esta es grande y serán muy bien recibidos ustedes y los vástagos que vengan en el futuro...

–¡Nada de eso, señora! –interrumpió Laura. –¡Casado casa quiere! Nos vamos a vivir a mi provincia cerca de mi familia. Soy de Santiago del Estero igual que Ramón. ¡Qué casualidad, no!

No puedo describir la cara de disgusto que puso Teresita. Ella defendía a sus hijos adoptivos como la gallina a los pollitos, pero ejercía cierta posesión, para mi gusto, excesiva. Sin embargo, se repuso y dijo:

–¿Al menos me permitirán ver a mi hijo casarse en la parroquia el barrio?

–¡Eso sí, se lo prometo, Teresita! –dijo esta vez Ramón.

Así se hizo.

Los preparativos de la boda fueron rápidos y se la veía a Teresita tan ansiosa como el propio Ramón. Teresita pidió no hacer una fiesta porque eso la pondría más triste y finalmente se marcharon junto a su familia, no sé a que pueblo de Santiago del Estero.

Eso sucedió no mucho después de mi llegada a la casa. Y yo supe de Ramón simplemente por las cartas que llegaba de él y que Teresita nos

leía con devoción en el comedor. Este hecho, sumado a la muerte de mi hermano, me ayudó a consolidarme en la casa de Teresita y de esos chicos adoptados, porque hasta entonces nunca acepté la idea de que fueran mis hermanos, bueno, eso era imposible teniendo en cuenta que yo había tenido un hermano verdadero de carne y hueso. Pero lo que sí acepté es a esos pobre desgraciados como compañeros de la vida dentro de la casa.

Pues decía que Teresita nos leía las cartas de Ramón. Solía reunirnos a todos en el comedor a la tarde cuando veníamos de la escuela (los que aún íbamos) y decía con alegría:

–¡Escribió Ramoncito!

Nos contaba sobre cómo le iba en Santiago. Cómo habían puesto una panadería y si bien el trabajo era demasiado estaban felices porque les iba bien. Teresita le contestaba que cuándo venían a verla. Esto era lo que hacía que Teresita más se quejara:

–Ya se olvidó de nosotros. Ya no recuerda todo lo que hice por él –decía.

Sus hermanos le escribían algún mensaje que luego Ramón respondía en la carta siguiente. Cuando Teresita me preguntaba si yo quería escribirle algo hice un gesto negativo con la cabeza, no me sentía con confianza de hacerlo, y ni siquiera creí que Ramón esperase algo mío. Sin embargo, un día, en un de sus esporádicas cartas pone: "¿Cómo anda Marito? ¿Se olvidó que tiene un hermano en Santiago? Teresita, dígale que me haga unas líneas". Sorprendido, le puse tres o cuatro frases para que se sintiera conforme. Desde ahí, cada vez que escribía, siempre había algo para mí también. Pero las cartas, como ya dije,

eran esporádicas y pronto dejó de escribir, y todos a olvidarse (o al menos preguntar) de Ramón.

IV

El que seguía a Ramón era Enrique.

Mi relación con Enrique era sinceramente muy mala. Era el más repelente de los hermanos. Si bien con Ramón no me llevaba ni bien ni mal, yo escapaba acercarme a Enrique. Él siempre tenía una orden par darme y cuando yo comencé a tener personalidad dentro de la casa y rebelarme, nuestras peleas se hicieron más recuentes y ácidas. Él no reparaba en decirme cosas hirientes como: “sos tan vago como tu hermano, que si no fuera por Teresita ya te habrían matado a vos también en la villa la policía”, o “sos un muerto de hambre”. Un día me dijo tantas cosas y fue tan duro conmigo que le respondí de la misma manera:

–Al menos yo vine por las mías a esta casa; a vos te tiraron en la Iglesia. ¡Vaya a saber qué degenerados eran tus padres! –Se quedó mirándome con gesto incrédulo. No respondió nada y se fue con la mirada bastante afectada.

Desde ese día no digo que no discutimos más, pero no hizo ninguna referencia más a mi hermano o mis antecedentes villeros.

Yo odiaba a Enrique. Era el que más se abusaba de mí dándome órdenes y nunca aceptaba un no. Pero bien teníamos una pésima relación, puedo decir a favor de él que tenía también algunas cualidades. Era el que más cuidaba a Carmen como un verdadero hermano y admiraba en demasía a su hermano mayor Ramón. Por eso, no es de extrañar que las cartas de aquél, le dedicara una parte extensa a Enrique y que Enrique contestara con satisfacción.

Con Damián era otra cosa. Damián no soportaba mucho a Enrique, pero le hacía caso en las cosas razonables que éste proponía. Enrique era el más devoto de todos, y junto a Teresita, disfrutaba de las misas o ir a la Iglesia. Por eso que no entendía muy bien esa contradicción de ir a ver a Dios y al rato ser tan cínico conmigo.

Enrique tenía muy marcado el sentido del deber. Había que levantarse temprano porque era ley en la casa, había que cumplir con todo lo que la Biblia ordenaba y así todo. Hasta dicen que fue monaguillo un año antes de que yo llegara. Tuvo muy buenas notas en la escuela secundaria, y si bien no era sus intenciones seguir una carrera, no sorprendió que recibiera el hecho de hacer el servicio militar con alegría, cuando muchos otros añoraban salvarse. Salió sorteado para ir al Ejército Argentino en el sur. Yo llegué a pensar que su ansiedad con asumir su responsabilidad era en realidad que estaba contento por dejar la casa. Cuidaba a Carmen y admiraba a Ramón, pero no se llevaba muy bien con Teresita, aunque la trataba con mucho respeto. Más de una vez lo vi consternado o bien simplemente triste, rezando en su habitación. Un día, dejando rencores de lado y, como no hablaba mucho conmigo, le pregunté:

–¿Qué te pasa?

–Nada –me dijo, pero Damián creía que echaba de menos a Ramón.

No podía entrar en su corazón ni saber qué era lo que lo aquejaba.

Con la Mili, se fue a Río Gallegos, en el sur de la Patagonia y tardó tres meses en volver por primera vez de visita. Sus hermanos de la casa estaban excitados con verle. Pero Teresita tenía una posición distante. Creo que estaba molesta porque en tres meses no le había

escrito ni una sola vez. Estuvo tres días en la casa y luego se volvió al Ejército. Contó algunas experiencias de la milicia y de lo bien que se había adaptado. También manifestó que le encantaría seguir en el Ejército. Su segunda visita fue tres meses más tarde y dijo abiertamente que había decidido quedarse en las filas, sirviendo al país. Tenía un aire soberbio como nunca le había visto antes e invocaba a Dios y la Patria cada cinco minutos. A fin de año, vino por última vez antes de meterse definitivamente en las filas del Ejército Argentino. Esa fue la última vez que le vimos, si bien llegaron al principio algunas de sus cartas y, curiosamente, mandaba algunas palabras de aliento para mí.

V

Con Carmen fue diferente y hasta diría anunciado. Carmen era una chica muy guapa y tenía un aire picaresco que llamaba más la atención. Se peinaba todo el día y se cambiaba de ropa para mostrarse frente al espejo, pero en el único sitio donde podía mostrarse era en la iglesia del Padre Esteban, que por otra parte estaba muy viejo. Allí, según creo yo, podía coquetear también con los feligreses, aunque no creo que tuviera oportunidades con Teresita al lado. Ni siquiera la dejaba salir a la puerta y ella se tenía que contentar con mirar el mundo por la ventana, detrás del jardín de adelante. Y eso era muy lejos de la acera, que contemplaba y contemplaba sin cesar.

Le encantaba andar en ropa interior o camisones muy cortitos y escotados por toda la casa. Admito que me excitaba su presencia. Dije que Carmen me hablaba bien ocasionalmente. Esto lo hacía generalmente cuando estábamos solos y cuando estaba en presencia de sus hermanos le encantaba burlarse de mí o simplemente darme órdenes, algunas sin sentido. Por eso yo esquivaba a la chica en presencia de sus hermanos y cuando sabía que estaba sola me acercaba a ella por alguna excusa. Consciente de su hermoso cuerpo y que mis ojos la buscaron desde el primero día, Carmen me provocaba y hasta me acariciaba cuando nadie la veía. Yo gozaba enormemente de esta situación y no me importaba que ella fuera como fuese, con tal de satisfacer algunos segundos de felicidad. Más de una vez me dejó la puerta de su habitación entreabierta y yo como un zombi acudía a ver

por la rendija. Allí, se ponía en su camisón rojo frente al velador y dejaba traslucir su hermosa figura que yo contemplaba extasiado. A la mañana siguiente cuando desayunábamos me decía en un tono burlón, que solo ella y yo entendíamos:

–¿Anoche dormiste bien? Tenés cara de cansado –y se echaba a reír, mientras yo me ponía rojo como un tomate y Teresita y Damián no entendían nada de qué iba aquello.

Pero una vez Carmen fue más lejos. Ese día la rendija que dejaba la puerta entre abierta estaba un centímetro más grande y la luz del pasillo de los cuartos totalmente apagadas. Ese día Carmen se paró frente al velador y no solo se notaba su silueta de mujer, sino que comenzó a sacarse la ropa interior. Primero se desabrochó el bretel del sujetador y se lo sacó por un costado de la manga del mini camisón, y por último su prenda íntima inferior, dejando ver a trasluz su vello pubiano. Me agaché y puse mi cara en la ranura para ver mejor. Ella se echó en la cama boca abajo y subiéndose el camisón rojo y dejando ver sus nalgas firmes, poniéndose de rodillas sobre una almohada y...

Y luego no vi nada más. Un agudo dolor en mi oreja derecha apareció de improvisto; los dedos de tenaza de Teresita se prendieron de ella retorciéndomela como la cuerda de una peonza. Me llevó a la cocina, mientras comenzó a pegarme con un palo de amasar por el lomo, costado, cabeza, todo lo que su minúscula fuerza pillara.

–¡Ay, ay, ay, me mata! –grité.

Aparecieron Enrique y Damián y me sacaron de las fauces de Teresita que gritaba:

–¡Degenerado, degenerado!

Finalmente me hizo ir a mi cuarto y allí me quedé durante todo el día sin comer ni beber. Pensé en romper la reja de la ventana y escaparme lo antes posible de allí, pero eso no sucedió, aunque le confesé mi intención años después. A la noche vino Enrique y me dijo:

–Vení a cenar.

Estaban todos a la mesa, y nadie tocó el tema. Se notaba la cara de disgusto de Teresita. Enrique no tenía cara de nada, y Damián estaba risueño, como si se hubiera enterado de algo gracioso en vez de algo vergonzante. Me costaba mirar a la cara a todos, sin embargo, Carmen estaba de lo más alegre. No se sentía ni ofendida para nada y alguna vez hasta pude captar su mirada de picardía cruzándose con la de Damián. Comí en silencio. Al otro día todo el incidente estaba olvidado, menos para Teresita y para mí. Pero ya no volví a espiar a Carmen nunca más.

Un día, tiempo después de la ida de Enrique, sucedió lo lógico y planeado por el destino. Apareció un cartero nuevo, joven, de la edad de Carmen aproximadamente o un par de años más a lo sumo, y si bien no era un chico de los llamados “guapos”, era un hombre. El amor surgido por los dos fue a primera vista. El chico trajo una carta no sé de quién, creo que Teresita dijo de Enrique, y salió Carmen a recibirlo. Estaba con una blusa blanca corta, dejando su ombligo al descubierto, con un sujetador de esos duros que le levantan el pecho a las mujeres y un pantalón ajustado, dejando adivinar la esbelta silueta de Carmen. El chico, que yo contemplé por la ventana, se quedó bobo mirándola sin saber qué decir. Ella le sonrió picarescamente y tomó el sobre. Se dio vuelta para volver a la casa y caminó como una modelo

moviendo más el culo para el muchacho. El chico adivinó las intenciones de Carmen y Carmen las del chico.

Así, el chico comenzó a venir día tras día a traer cualquier cosa: carta, servicios equivocados de otras personas, propagandas políticas, publicidad, etcétera. Y Carmen esperaba junto a la ventana con una excesiva ansiedad que me hacía enfadar. Creo que estaba celoso de ese chico.

Un día vino la única mujer de los chicos adoptados con la novedad. Nos reunió a Teresita, Damián y yo y nos dijo:

–¡Daniel me pidió que viva con él!

–¿Quién es Daniel? –preguntó Damián.

–El chico que trae las cartas. ¡Quién va ser!

Damián comenzó a reírse, yo simplemente estaba atemorizado con la idea de dejar de ver a Carmen. Miré a Teresita, que permanecía en silencio mientras su hija daba detalles de sus planes y me di cuenta que tenía una mirada severa de contradicción.

–¿Qué les parece? – dijo Carmen.

–Me parece bien –dijo Damián.

–¿Te parece bien? –grité yo, que por primera vez opinaba sobre un tema familiar. –Carmen es una chica católica, de buenas costumbres y ¿te parece bien que se vaya con el primer zángano que aparezca? Teresita, explíquele a estos que está muy mal.

Teresita me miró y me acarició el rostro.

–Si es su decisión está bien –dijo y yo me sentí horrorizado por la idea. –Me gustaría conocer al muchacho y ver cómo es.

–¡Sí, Teresita! –dijo con júbilo Carmen.

Yo permanecí en silencio y por miedo a romperme a llorar me fui a mi cuarto y me quedé allí durante un buen tiempo.

Al otro día ese Daniel apareció en la casa. Traía un traje mal arreglado que se notaba que ni siquiera era de él, y un ramo de claveles. ¡Claveles para Teresita! Nuestra anciana protectora nos obligó a todos a estar allí, pero contrariamente a lo que yo creí, ella se mostró agresiva y altanera.

–No me gustan nada los claveles apagados –le dijo cuando este le entregó el ramo que ni siquiera cogió y el pobre chico quedó con las flores extendidas sin saber qué hacer con ellas. –¿No viste acaso que yo cultivo claveles?

El muchacho no supo que decir y se sonrojó a la vez que miró a Carmen. Ésta cogió las flores sin decir nada y las puso en un florero en la encimera de la cocina.

Nos sentamos todos a la mesa. Carmen y Teresita habían preparado una jarra de zumo de naranja con hielo y cinco vasos. También hizo una tarta de manzana. Teresita tomó la jarra y me puso a mí, a Damián y a ella misma, dejando a la pareja sin servir. Carmen completó la rueda sintiéndose ya incómoda a estas alturas. Permanecimos todos en silencio y Teresita miró fijo al muchacho, que se sentía incómodo ya, como quien mira a su víctima.

–¿Te querés juntar con mi hija? –dijo desafiante.

–Nos queremos casar –dijo el cartero.

–¿Casar o juntar? Porque son dos cosas distintas.

–Pues... –el chico se sonrojó nuevamente.

–¡Queremos estar juntos, Teresita! –intervino la voz piadosa de

Carmen.

–¡Sí, eso! –agregó el chico.

–¿Alguien tiene algo que decir? –preguntó Teresita y me miró. –¿Mario?

–Yo no estoy de acuerdo, Teresita –dije victorioso.

–¿Por qué? –se quejó Carmen.

–A éste no lo conocemos de nada –dije. –No sabemos quién es, dónde vive, de qué familia es y qué intenciones tiene. Eso de proponerle a una chica juntarse a la primera... ¡puaj!

–Para tu información se llama Daniel Raúl González; vive en la calle Machado 651 y me pidió que nos casemos. ¿Querés más datos? Yo le dije que es preferible juntarse para probar cómo nos llevamos, pero él prefiere que nos casemos.

Me quedé sin palabras. Damián estaba callado, pero sin ánimos de poner trabas en la felicidad de Carmen.

–¿Tu familia lo sabe? –preguntó de repente Teresita.

–Pues... Aún no, señora. Pensaba hablar con usted primero para que apruebe nuestro plan y...

–¡Muy bien; muy bien! –interrumpió Teresita y se levantó para irse. –Ya veremos qué decimos

–¡Teresita! ¡No se puede ir así! –se quejó Carmen.

–Carmencita, dejámelo pensar. En principio sigan con la relación que tienen, pero dejámelo pensar... –y se fue sin decir más.

Yo me sentía traicionado. No un fue un “no” rotundo. La frase no tenía el aspecto de quien se opone vehementemente a una relación. Me doy cuenta ahora que lo mío era un capricho, que estaba

enamorado de Carmen y por eso me oponía a su felicidad, pues en esa ocasión veía peligrar la posibilidad de estar con ella para siempre.

Esa noche no dormí nada. Teresita nos hizo tomar un té de claveles que, decía, nos hacía descansar mejor, y de verdad era muy cierto. Tomábamos ese té y a la noche caíamos todos planchados, y nos levantábamos bien descansados. Pero ese día no acepté tomar el té, y como Teresita insistió tanto, le dije que lo tomaría en mi habitación. Obvio que no lo hice y me quedé toda la noche pesando. Mis pensamientos me llevaban siempre al cuerpo excitante de Carmen que yo contemplé extasiado aquellos días pasados, a mis fantasías con ella y a nuestro futuro juntos, que veía entonces puesto en peligro.

Estaba envuelto en estos pensamientos cuando sentí un extraño ruido de una puerta metálica. Me asomé a mi ventana y la abrí despacito pensando que se trataba de un ladrón. Pero mis ojos contemplaron a Teresita saliendo de esa especie de sótano exterior que podía verse desde mi cuarto. Traía en su mano una caja pequeña y se cuidó de cerrar la puerta nuevamente. Eran como las cinco de la mañana y ya comenzaba a apuntar la primera claridad, por eso que estaba seguro que era Teresita. Poco después de esta visión me acosté y me quedé dormido hasta el mediodía.

Al levantarme a la primera persona que vi fue precisamente fue Teresita.

–Buenos días, dormilón –me dijo alegre. Estaba de muy buen humor.

–Creo que dormí demasiado –dije. –Lo que pasa que no pude dormirme hasta muy tarde.

–¡Cómo que no pudiste dormirte! –su humor cambió repentinamente.

–¿A qué hora te dormiste?

–Tarde, muy tarde. La vi a usted esta mañana cuando salía del sótano. ¿Recién se levantaba?

Teresita se quedó mirándome asombrada.

–¿Tomaste el té de claveles? –me preguntó.

–No.

Y sin decirme nada me dio una bofetada. Me quedé de piedra. No entendía como un hecho tan insignificante podía alterarla tanto.

–Yo hago lo mejor por ustedes y ustedes me pagan con el desprecio. ¡No les importa lo que una les dé! ¡No le dan ningún valor!

–No es así, Teresita –dije. –No volverá a suceder –prometí.

Ella me miró y me acarició.

–¡Pobre Marito! ¡Perdoname, estoy un poco nerviosa! –dijo.

–No se preocupe, Teresita.

Ella se quedó mirándome fijo.

–¿Así que me viste esta mañana?

–Sí. ¿Qué estaba haciendo? ¿Cuidando sus claveles?

–Así es, hijito. Saqué un poco de pesticida. Otra vez aparecieron las royas en mis claveles.

–¿Royas?

–Son unas manchas amarillas que aparecen en el verano. Este año mis claveles no nacieron tan buenos como otros años. Creo que estoy demasiado vieja para cuidarlas, Marito. No sé, tal vez le falta abono del bueno.

–Yo veo muy bien a los claveles. Y no creo que nadie las cuide mejor que usted.

Ella me sonrió con ternura y me acarició de nuevo y me dijo:

–Me gustaría que seas vos el que cuide mis claveles cuando yo ya no esté.

–No hable así; le quedan a sus claveles muchos años de Teresita. – Ella sonrió y se fue a sus quehaceres.

A la que vi un poco extraña ese día fue a Carmen. Estaba sentada al lado de la ventana observando todo el movimiento de la calle. Estuvo así todo el día. Me di cuenta que esperaba a Daniel y que éste no apareció. Normalmente venía un momento antes del mediodía y luego a las cinco en punto.

Comimos en silencio y Teresita volvió a su buen humor. Lo mismo que Damián y yo mismo. La única que no compartía la alegría era Carmen.

–¡Parece que son todos felices en esta casa! –dijo irónica.

–¿Pasa algo? –preguntó Damián extrañado.

–No vino Daniel.

–Bueno, a lo mejor se asustó con todo lo que le dijeron ayer –se rió Damián.

–Si eso fuera verdad es que no te quiere de verdad –dije yo ponzoñoso.

Carmen no respondió, puso la servilleta que descansaba en su falda sobre la mesa y se fue a su cuarto desconsolada.

Pero ese día el chico tampoco apareció. Ni a la tarde siguiente. Ni a la siguiente.

Una noche, poco antes de cenar, escuché que Teresita discutía fuertemente con Carmen. No podía oír desde mi cuarto, pero escuché

algo así como que Carmen le recriminaba a Teresita algo con fuerza. Estuvieron así un rato. Finalmente, Carmen le gritó a Teresita con violencia y se escuchó un portazo y nada más. Luego Teresita gritó por los pasillos:

–¡Si te querés ir, andate! ¡No te voy a retener! ¡Yo quiero la felicidad para todos pero si no la queréis…! ¡Ay, Señor, para qué una hace tanto por sus hijos! ¡Y mira como me lo pagan!

Luego entró a su habitación y se oyó otro portazo, el último.

Esa noche dormí plácidamente. No sé si fue por tomar el té de claveles o porque me sentía tranquilo al tener una nueva oportunidad con Carmen. A la mañana cuando desperté, la única que estaba levantada era Teresita y nos tenía preparado el desayuno a todos.

–Buenos días, hijito –me dijo.

–Buenos días, Teresita.

–Andá a despertar a tus hermanos.

Me dirigí otra vez a los pasillos y golpeé la puerta de Damián. Este ya estaba levantado a punto de salir de su habitación.

–Ya voy –dijo.

Cuando fui al cuarto de al lado, el de Carmen, había un papel doblado en el suelo antes de llegar a su cuarto. Lo levanté y vi que era una carta:

"Mi amor, me escapé de casa. En unos días te paso a buscar para estar juntos para siempre. Esperame, por favor. Tené paciencia que ya nadie nos podrá separar. Me gustaría verle la cara a los tontos de tus hermanos y esa vieja loca. No olvides que te amo.

Daniel".

Me quedé sorprendido con la nota. Un odio hacia aquel cartero surgió en cada palabra. Antes de golpear la puerta de Carmen esperé a Damián y se la mostré. Con gesto adusto me dijo:

–No creo que Carmen pueda tolerar esta falta de respeto hacia nosotros.

–Yo tampoco –dije. Y juntos llamamos a la que era nuestra hermana adoptiva.

–¡Carmen, Carmen! –grité mientras golpeaba la puerta.

No hubo palabra o ruido alguno que saliera de su cuarto.

–¿Carmen? –llamó Damián.

Yo abrí el cuarto y estaba ella durmiendo plácidamente. Allí respiré hondo. Entonces me acerqué y le abrí la ventana para que el sol la despertara, pero allí nos dimos cuenta que el bulto de la cama era simplemente una almohada bien acomodada debajo de las mantas.

Salí corriendo por el pasillo.

–¡Se fue! –grité con desesperación.

Cuando llegamos a la cocina. Teresita tenía el desayuno ya servido para todos, incluyendo para Carmen.

–Carmen se fue –le dije con la nota en la mano. Ella cogió la nota y cayó abatida sentada en una silla.

–¡Dios! –dijo y comenzó a llorar en silencio. Luego agregó: –Si es su decisión, debemos respetarla.

Ese día todos andábamos como sombras, y debo decir que, en este sentido, yo era el más abatido de todos.

Sin embargo, a los tres días llegó una carta que trajo un nuevo

cartero, un hombre mayor, bastante obeso. La carta la recibí yo y era de Carmen. A simple vista pude darme cuenta por su letra pequeña, pareja y redonda que yo conocía muy bien. La carta era una nota escueta dirigida a Teresita diciéndole que no soportaba más el encierro y que quería ser feliz con el hombre que amaba. Que tal vez se fueran a Bahía Blanca y que le escribiría de vez en cuando. Que la perdonara por todo, que a pesar de querer la libertad la apreciaba mucho y que le agradecía todo lo que hizo por ella. Le pedía disculpas por el medio que le comunicaba la noticia y que le dejara un beso a Damián. Y ni una mísera palabra para mí.

Esa fue la última vez que supe de Carmen. En realidad, llegaron algunas cartas más que yo recibía e identificaba su caligrafía, pero ya no quise ni enterarme qué decían. Era mi venganza a su desprecio.

VI

Por último, estaba Damián, un chico que siempre me cayó simpático, tal vez porque era el menor de todos.

Será que se quedó solo, pero luego de que se fue Carmen, Damián se pegó a mí. Se sentía molesto con sus hermanos por haberse ido y dejarlo en soledad. Cuando nos quedamos nada más que los dos supe que Damián no sentía el cariño por Teresita como yo mismo creía. Sorprendentemente me confesó un día que odiaba a su protectora.

–Teresita a lo único que quiere es a sus claveles y haría cualquier cosa por ellos más que por nosotros.

Me le quedé contemplando atónito.

–¡Es una enferma! –agregó y vi rencor en su mirada.

–No hables así de la persona que te salvó la vida –le respondí. Incluso yo, que sabía lo que era el mal, me molestaba que hablaran así de la persona que nos mantenía y nos había cuidado toda la vida, aun con errores.

–Mis hermanos estuvieron bien en irse. No soportaron más vivir entre curas y claveles –me dijo con una sonrisa agria. –Pero yo me iría más lejos.

–¿Adónde? –dije asustado.

–¡A España! –respondió victorioso. –¡Sabés lo que debe ser estar en España!

–…

–Esperame –me dijo de repente y se fue a buscar un libro de

Geografía. Al volver abrió en una página que ya estaba preparada para él con un marcador, para extasiarse con sus fotos. Dijo: –¿Ves este edificio con el reloj?

–Sí.

–Es la Puerta del Sol en Madrid.

–No le veo nada de especial.

–¡Vos qué sabés! ¡Es magnífica! Allí se peleó contra Napoleón en 1808. Fue por la Independencia de España. En parte le debemos nuestra libertad a Napoleón.

Miré otra vez el edificio para saber si además de parecerse en parte a nuestro Cabildo, primera casa de gobierno nacional, tenía algo más.

–La Puerta del Sol fue construida en mil quinientos y pico. Es el kilómetro cero de España, como el Congreso acá. Era un fuerte con una puerta que tenía un sol grandote porque miraba hacia donde amanecía. ¡Allí mismo tuvieron parados hombres importantes como Napoleón! ¡Estuvieron reyes, personalidades de la historia!

–¿Estuvo Maradona?

Damián me miró casi con enfado, pero no me respondió. Siguió con sus fotos.

–Mirá ésta. ¡La Plaza Mayor de Salamanca! ¡Fijate que dimensiones, qué estilo! ¿Ves esos cuadros circulares?

–Sí.

–Son las figuras de todos los reyes de España sin faltar ninguno.

–¿Está Juan Carlos también?

–¡Yo qué sé! Juan Carlos no está, creo.

Siguió mostrándome fotos.

–¿Ves estos edificios raros? Son de Gaudí. ¿Sabés quién fue Gaudí?

–¿Un fotógrafo?

–¡Un arquitecto, sobruto! Gaudí era de Barcelona y construyó la Sagrada Familia. Mirá, ésta que está acá. Es como la Basílica de Luján, pero mucho más grande y más linda. ¡Es ésta!

–Está llena de agujeros.

–¡Es así! Arte moderno. Además, no se terminó de construir todavía, le falta más de medio siglo. Las partes son talladas a mano y la comenzó a construirse en el siglo XIX. ¿Te gusta?

–Sí –dije para complacer a Damián.

Tampoco me disgustaba, pero ya me había aburrido hablándome tanto de España. Creo que lo que más me daba temor era que Damián se fuera y me dejara totalmente solo, amén de quedarme con Teresita, claro. Yo ya sabía lo que era perder a un hermano.

–¿Te imaginás a Damián Martínez yendo a España?

–¡Claro que sí! –dije para animarle, aunque me daba mucha tristeza.

–¡Madrid, Barcelona, Valencia, León! –y sus ojos se perdían en sus sueños.

Desde el día fatídico de la huída de Carmen tuvimos muchas conversaciones con Damián, donde me enteré más de sus sueños y el de los demás. Damián tenía la teoría de que ninguno de sus hermanos postizos era feliz en la casa de nuestra bienhechora, por eso se iban uno a uno, y él mismo quería alejarse lo antes posible también.

–¡Vos vas a seguir el mismo camino que todos! –concluyó, pero yo, que viví en la miseria más absoluta, no creí en irme jamás de esa casa,

que entonces ya se parecía a un castillo para mí.

Me alegré por él cuando me dijo que quería viajar, pero en realidad nunca lo creí capaz de irse de verdad. Al menos pensé que su sueño era algo inalcanzable. Luego Damián sonrió y envuelto en un manto de ensueño guardó todos sus folletos de nuevo.

Pero un día lo vi muy metido en unos movimientos extraños. Iba de un lado para el otro, se encerraba en su cuarto y se lo veía muy concentrado.

–¿Qué estás tramando? –le pregunté una vez en la puerta de su cuarto.

Damián me miró y me dijo:

–¿Sos capaz de guardar un secreto?

–Ya sabés que sí.

–Me voy a España.

Me quede estudiándolo un rato.

–¿Cuándo? –le pregunté con todo el aire de preocupación que pude.

–¡El mes que viene!

–¡Estás loco! –le dije. –Viajar a España no es así nomás. Tenés que sacar pasaporte, tener el pasaje...

Él sonrió malignamente. Entró a su habitación y salió al instante. Me extendió una libreta azul victorioso y un sobre de plástico que ponían en su tapa Aerolíneas Argentinas.

La libreta tenía el escudo nacional y era su pasaporte. El sobre, en su interior contenía un billete que decía Buenos-Madrid.

–¿Lo sabe Teresita? –Le pregunté mientras devolvía el billete y el pasaporte.

–¡No! Se lo voy a decir unos días antes.

–Deberías prepararla mejor. Le va a caer muy mal…

–¡No me fastidies, Mario! Si le digo ahora me va a volver loco hasta que me vaya.

–Como vos quieras. De mi parte no diré nada, pero no comparto con vos…

–¡Una mierda! ¡Yo sé lo que hago!

–¿Y cuándo vas a volver?

–No sé. Si puedo ¡nunca!

Me pareció muy mala respuesta. No me gustó como Damián manejaba su viaje y el desagradecimiento que mostraba a Teresita. Yo ya tenía algunos años allí y me pareció un poco frío de su parte por mí también irse de esa manera. Teresita tenía sus cosas, pero a pesar de todo, había criado a Damián y sus hermanos postizos.

Pero creo que Teresita algo sospechó, porque esos días no anduvo de muy bien semblante y yo observaba que miraba a Damián de manera especial y hasta lo trataba despectivamente, sobre valorando mi persona en detrimento de su otro hijo postizo. Damián, lejos de enfadarse, parecía tomar con más alegría y fuerza su decisión. Por fin llegó el día de decírselo. Estábamos los tres comiendo en silencio y Damián dijo:

–¿Teresita?

La mujer levantó la vista de su plato y lo miró directamente a sus ojos, esperando el impacto

Damián pareció amilanarse un poco.

–¡Decime eso que tenés que decir! –dijo la anciana seca.

–Me voy –dijo Damián con su voz ahogada.

–¿Te vas nomás? –contestó Teresita sin ninguna sorpresa.

–Sí.

–Bueno, supongo que todos se marcharán de la casa. Es lo normal –dijo sin demostrar el más mínimo sobresalto. Luego dijo amargamente: –A vos también te va a llegar la hora de irte, Mario.

Yo no respondí pero sabía que eso era imposible. A pesar de todo lo vivido, sentí que yo era el más agradecido hacia la anciana.

Tres días después, y sin siquiera despedirse en persona, Damián se fue. Me dejó una carta que transcribo, pero que no fue suficiente para apagar mi decepción y mi tristeza:

Querido Hermano:

Yo sé que no te gustará que me vaya así, pero no me gustan las despedidas. Prefiero hacerlo de esta manera. De todas formas, no es un adiós, sino un hasta pronto. Estoy seguro que alguna vez nos encontraremos: en Madrid, en Buenos Aires o en cualquier parte del mundo. Trabajaré duro para que así sea. Lo hago por mi libertad y mi felicidad. Nunca te dije cuanto te quiero, así que aprovecho para decírtelo en esta carta. Te quiero mucho, hermano. Te mando un fuerte abrazo. Hasta siempre.

Damián.

La carta la dejó dentro de un sobre sin membrete ni remitente y solo decía Mario. Estaba apoyada en la puerta al pie y cuando la vi sobre la alfombra al abrir la puerta, casi podía decir que adivinaría cada una

de las palabras. Fui a su habitación y como supuse, casi no había ropa en su armario. Entonces me dirigí a la cocina para ver qué sabía Teresita. Ella estaba sentada abatida en una silla con otra carta de Damián en su mano. Me acerqué a ella y le acaricié la blanca cabeza.

–¡Así no, Damiancito! ¡Así no! –dijo desconsolada.

Me senté a su lado también abatido y así nos quedamos los dos en silencio.

VII

En cuanto se fue Damián, esperé con ansiedad alguna carta de él, contándome cómo le estaba yendo en Madrid o cualquier parte de España que se encontrase. Cada vez que venía el cartero salía corriendo a ver si había algo de él. Aparte de los servicios e impuestos, recibimos una carta de Ramón, dos de Enrique y cuatro de Carmen. Pero nada más. Los años pasaron y ya nadie más se acordó de nosotros.

Teresita quedó muy afectada por todo eso y puedo decir con certeza que nuestra relación fue muy estrecha en ese sentido. Yo era el único que estaba a su lado, pero el miedo que la mujer tenía a que me vaya de la casa fue de esperar.

–Yo nunca me voy a ir de esta casa, Teresita. Puede quedarse bien tranquila.

Pero cuando salía con alguna chica, ella me agobiaba con sus

preguntas: si me gustaba, cómo era, dónde vivía, pero al responderle que no era una relación importante, entonces se quedaba un poco más tranquila. Con el tiempo comenzó a darse cuenta que yo no me iría de verdad, aunque a veces cuando conversábamos le decía:

–Teresita, tengo que comentarle algo.

Ella, con la voz resignada respondía:

–¡Te vas!

Yo comenzaba a reírme y ya no se hablaba más del asunto.

Así era Teresita.

Nuestra relación era extraña. Ya comenté aquí mismo que me sentí sapo de otro pozo desde el comienzo. Primero por la actitud de mis compañeros de casa (me niego a llamarlos hermanos), y luego por la misma manera de ser de Teresita. Tal vez, motivada porque yo era un chico de la villa y por mi propia historia antes de vivir en la casa, ella siempre me trató con desconfianza. Desconfianza sutil, pero que yo sabía captar. Teresita era por definición, desconfiada. Me escudriñaba durante todo el día y si le hacía alguna pregunta de porqué me miraba así, me respondía:

–¿Por qué? ¿Hay algo que te preocupe? ¿Tenés algo que ocultar?

O bien cuando le faltaba alguna clavel, bien porque se caía marchita y el viento se la llevaba, bien porque ella misma se olvidaba que la había sacado o vaya a saber por qué, siempre se quejaba de que le robaba las flores. A pesar de que luego ella misma las obsequiaba o las ponía adornando toda la casa.

–Eso es otra cosa –decía. –Una cosa es que yo las regale; otra cosa que me las roben.

Los otros integrantes de la casa prestaban oídos sordos a las palabras de Teresita y yo comencé a hacer lo mismo. Pero a veces Carmen o Damián, que eran los más revoltosos de los cuatro, le escondían algún objeto (adorno de cobre o utensilio), y Teresita se ponía como loca buscándolo. Y siempre comenzaba por mi cuarto. Una vez, cuando aún estábamos todos, tomé un libro de la biblioteca para leer, pero en honor a la verdad me olvidé totalmente que lo tenía. Ella preguntó si alguien había visto "El Corsario Negro", de Emilio Salgari. En mi despiste, no me sonaba de nada. A la tarde pide celebrar un consejo familiar. Comienza diciendo que entre los miembros de la familia había un ladrón, y esperaba por su bien que tuviera un arrepentimiento verdadero y que confesara. Yo esperaba ansioso por saber de quién se trataba. Nadie habló. Teresita sacó del bolsillo de su vestido un libro amarillo de la colección "*Billiken*" y dijo:

–Encontré este libro en tu habitación, Mario.

Nadie puede imaginar lo rojo que me puse de vergüenza.

–Lo saqué para leer –dije recordando por fin que yo lo había tomado.

–Te pregunté y me dijiste que no lo habías visto.

–Me olvidé.

Mi respuesta era tan inverosímil que no merecía ningún comentario.

–Bueno, Teresita –dijo Damián. –Tampoco merece tanta atención. Después de todo está en la casa.

–¡Te equivocás! ¡Los libros van en la biblioteca! Yo te pediría, Mario, que vayas a la Iglesia a confesar éste y todos tus pecados.

–¡Yo no lo robé! –grité y salí corriendo del lugar. Nunca más se me ocurrió coger un libro, ni siquiera para leerlo en la misma biblioteca.

Después de este incidente hubo otros, no solo conmigo, aunque yo era su blanco preferido entonces. La mayoría tenían que ver con las bromas que ya referí de Carmen y Damián, y que siempre escondían en la propia habitación de la anciana. Cuando ella daba con el objeto, no hacía ningún comentario, pensando, quizá que ella misma la había guardado y que mente le jugaba una mala pasada.

Cuando nos quedamos solos Teresita y yo, creí que su desconfianza disminuiría, pero no, al contrario, ella me vigilaba más asiduamente. Si bien nuestros lazos eran más fuertes, por el otro lado, me fastidiaba que no podía hacer nada sin pedirle permiso y darle explicación. Teresita odiaba que fuera al jardín del fondo, y mucho menos que me acercara al sótano. Más de una vez le pedí claveles para llevar a alguna chica que quería cortejar, y siempre el pedido acabó en pelea. Como trabajaba, preferí comprarlas con mi propio dinero.

Así pasaron los años entre Teresita y yo. Ella con sus años acuesta, que le hacían ya caminar despacito, pero con la misma energía de siempre. No paraba nunca. No importa la hora que yo me levantara, ella ya estaba despierta. Creí que esto era debido a su desconfianza hacia mí: que ella necesitaba controlarme, pero por Damián supe que Teresita siempre fue así. Se levantaba poco después de las cuatro de la mañana y luego de asearse se sumergía en el sótano. Nunca nadie entró allí y lo que allí había era todo un misterio. Había diferentes teorías en la casa. Carmen creía que había de verdad insecticidas y abonos, pero como nuestra protectora era tan celosa de sus claveles, no quería que nadie entrara allí. Damián, por el contrario, pensaba que Teresita tenía allí un enorme tesoro. Él alimentaba la teoría de

que éramos ricos y que al morir la mujer nos dejaría una fortuna que "limpiaría todos nuestros pecados", literalmente dicho por él. Enrique –según Carmen le oyó decir –dice que Teresita ocultaba un diario que llevaba celosamente día por día, que él mismo la descubrió un día escribiendo, olvidándose la puerta del sótano abierta. Esta teoría no tenía demasiado fundamento para mí. ¿Por qué dicen día a día si la vio una sola vez? ¿Por qué no escribir en la sala principal, o simplemente en su cuarto? Carmen le preguntó a Enrique entonces que había dentro del sótano. Enrique simplemente dijo que no había observado más que unos segundos, hasta que los ojos molestos de Teresita le descubrieron. De Ramón, no supe nada acerca de qué pensaba del sótano, pero sé que Carmen le oyó decir a Enrique algo, que no recordaba. Carmen era pequeña y no prestaba atención a esas cosas, dejando las palabras de su hermano mayor perdidas en el tiempo.

–¿Cuándo me va a dejar entrar con usted al sótano, Teresita? –le pregunté un día.

–¡Nunca! –me respondió. –Ese es mi lugar, el único que tengo para mí sola en toda la casa.

Yo estaba acostumbrado a su negativa, pero reconozco que esa situación me inquietaba un poco. Tanto, que comencé a planear un ardid para entrar en su búnker. Ella tenía una llave, una única llave que llevaba siempre consigo. Es decir, que durante el día la tenía encima y de noche la dejaría descansando en algún sitio de su habitación. Sacarle la llave a la fuerza era contraproducente.

En definitiva, Teresita era increíble, desde todo el punto de vista.

Una mujer llena de sorpresas.

Parte 4

LAS VERDADERAS RAZONES

I

Con el tiempo también, yo dejé de tomar su té de claveles. Ya estaba hasta la coronilla con su agua caliente de pétalos hervidos y ese olor pestilente. Además, me producían un malestar estomacal expresado en fuertes retorcijones. Pero algunas veces, ella me decía en tono conciliador:

–¿No me harías compañía con un tecito, Mario? –Y yo para que no se sintiera despreciada lo tomaba.

Pero un día las cosas comenzaron a funcionar mal entre Teresita y yo. Todo sucedió, por esos caprichos de la casualidad en el aniversario de la muerte de mi hermano, cuando por una discusión sin sentido, me dijo:

–¡Sos como tu hermano!

Esa frase me cayó como un balde de agua fría. Si bien estaba acostumbrado a sus desplantes y frases hirientes, ese día sentí con mucho más fuerza sus hirientes palabras.

–¡No vuelva a hablar nunca más de mi hermano!

–¡Qué! ¿Lo vas a defender ahora?

No respondí.

–¿Te olvidás acaso que tu hermano era un ladrón, que lo mató la

policía...? –y dijo una serie de cosa más que preferí irme de la casa por un rato, pero, sin embargo, me dejaron pensando sobre la triste imagen que mi hermano tenía.

Desde ese día pensé en hacer algo por recuperar la memoria de mi hermano. Él había sido un chico cuando lo mataron, apenas diecisiete años y ¡tenía tanto por aprender! El hecho de no saber dónde estaba su cuerpo ni nada, me angustió siempre, pero ese día, por la discusión con Teresita y porque estaba más sensibilizado decidí buscarlo. No tenía ningún dato, salvo que lo había matado la policía o había muerto en un enredo con otros muchachos como él de la calle. Pensé en buscar desde la punta del ovillo. Esto era el aguantadero de Marina, la prostituta que resguardó a mi hermano en aquellos días.

Hacia allí fui.

El sitio quedaba justo en la entrada de la villa, por Marco Avellaneda y Rocha, pero quedando aun un poco reservada a la dignidad de la ciudad. Una casa de ladrillos sin revestir, muy modesta y con no menos de cincuenta años encima se veía detrás de un alambre oxidado. La casa tenía una única ventana por donde asomaba la cara de una mujer vieja que escudriñaba hacia la calle y había una apertura a modo de puerta con tiritas de plástico de colores como cortina. No había timbre alguno por lo que se llamaba a viva voz o golpeando las manos para llamar la atención de los moradores. Golpeé las manos entonces para que alguien saliera a atenderme. Un hombre de unos cincuenta años se asomó por la cortina. Tenía una camiseta blanca agujereada y un pantalón deportivo ajado y me miró –diría – con mal humor. La mujer vieja miraba la escena por la ventana con

atención.

–¿Qué querés? –preguntó el hombre.

–¿Se encontraría la señora Marina?

–Sí, pero hoy no trabaja –respondió casi gritando.

–Yo no quiero nada de ella. Solo hablarle.

–¡Es para vos! –gritó entonces el hombre y se internó en la casa. La mujer vieja de la ventana se incorporó y salió a la puerta.

–¿Sí? –preguntó con desconfianza, escudriñándome de arriba abajo con un ojo cerrado.

–¿Usted es la señora Marina?

Era una mujer de más de cincuenta años, excedida de peso por mucho, de estatura baja, con el pelo teñido de castaño claro, pero del que se le veía una enorme cantidad de raíces blancas; tenía la cara negra de trasnoches, no de raza, y unas profundas ojeras, pero distinguiéndose allí unos ojos azules celestes cristalinos que alguna vez fueron bellos. Tenía un cigarrillo casi terminado en su boca y no se lo quitaba para hablar, por lo que la hacía una mujer determinantemente desagradable. Aun así, seguía ejerciendo el oficio más viejo del mundo.

–¿Qué querés, muchachito? –me preguntó esta vez en un tono más agradable, tal vez por la fuerza de ánimo que le trajo la palabra "señora", dejando ver una sonrisa carente casi de dientes.

–Necesito hacerle unas preguntas sobre un chico que vivió aquí con usted.

La mujer transfiguró su rostro.

–¿Sos policía? ¡Yo ya le di la parte al comisario! ¡Ya se están

abusando otra vez, eh!

–Ese chico era mi hermano –dije.

–¡Ah!

–Vivía acá con usted.

–¿Cómo se llamaba?

–Carlos Delgado.

–No me suena... –dijo meditando mientras tiraba el casi inexistente cigarrillo a la calle.

–Era un chico que le sacaron la casa de la villa y se vino a vivir con usted.

–Me estás contando la historia de cientos de chicos. De todas maneras, ya nadie viene a vivir aquí.

–Esto fue hace mucho, como hace quince años. A mi hermano lo mató la policía, O murió en una pelea, no sé.

–Ya te dije: me contás una historia repetida.

Bajé la cabeza decepcionado.

–¿Para qué lo buscás si murió hace quince años?

–Simplemente lo busco. Era mi único hermano y me gustaría saber dónde puede estar enterrado. Aunque sea para llevarle unas flores.

–Entiendo. ¡Fácil! En el Cementerio de Lomas de Zamora por la distancia. También podría estar enterrado en el de Lanús, porque Escalada pertenece a Lanús. No hay otro.

–Gracias –dije con tristeza. –No la molesto más.

–No es ninguna molestia. Si al menos me dieras más datos.

–No puedo decirle más. Supongo que era un chico común, como todos los que son de la villa.

–Pero vos no parecés una persona que vivió en la villa.

–No, yo viví con una anciana que criaba chicos de la calle.

–¿Teresita? –preguntó de repente y sus ojos se iluminaron.

–¡Sí!

–¿Vos sos el hermano de Carlitos?

–¡Sí, dije con alegría!

–Ya sé quién es. Carlitos era un chico adorable que estuvo encerrado por robo. Pero que no robaba para él sino para el Negro, ¿no?

–¡Sí! –dije triunfante.

–Por suerte el Negro se murió de una cirrosis crónica, ¡ese hijo de puta! Me mandaba sus secuaces para un polvo gratis. Al principio lo podía hacer porque tenía mucho trabajo y un polvo más o un polvo menos no me importaba, pero cuando el estómago comenzó a apretar... Cuando me negué me mandó la policía muchas veces, pero como yo también tenía de clientes a la policía, no me pasó nada. ¡Por suerte se murió! ¡Hace unos cuantos años!

–¿Y de mi hermano qué sabe?

–Ah, cierto. Estábamos hablando de tu hermano. Tu hermano vino un día cuando le sacaron la casilla de la villa y me dijo que quería quedarse aquí hasta que saliera de malas. Hasta había conseguido un trabajo y todo. Me contó que estabas con la Teresita esa. Yo le dije: “Mirá, Carlitos, que esa vieja loca no le va a traer nada bueno a tu hermano” (yo la conozco hace años de lo que se dice en el barrio), pero él me dijo: “al menos tiene un techo decente donde dormir”. Carlitos era muy hombrecito a pesar de la edad que tenía cuando se fue.

–¿Se fue?

–Sí, un día vino esa vieja loca para decirle no sé que cosa y decidió irse. Al otro día me dejó una nota diciéndome que se iba, que no me preocupara por él, que gracias por todo y que no lo buscara que estaría bien.

Me quedé pasmado.

–¿Tiene esa nota?

–¡Claro que no! ¡Cómo voy a tener una nota escrita en un papel de cuaderno que no tiene mucho significado para mí!

–Lo que pasa que...

–¿Qué?

–Mi hermano no sabía leer ni escribir.

Marina se quedó mirándome.

–Tal vez se la escribió otra persona –dijo.

–Tal vez –respondí.

–Yo te recomiendo que vayas a los cementerios. De ahí no pasa. ¡De ahí no pasa nadie! –y se rió con una exagerada carcajada que la hacía aún más fea, dándome escalofríos por su ingenio.

–Gracias –le dije. Estaba dispuesto a retirarme de la puerta de la vieja prostituta cuando recordó algo y dijo:

–¡Ah! ¿Sabés a quién podés preguntarle también?

–No.

–Al comisario Brandán. Andá a la comisaría a preguntarle. Él tiene registros de los casos del distrito. Seguro te puedo ayudar. De paso decile, que le manda saludos su amiga Marina –y otra vez su risa desproporcionada abriendo bien la boca, mostrando las encías

peladas.

–Gracias –repetí y me marché rumbo a la comisaría.

La Comisaría de Remedios de Escalada quedaba en la esquina de las calles Iberlucea y Máspero, a pocos pasos del centro de la ciudad. En la puerta había decenas de coches secuestrados, ya sea por robo o por accidentes, lo que daba al lugar un aspecto siniestro. Hacia allí fui y entré por una pequeña puerta que daba a la recepción de la comisaría. Numerosos familiares de presos o gente que había por trámites burocráticos poblaban el pequeño recinto, haciendo insoportable la permanencia allí. Me acerqué al mostrador de recepción y la voz de una mujer policía dijo con aire soberbio:

–¿Alguien está sin atender?

–Sí, yo –dije.

La mujer, con pocas ganas de trabajar, me miró despectivamente con una ceja en alto y eso fue toda una pregunta, ya que no abrió la boca.

–Necesito ver al comisario Brandán –dije.

–Está ocupado –respondió. –¿Para qué asunto es?

–Es personal –dije.

Me miró con su misma mirada de antes y agregó:

–Voy a ver qué se puede hacer.

Al rato un hombre gordo rechoncho de gran estatura con camisa de policía remangada, pero dejando ver sus tiras de comisario salió y me miró para ver quién era el que reclamaba su presencia. De repente su mirada dura se transformó en una más compasiva.

–¿Vos no sos uno de los hijos de Teresita?

–Vivo en su casa –aclaré.

–¡Vení, pasá!

Entramos a su oficina. Se veía gris, deprimente. No había ventana y había detrás de la silla del comisario, un escudo de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, y al lado más pequeño, una Cruz con el Cristo. A su costado la bandera argentina y la de la provincia de Buenos Aires, sostenida por mástiles cortos. Sobre el escritorio un viejo ordenador desfasado, pero cumpliendo fielmente lealtad con su teclado mugriento, ya casi sin verse las letras. En un rincón, casi escondido detrás de una pila de carpetas un jarrón verde de plástico con claveles, propiedad de Teresita, me dije.

–¿Qué te trae por aquí? –me preguntó mientras me invitaba a sentarme señalándome la silla frente a su escritorio. Él también se sentó.

–Estoy buscando a mi hermano.

–¿Ajá? –dijo casi con desinterés.

–Él murió hace como quince años. Me dijeron que se enfrentó a la policía. Quiero saber si eso es cierto o si murió en una pelea callejera. Me gustaría aunque sea ponerle unas flores, no sé, encontrarlo... ¡Recuperar la imagen de él! –concluí.

–Entiendo. Bueno, pibe, eso es fácil. Si murió en un hecho de sangre estará en nuestros archivos. ¿Murió en este distrito?

–Creo que sí.

–De todas maneras, si murió fuera de este distrito figurará en los archivos policiales. Así que tendrías que dejármelo ver…

Se sentó de costado, mirando a la pantalla de su ordenador.

–Dame el nombre –dijo.

–Carlos Delgado.

Anotó el nombre en el teclado y tocó un par de teclas y al instante sus ojos se iluminaron.

–¿Tenía antecedentes policiales?

–Sí.

–Hay varios, pero uno solo de Escalada. Debe ser este. ¿Estuvo preso en esta comisaría hace mucho tiempo, ¿no?

–Sí.

–Por robo calificado y tenencia de armas.

–Puede ser. –Cada palabra que el comisario Brandán pronunciaba parecía como si quisiera demostrar su sabiduría sobre la delincuencia. No me gusta el tono que empleaba.

–¿Es éste? –Dio vuelta el monitor para que yo vea la foto que le tomaron cuando lo detuvieron, de frente y de perfil. Aun así, me gustó verle otra vez.

–Sí.

–No hay datos de que lo hayan detenido de nuevo o que se haya muerto –me dijo finalmente.

–¿Puede ser que haya sido en otro distrito?

–No, si hubo un hecho de sangre ya lo hubiera registrado la policía –dijo determinante Brandán.

–¿Entonces que pudo pasar? –le pregunté.

–O bien murió en algún hospital como N.N., es decir, sin registrar nombre, pero cuando algún familiar lo haya reconocido, se pone la carátula de su nombre verdadero. También... –Se detuvo.

–¿También?

–Que pudiera no haber muerto –dijo Brandán.

Sentí un sacudón en mi cuerpo.

–De todas maneras, pibe, no te hagas ilusiones –dijo el comisario con una mueca que era una sonrisa burlona. –La gente como tu hermano termina mal en la calle, tirado en cualquier zanjón y a veces, los propios secuaces son los que lo asesinan tirando su cuerpo al Riachuelo con un peso de piedra en los pies o bien lo descuartizan y queman sus restos. Seguro que pasó algo así.

Con el desparpajo y la frialdad que hablaba me dio náuseas. Sentí deseos de irme cuanto antes de su oficina y ver en el Cementerio de Lomas de Zamora, no muy lejos de la casa de Teresita. Brandán me acompañó hasta la recepción de la comisaría.

–Cualquier cosa, estoy a tus órdenes –me dijo con voz de trueno para que todos escucharan, demostrando que la Policía siempre está al servicio de la comunidad. Yo me volví sobre mis pasos y le dije:

–¡Ah, antes que me olvide! Le manda saludos Marina, la vieja prostituta de Marco Avellaneda.

Las miradas se dirigieron al comisario, pero no me quedé para contemplar su rostro de incomodidad.

II

El majestuoso Cementerio de Lomas de Zamora está montado sobre lo que fue el casco de la estancia de fin de semana del virrey Sobremonte. Posee un gigantesco paredón y desde afuera se ve el gran monumento del panteón de los maestros. Poco más allá una legión de ángeles y estatuas revertidas más cerca de las Gorgonas de Notre Dame que del ejército de santos benévolos que quiere reflejar. Existen dos únicas puertas. Una al fondo por la calle Martín Rodríguez, que da a una pequeña capilla en eterna construcción, donde todos los integrantes de la casa (menos Teresita y obviamente yo) tomaron la comunión, pues allí también daba misa ocasionalmente el cura de la iglesia del barrio, y la otra puerta gigante a dos alas, por donde entran la mayoría y que da a la administración del camposanto. Precisamente allí a la derecha, debajo de los cipreses, los álamos y los eucaliptos se encontraba la pequeña oficina donde debía preguntar.

El trámite no fue sencillo. Debía dar para tener exactitud la fecha exacta de fallecimiento, pero luego de buscar en el ordenador de varias formas, logramos llegar a la conclusión con la empleada del cementerio, aburrida de responder preguntas estúpidas como la mía, que mi hermano no ingresó nunca allí, al menos como Carlos Delgado.

–Si vivía en Escalada puede estar en el cementerio de Lanús –me dijo, dato que ya había tenido en cuenta.

Suspiré al salir y encontrarme frente a esa fila de comercios, todos con

el negocio de la muerte: florería, jarrones para las tumbas, nichos, estatuillas de vírgenes, estampitas, venta de féretros, escultores, retratistas, etc., etc., etc. Sentí la satisfacción de no tener que pasar por ello con mi hermano, pero también calculé que unas flores de Teresita podrían servir para aplacar mi tristeza por la pérdida.

No había tiempo para pensar, tenía un cometido. Y hacia el cementerio de Lanús me dirigí. Aquel camposanto era diferente. Sus paredes de ladrillos no eran tan grandes, pero tenía una puerta por cada lado de la manzana que ocupaba. La oficina estaba en el interior, lejos de la puerta principal por la Avenida Centenario Uruguayo, pero la eficiencia fue la misma: pésima, y la amabilidad del empleado, con los mismos resultados decepcionantes.

Mi única alternativa para saber la verdad tenía un nombre: Teresita, por lo que decidí regresar a casa.

Al llegar a casa, mi protectora estaba con sus claveles en el jardín trasero. Me recibió con una sonrisa. Estaba cansada y se le notaba en su rostro.

–¡Ah, llegaste justo para acompañarme con un tesito!

–Necesito hablar con usted de algo que me urge –dije.

–Claro, hijito.

–¿Dónde se enteró usted de la muerte de mi hermano?

Teresita se quedó mirándome en silencio un momento y luego metió sus manos en el tallo de un clavel blanco.

–¿Para qué querés saberlo, Mario? –me dijo casi sin interés.

–¡Cómo para qué! ¡Es mi hermano!

–Tus hermanos son Ramón, Enrique, Carmen y Damián. ¡Esos son tus

verdaderos hermanos! ¿Acaso no valorás todo lo que hice por vos?

–No entiendo por qué me dice eso, Teresita. Si no valorara eso, ya me habría ido como los otros, ¿no?

–En eso tenés razón –dijo, mientras se sacaba sus guantes de hule y los ponía en su bolsillo. –Vamos a tomar un tesito y charlamos todo lo que quieras, ¿sí?

–Está bien. –Teresita acarició mi cara y se fue rumbo a la casa delante de mí con su paso lento.

La ceremonia de preparar el té de claveles fue más larga y se me hizo insoportable. Por fin puso una bandeja plateada sobre la mesa y me preguntó:

–¿Querés galletas?

–Teresita, lo que quiero es que hablemos de mi hermano.

–¡Ah, sí! Pero por favor, tomá el té, a ver qué te parece.

Bebí un sorbo, parecía más fuerte que de costumbre.

–¿Te gusta?

–Eh… Sí –dije para conformarla, pero cada vez me sabía más horrible.

–¿Qué querés saber, Marito?

–Lo que le pregunté, Teresita. ¿Dónde se enteró de que mi hermano murió?

–No sé, por ahí. La gente de la calle. Un vecino, no recuerdo bien.

–¡Cómo no va a recordar quién se lo dijo! ¡Eso es algo importante!

–Yo sé la importancia que tenía para vos tu hermano y cuánto lo querías, pero yo ya estoy muy vieja; hay cosas que no recuerdo ya. ¿Podés creer que no recuerdo la carita de mi mamá?

–¡No me cambie de tema, Teresita! ¡Hablemos de mi hermano!

–Estoy pensado, hijito, estoy pensando.

Yo bebía otro sorbo de té mientras esperaba su respuesta.

–¡Ya me acordé! –dijo victoriosa. –Me lo dijo doña Tomasa en la frutería.

–¿Doña Tomasa? ¿Quién es doña Tomasa?

–Es una mujer que vivía a dos calles de aquí. Una señora muy buena. ¡Qué lástima su muerte! Pero ya tenía muchos años, como yo casi.

–¿Usted me está diciendo que escuchó un comentario en la frutería y me dijo que mi hermano murió?

–¿No murió? –preguntó inocentemente.

–¡No sé! ¡Supongo que sí! Pero quiero saber ¡cómo usted me dijo con tanta seguridad que mi hermano murió! ¿De dónde conocía esa señora Tomasa a mi hermano?

–En el barrio todos se conocen, hijito –dijo Teresita tapando parcialmente su cara en su taza de té. –¿No sentís un gusto amargo en el té? –dijo luego, frunciendo la boca.

–Sí.

–Son los claveles amarillos. Dan fragancia pero no dan un buen té.

–Sigamos con mi hermano, Teresita. Usted me dijo con mucha seguridad que mi hermano murió, y me dijo que cayó bajo las balas policiales.

–¿No fue en una pelea en la calle?

–Mire, no hay registro de la muerte de mi hermano en ningún sitio. Ni en la comisaría ni en los cementerios de Lomas y Lanús.

–¿Y dónde murió? –me preguntó con sus ojos arrugados engrandecidos por la sorpresa que querían denotar. Comprendí que no

sacaría más de Teresita sobre ese hecho. De repente recordé las palabras de la vieja prostituta sobre una carta.

–¿Usted fue a la casa donde mi hermano vivía? –mis palabras fueron más afirmativas que preguntas. Teresita pareció sentir el impacto de mis palabras.

–¿Y eso de dónde lo sacaste? –peguntó.

–La mujer que vivía con él me lo dijo.

–¿Dijo Teresita? ¿Así como yo te lo pronuncio?

–Sí.

Teresita terminó su último sorbo de té y se levantó para retirar las tazas.

–¿Y? –pregunté ya sin paciencia.

–No voy a responderte más preguntas. Estoy cansada, Mario.

–Al menos dígame dónde supo lo de mi hermano.

–Ya te dije todo lo que sé. Ahora quiero acostarme un poco. Si querés me levanto para hacerte la cena.

–No, está bien –dije resignado y me quedé solo en la cocina meditando. Dos horas después la luz del día desapareció y yo seguía allí, a oscuras, sentado, solo, encerrado en mis pensamientos.

III

Los días posteriores a esa charla sobre mi hermano fueron de gran incertidumbre para mí. Comencé a sospechar que era mentira que mi hermano haya muerto realmente y que era falso todo lo que Teresita me dijo. Comencé a mirar la situación con detenimiento. Quise pensar en otra cosa, pero ya se me había hecho una obsesión saber sobre mi único familiar. Una cosa que observé en esos días fue que la conducta e Teresita cambió ostensiblemente. Andaba nerviosa, se refregaba la mano y sobre todo se ponía mal que saliera de la casa. Los momentos que me pedía que estuviéramos juntos se habían multiplicado y me decía frases como "ya estoy muy vieja para quedarme sola" o "¡ay, Marito, siento que me voy a morir, por favor no te vayas!". Yo hacía caso omiso a todo y siempre me manejaba con naturalidad y hacía lo que tenía que hacer sin importarme sus palabras. Comencé a tratarla fríamente y hasta con rencor. Esa mujer me hizo perder un tiempo precioso en la búsqueda de mi hermano en todos esos años, un tiempo irrecuperable. Pensé que tal vez mi hermano pudo haberme necesitado y yo no hice nada por él por creer que estaba muerto. Y lo que más sospechaba era que tal vez estaba pudriéndose en una cárcel sin que nadie le visite, solo como un perro. Y ese pensamiento me lastimaba el alma y aumentaba mi resentimiento hacia la anciana.

También emprendí una búsqueda en los lugares de nivel más bajo del barrio. Buscando un vestigio, algo que me indicara la posibilidad de que mi hermano murió de verdad, que estaba preso o bien que se

fue a algún sitio. Para eso le pedí al comisario Brandán una copia de la foto de mi hermano, que me la dio, no sin protestar varias veces.

–¿Vas a jugar al policía? –me dijo irónico a regañadientes.

No le respondí y seguí mi camino. Pero los resultados fueron tan negativos como era de esperar. Ni siquiera sabía quienes eran los amigos que acompañaron a Carlos los últimos días. Por fin recordé a la señora Elsa. A ella le había dado la nota cuando decidí irme de la villa del Tala. La mujer le entregó el papel, y aunque no sabía leer, la propia Elsa debió leérsela. Fue lo que espontáneamente me salió entonces, ante el miedo de que la policía me viniera a buscar a mí también. Aquella casa entonces era un cúmulo de chapas oxidadas y despintadas, y salvo un escudo futbolístico azul y amarillo y una leyenda que ponía “Boca Campión del Mundo” (literal), todo parecía sacado del pasado. Una flechita blanca pintada con descuido ponía: “toque timbre”, pero éste estaba roto y le faltaba el interruptor, por lo que golpeé la puerta también de chapa con mis nudillos.

–¡No ves el cartelito de que toquen timbre! –gritó una mujer grandota, gorda con voz grave. Era la propia Elsa, que salvo un par de centímetros más de caderas y el pelo totalmente blanco, también se parecía a la de entonces. Entonces vio que el timbre ya no estaba y dijo con aire de mal humor:

–¡Otra vez se robaron el timbre esos pendejos mal paridos!

La mujer me miró como queriendo entender qué hacía allí en su casa.

–Vos no sos de la villa, pibe. ¿No serás policía, vos, no?

–¿No se acuerda de mí, Elsa?

Sacó de su vestido colorido unas gafas que se puso para escudriñarme bien. No parfeció reconocerme.

–Yo vivía en aquella casilla, antes que me la quiten –señalé mi ex vivienda. –Le di una nota para mi hermano cuando me fui. Mi hermano estaba preso en la comisaría entonces.

De repente sus ojos se transformaron y su mente hizo luz.

–¡El hermano de Carlitos! –dijo.

–¡Sí! –respondí con alegría.

–¿Cómo es que te llamabas? Esperá, no me digas... ¿Marcelito...? ¡No, no, no! ¿Mariano...? ¡No! ¡Mario! ¡Sí, vos te llamás Mario!

–Sí –respondí contento que me reconozca.

–¡Pero vení, pasá! ¡No te quedes ahí parado! Con los chicos siempre pensamos en vos y en tu hermano.

La señora Elsa tenía una chorrera de hijos, que no recuerdo su número. Cinco o seis. Y salvo Jorge, que se murió de meningitis cuando él y yo teníamos diez años, no recuerdo los nombres de los otros.

–¡Sentate, Mario! ¡Es una alegría que hayas venido a ver a esta vieja sola! ¿Qué querés tomar?

–Nada, nada, gracias. Además, ando un poco mal del estómago –respondí sintiéndome muy cómodo en ese lugar. –¿Los chicos?

–¡Pss! –hizo un gesto de desagrado. –¡Mejor ni te cuento! Al Coco, el más grande lo mató la policía. Vos sabés que el Coco andaba en malas juntas y no puedo protestar. Estelita se fue a vivir a con su marido a Solano. Allá está bien. Me dio tres nietitos que la vuelven loca de traviesos que son. Al Jorgito, bueno, se me murió en mis brazos

cuando era chico. Seis horas después que la llame vino la ambulancia de la Municipalidad, ya sabés, nadie quiere entrar en la villa. La Inesita, la más chica, se juntó con el novio, ahora está embarazada de siete meses y vive en la otra parte de la villa. El José está preso en Olmos, y le quedan dos años todavía. Dos veces por mes voy a verlo, pero no sé, no creo que cambie. El José lleva en la sangre su odio a la policía. Comenzó cuando mataron al Coco y luego cuando mataron al Sebastián. ¿Te acordás de Sebastián? Era el que le seguía a Jorgito.

–Sí.

–El Sebastián era diferente a todos. Él me hizo la primaria, la secundaria y después entró a la universidad para estudiar para abogado. ¡Así como lo oís! Me decía: "Viejita, cuando sea a abogado la voy a llevar a vivir al barrio en la casa más lujosa que hay. Y si no la quieren vender le mandamos al Coco para que los llene a tiro y los convenza –y largó una carcajada amarga por el recuerdo. Su mirada sonrió primero pero luego se perdió en el pasado. –Claro que lo decía en broma.

–¿Qué pasó con Sebastián?

–Fue un día a la facultad de Derecho. Está en Camino de Cintura, ¿sabés?

–Sí, ya sé.

–Allí no hay un alma a las once menos cuarto de la noche cuando terminan las clases. Porque el Seba estudiaba y trabajaba y no podía ir a la facultad durante el día. Un día simplemente desapareció. No regresó más. Sus compañeros me dijeron que se lo llevó un patrullero de la policía de la provincia de Buenos Aires. Fui a buscarlo durante

muchos días a las comisarías de la región y nada. Un día se me acerca un cabo de la comisaría de allí cerca y me dice: “No diga que le avisé yo, pero a su hijo lo mataron en esta comisaría. Se les fue la mano con la tortura”, me dijo. Al otro día lo encontraron tirado en Wilde. Por allá al fondo de la Avenida Mitre, ¿podés creerlo? La policía de allí me dijo que murió en un enfrentamiento cuando lo encontraron robando por la zona. Como en esa época estaban los militares, no pude hacer nada. ¡Y ahora para qué!

–Entiendo –dije apenado. –¿Cuál era el apellido de Sebastián y los chicos?

–Munín. ¿Por?

–Solo preguntaba.

–¡Pero contame! ¿Ustedes como están?

–Bueno, mejor dicho cómo estoy yo. Mi hermano murió también.

–¡Uy, lo siento! –me dijo compungida.

–Sí. En realidad es lo que creo. O no… No sé. Una vez la mujer que me crió cuando me fui de acá, me dijo “tu hermano se murió en un enfrentamiento con la policía”, otra vez me dijo “se murió en una pelea callejera”, y la verdad que no figura en ningún registro, ni en las comisarías ni en los cementerios. Eso ocurrió hace quince años.

–Dejame pensar –dijo. –Tu hermano estuvo preso... Lo vinieron a buscar acá a la villa.

–Sí, eso fue cuando yo aún vivía con él.

–Después se comió un tiempo en la comisaría y vino, que yo le di el papelito ese que me dejaste, ¿te acordás?

–Sí.

–Ni me dejaste leer el papel y saliste corriendo. Si lo hubiera leído enseguida, te hubieras pedido que te quedaras. Lo cierto es que al tiempo apareció Carlitos y me preguntó por vos. Yo había guardado el papelito, y me pidió que se lo leyera porque no sabía leer el pobre.

–Es verdad –dije.

–Cuando le dije lo que decía el papel, me dijo: "Marito sí que sabe hacer bien las cosas" y con una amplia sonrisa que nunca me voy a olvidar se fue. Le habían quitado la casilla. El Negro que era el que mandaba acá, trajo una familia y vos sabés que con el Negro no se metía nadie. Pero al tiempo tu hermano volvió. Me dijo que trabajaba en una frutería y que estaba viviendo en lo de Marina, ¿la conocés?

–Sí.

–Me dijo que estaba bien allí y que le estaba por salir una pieza para alquilar. Le pregunté por vos y me dijo que te había visto muy bien en la casa esa que vos decís, y que cuando tuviera la pieza te iba a decir si querías irte con él.

–Pero no lo vi más –dije con amargura, casi levantando la voz. –Después que salió de la cárcel, lo vi una sola vez y estaba por trabajar. ¡Nunca más supe de él!

–¡Qué raro!

–¡Rarísimo! Carlos no era de dejarme abandonado. Él no sabía leer, pero me acuerdo que me obligaba a estudiar a mí. Me cuidaba, me protegía como nadie, a pesar de ser tan joven. Y como estábamos los dos solitos en la casa, él hacía de verdadero padre.

–¡Sí, lo sé! Siempre comentábamos eso en casa.

–Por eso no me cierra que se haya ido para siempre de mi vida por

voluntad propia.

–A mí tampoco.

–¿Fuiste a ver en la frutería?

Mis ojos se iluminaron.

–¿Usted saber dónde es?

–¡Claro! Es la frutera de doña Victoria. Bueno, la verdad que no sé si esa frutería sigue allí o si la mujer vive todavía, yo hace mil años que no voy por ahí.

–¿Dónde queda?

–Es pasando la Avenida Rosales. ¿Conocés?

–Sí.

–¿Viste ese barrio tan lindo con chalets?

–Sí.

–Bueno, ahí mismo. En Andrade y 14 de Julio. En la esquina de la Escuela 31. Si la ves decile que vas de mi parte. Ella me conoce.

–Voy a ir ya mismo –dije impaciente.

–Bueno, pero te pido dos cosas. ¿Puedo?

–Claro.

–Primero que me vengas a visitar más seguido.

–¡Prometido!

–Y que no te vengas tan bien vestido. Vos sabés cómo son en la villa y se van a olvidar de que vos sos de aquí y te van a dejar en calzoncillos. –Se rió a carcajadas y yo la acompañé. Luego le di un beso y salí para la calle. Afuera, una niña de no más e siete años, descalza, me miraba desde su carita sucia con una sonrisa.

IV

–¿Qué necesita? –me preguntó una chica joven de no más de veintidós o veintitrés años.

–Busco a la señora Victoria –dije. La joven mujer me miró con desconfianza de arriba abajo.

–¿Para qué?

–Necesito urgente hablar con ella.

La chica siguió escudriñándome y no se decidía a nada.

–¡Por favor! –supliqué.

La mujer hundió la cabeza por una puerta que había a su espalda y gritó:

–¡Abuela!

Una anciana con muchas dificultades para moverse apareció por allí.

–¿Mucha gente? –preguntó achicando sus ojos para ver mejor.

–No, abuela. Esta persona te busca.

La mujer se acercó despacio a mí y me escudriñó aún más.

–Necesito hacerle una pregunta, señora Victoria. Vengo de parte de la señora Elsa.

Hizo una mueca que me pareció era una sonrisa.

–¿Vive todavía? –dijo.

–Sí.

–¿Qué pregunta?

–Estoy buscando a mi hermano. Es este –saqué la foto y lo puse ante sus ojos.

–¡No, hijito! ¡Yo ya no veo, no distingo casi nada! No puedo decirte nada. Estoy muy vieja.

–Bueno, no se preocupe. ¿Recuerda a un chico que le trabajó hace quince años? Se llamaba Carlos Delgado.

–No –dijo, tirándome a tierra todas mis ilusiones de hallar algo de mi hermano.

–No sé si está muerto, si le pasó algo. Desapareció hace quince años y trabajaba acá.

–No, no recuerdo. Por ahí sí, pero yo no lo recuerdo.

–¿Abuela, no sería el chico ese que trabajó solo unos días cuando yo era chica? ¿Aquel que se comentó que no vino a cobrar nunca?

Con ansiedad, casi con desesperación, le acerqué la foto a la chica.

–¡Sí, dijo! Estoy seguro que es ese.

–No recuerdo –repitió la anciana.

–Es un chico que un día pidió el trabajo y trabajaba casi todo el día, pero de buenas a primera no vino más ni dio señales. Mi abuela pensó entonces que había conseguido un empleo mejor. Pero es que tampoco vino a cobrar nunca lo que le debía mi abuela.

–¿No podrías decirme cuantos días trabajó?

–No, yo era chica. Tenía nueve o diez años. Pero no fueron muchos. Un par de semanas o tal vez un poco más. Me acordé porque era chico guapo.

–¿No dijo dónde fue o algo?

–No. Simplemente desapareció.

Respiré profundamente. Ya no tenía más que hacer ahí. Se me ocurrió hacer un último trámite.

Me dirigí nuevamente a la comisaría, lugar que no me sentía cómodo para nada. Allí otra vez le pedí por el regordete comisario y otra vez entré en su oficina.

Brandán me miró ya con aire impaciente.

–¿Otra vez por acá, pibe?

–Sí. Necesito un último favor.

–Decime.

–Necesito saber antecedentes de una persona. Sebastián Munín.

Bufó sin disimular su mal humor. Buscó en su ordenador y luego me miró con aire preocupado.

–¿Sebastián Munín? –Repitió para confirmar.

–Sí.

–Murió bajo las balas policiales en un enfrentamiento.

–¿Tenía antecedentes penales antes? –pregunté.

–Hmmm... a ver... Sí, uno. Agitación en la Facultad de Derecho de Lomas de Zamora.

–Muy bien, gracias –dije.

–¿Te imprimo la foto? –Preguntó sarcástico Brandán.

–No hace falta.

–¡Ah, pensé que quizá las coleccionabas!

No respondí y saludando con la cabeza me retiré. En el camino a casa medité sobre los métodos que se utilizaban en la época dura de la dictadura. Tal vez como Sebastián Munín, pudo ser mi propio hermano, aunque me entraba una duda: ¿Por qué Sebastián estaba registrado y mi hermano no?

Teresita estaba en la puerta. Creo que ansiosa porque llegue.

–¿Dónde te metiste? Estaba preocupada.

–Por ahí –dije sin detenerme a su lado y me encerré en mi cuarto.

Las averiguaciones me habían traído muchas más dudas de las que ya tenía antes. Estaba claro que cualquier chico desaparecido –salvo los desaparecidos políticos por la Dictadura del ´76 obviamente – estaban en los registros policiales. Ya sea con datos fraudulentos, ya sea como accidente, pero todos pasaban por la informatización. De mi hermano no se sabía nada de nada. Y la única persona que supo que había muerto era Teresita. No me gustó nada eso.

Mi protectora golpeó la puerta.

–¿Qué? –grité desde adentro.

–Te traje un tesito.

–¡No quiero nada, Teresita!

–Es que necesito charlar con vos.

–Bueno, ahí voy.

Fui a la cocina y allí estaba ella con sus gafas dándole vuelta a la única taza de té con la cucharita.

–Tomá algo caliente. Te va a hacer bien.

–¿Qué quiere? –le pregunté de mal humor mientras daba mi primer sorbo a ese dichoso té de claveles. ¡No sé por qué lo seguía bebiendo! Tal vez porque, a pesar de todo, había algo de cariño que me unía a la anciana.

–Sentate, hijito. Parece que estás apurado.

Me senté.

–Hace días te noto nervioso, raro –dijo mirándome por sobre sus gafas.

–¿No se imagina por qué? –dije desafiante.

–No, hijito.

–Le voy a decir. No me queda nada claro la muerte de mi hermano. Es como que ahora me doy cuenta que puede estar vivo o que le pasó algo terrible, pero que aún está ese acto impune.

Teresita me miró con aire de preocupación.

–¿Podrá estar vivo aún, Dios Santo? –dijo.

–No sé. No digo eso. Pero es todo muy raro cómo desapareció.

–Sí, que lo es.

Nos quedamos callados los dos un buen rato.

–Me olvidaba de decirle –dije mientras ponía mis ojos en la mujer estudiándola profundamente.

–¿Qué, hijito?

–Le manda saludos el Comisario Brandán.

La anciana dio un sobresalto. Observé como dio vueltas sus ojos hacia todas partes y comenzó a sudar, pese a que no hacía calor.

–¿Para qué fuiste a ver al comisario?

–A preguntar sobre mi hermano –dije. La mujer volvió a la normalidad.

–Bueno, hijito. ¡Ojalá tengas suerte! –se levantó de la mesa –¿Terminaste el té?

–Sí.

–¿Estaba rico?

–Un poco amargo otra vez –dije. Poco después cada uno estaba en su habitación.

V

Los días que sucedieron a las averiguaciones fueron de gran desconcierto para mí. Sentía que Teresita me mentía, pero no sabía por qué. ¿Tal vez le dio dinero a mi hermano para que me deje allí para siempre? ¿Tal vez le compró un pasaje hacia otro lado? Cualquier cosa con tal que me dejara tranquilo me cerraba. Carlos había sido un delincuente y no entraba en la cabeza de las personas "de bien", que podría redimirse.

De repente se me iluminó el alma. ¿Podría haber sido que Teresita haya mandado a mi hermano con su hijo Damián a España? También podría ser que se haya ido a Bahía Blanca con Carmen, a Santiago del Estero con Ramón o vaya a saber en qué parte de la Patagonia con Enrique.

Decidí manejarme de acuerdo a mi instinto.

Un día fui a un cíber para investigar en un ordenador. Entré en la página del Ministerio Interior Español. Allí había números telefónicos que apunté minuciosamente. Minutos después estaba llamando a la repartición europea.

–¿Diga? –se oyó la voz de un muchacho con el agradable acento español.

Le comenté que yo era de Argentina y que estaba buscando a mi hermano en forma urgente. Me comentó sobre las dificultades de hacer ese tipo de averiguaciones, pero pudo más mi insistencia, sobre todo cuando le dije que teníamos a nuestra madre moribunda.

–¡Vaya! Lo siento –dijo. –Haré lo que pueda. ¿Damián Martínez me dijo?

–Sí.

Tuve que llamar tres veces más hasta que por fin unas semanas después el mismo empleado oficial español me dijo:

–No hay registro que de ningún argentino con ese nombre haya entrado en ese año a España –dijo.

–¿Está seguro? ¿No hay posibilidades de errores?

–Ninguna.

Me despedí amablemente del muchacho y una serie de sensaciones acudieron a mi cuerpo.

Mi siguiente trámite fue ir al Comando Conjunto del Ejército Argentino.

–Necesito hallar el paradero de mi hermano Enrique Martínez –le dije a un joven suboficial de recepción.

–Eso tiene que buscarlo en el Ministerio del Interior o bien en Dirección General de las Personas.

–Él era soldado del Ejército.

–¡Ah, eso es otra cosa!

Le comenté la misma historia sobre nuestra madre, le dije que había hecho el servicio militar en Río Gallegos, en la Patagonia, pero los resultados fueron los siguientes: hallaron rastros de él haciendo el servicio militar en la época que aún se hacía, pero no había registro que esa persona haya entrado luego al Ejército Argentino.

Lo que mi espíritu sintió en ese momento fue algo tan fuerte como el día que me dijeron que mi hermano estaba muerto.

De nuevo un nuevo retorcijón acudió a mi estómago, como venía recibiendo en los últimos días.

La siguiente persona que debía buscar era Carmen.

Lo único que sabía de la única mujer protegida de Teresita era que se había ido a Bahía Blanca y ésta era una ciudad muy grande para buscarla puerta a puerta, pero recordé que la propia Carmen me había dicho que su pretendiente se llamaba Daniel Raúl González y que vivía en la calle Machado al 600, aún no pude recodar con exactitud el número. Pues fui a la calle Machado y con paciencia busqué a la familia González. Luego de preguntar en varias casas llegué a su portal: una casa común de una familia de clase media. Tenía un pequeño paredón con piedra laja y una puerta de chapa verde. Toqué el timbre y enseguida una mujer de unos cincuenta y pico de años salió a recibirme.

–¿Sí? –pude ver en aquel rostro un parecido ostensible al novio de Carmen, por lo que no me costó darme cuenta que era su madre.

–¿Usted es la madre de Daniel? –le pregunté.

La mujer instintivamente dio un paso atrás.

–¿Quién es usted? –me dijo; vi temor en su rostro.

–Yo soy el hermano de la novia de Daniel.

La mujer se dio vuelta y comenzó a gritar:

–¡Juan, Juan!

Al instante un hombre de unos pocos años más que ella salió y me miró con aire severo.

–¿Qué pasa? –dijo.

–Este chico es hermano de la chica esa que se fue con Danielito.

–¿Qué quiere? –me preguntó con agresividad.

–Busco a mi hermana –respondí.

La pareja se miró entre sí.

–Nosotros no sabemos nada de nada desde que se fueron –dijo el hombre más tranquilo. –¿Vos sí? –Su tono me resultó más familiar y conciliador.

–Nada desde que se fueron –dije.

–¡Por favor, pasá! Charlemos adentro –pidió la mujer.

Me senté a una mesa. La mujer preparó café para todos e intercambiamos nuestras experiencias.

–Lo único que supimos es que se fueron a Bahía Blanca por la nota que dejaron –dijo la mujer. –Pero Juan y yo fuimos y buscamos en todos sitios: en comisarías, hospitales, morgues, pusimos avisos con su foto en diarios de Bahía Blanca, hicimos denuncias aquí y allí y nunca obtuvimos ni un milímetro de información, ni una palabra acerca de su paradero. Lo único que tenemos es esa nota desde entonces.

–¿La nota que escribió Daniel?

–¡Daniel no! ¡Tu hermana!

Quedé sorprendido.

–¿Querés verla? –me dijo la mujer.

–¡Sí, por favor!

Momento después vino la mujer con un papel ajado, sinónimo de cientos, miles de lecturas descorazonadas.

–Es una fotocopia –dijo. –La original la tiene la jueza que intervino en la causa.

Me entregó el papel y leí:

Mi amor, me escapé de casa. En unos días te paso a buscar para estar juntos para siempre. Esperame, por favor. Tené paciencia que ya nadie nos podrá separar. Me gustaría verle la cara a los tontos de tus padres. No olvides que te amo.

Carmen

Distinguí en la nota la misma letra redondita de Carmen, pero también me di cuenta que el texto era casi el mismo que dejó Daniel en casa, salvo los personajes de "cara de tontos".

–Hay algo que no me cierra para nada en todo esto –dije. Los padres de Daniel me miraron ansiosos esperando una respuesta. –La letra es la de mi hermana, pero el texto es el mismo que Daniel dejó en la nota que apareció en mi casa. Es como que ambos quisieron provocar un fastidio hacia la otra parte. No entiendo… –dije y les miré con sorpresa.

–¡Y vaya si lo provocó el fastidio! –dijo el padre del chico. –Nunca conocimos a esa Carmen, no sabíamos dónde vivía y apenas supimos unos días antes de la desaparición que tenía novia. Y nunca escribir una carta, un llamado de teléfono, nada.

–Otra cosa es que nosotros recibimos algunas cartas de Carmen diciéndonos que se irían tal vez a Bahía Blanca. En realidad, solo leí la primera carta. Por motivos que no vienen al caso me negué a leer correspondencia de mi hermana.

–Danielito era un chico muy bueno, muy sano. Imaginate, se fue sin

siquiera cobrar su último sueldo en el correo. Él no era de hacer esas cosas, era muy pegado a su familia. No tenía hermanos y nosotros solo vivíamos para él y él para nosotros. Por eso no entendemos toda esta situación.

–Yo tampoco.

–Nos gustaría ver a nosotros también la nota de nuestro Daniel –dijo el hombre.

–¡Créanme, me encantaría dársela! Pero esa nota no existe más.

Me contaron un par de anécdotas más del chico que no merece transcribir aquí y finalmente me despedí respetuosamente. Ellos quedaron en seguir haciendo la búsqueda como hasta el momento, pero sus esperanzas estaban ya casi agotadas.

Solo me quedaba averiguar sobre Ramón. Y de él no sabía absolutamente nada, salvo que se había ido con su esposa a Santiago del Estero, pero desconocía a qué pueblo de la inmensa provincia.

Fui deprisa a casa y encontré a Teresita en el jardín interno.

–Tengo que hablar urgente con usted.

Teresita me miró sobre sus gafas y dijo:

–¿Es serio?

–Necesito la dirección de Ramón –le dije.

La mujer estuvo a punto de tambalearse cuando pronuncié mis palabras.

–¿Qué pasa? –dijo.

–Nada; solo necesito la dirección de Ramón. ¿Qué tiene de particular?

–Me das miedo –dijo mi protectora.

–¡Miedo! ¿Por qué miedo?

–No sé, te veo muy raro últimamente.

–No le estoy pidiendo nada del otro mundo. Necesito esa dirección. ¿Qué tiene de raro que quiera escribirme con mi hermano?

–Nunca quisiste hacerlo. Las pocas veces que enviaste unas líneas tuve que pedirte por favor que lo hicieras.

–Bueno, ahora es distinto.

–No sé dónde tengo las direcciones –dijo y siguió trabajando en sus claveles.

–¡Óigame, señora! –dije violento mientras le tomaba las muñecas. –¡Necesito esa dirección! La tiene en las cartas que él envió.

–Me estás lastimando, Mario.

La solté.

–Me das miedo, mucho miedo –dijo de nuevo.

–¿Dónde tiene las cartas? –insistí.

–Por ahí, no recuerdo bien. Tal vez las tiré.

–¡No creo que usted tire las cartas de sus propios hijos!

–¡No son hijos propios! –dijo. –¡Son hijos recogidos y muy ingratos! ¡Como vos! Que lo único que hacés es mortificarme.

–Yo no la mortifico, Teresita. ¡Quiero solo esa dirección!

–¡No la tengo, ya te dije!

–¡Muy bien! ¡Las voy a conseguir por las buenas o por las malas!

Los días siguientes fueron terribles en la relación entre Teresita y yo. No soportaba su presencia y me daba muy mala espina todo lo averiguado. Esperé paciente sin mencionarle más el tema de las direcciones hasta que un día salió a cobrar su pensión. Ese día fui a su

cuarto, y tuve que forzar la entrada ya que la dejó con llave. Una vez dentro, revisé cada rincón de su habitación. Era oscura y había olor a humedad a pesar de los claveles que adornaban una mesilla a costado. Solo vi ropa vieja, papeles inservibles, una vieja Biblia, pero ni rastros de las cartas de sus hijos. Con furia salí del cuarto, derrotado, golpeando con fuerza la puerta. Medité que las cartas podrían estar en el sótano del jardín. Pero si bien fue difícil entrar a su habitación, entrar a su sótano, era algo así como imposible. Supuse que la llave la tendría encima, lo que aumentó aún más mis posibilidades de fracaso.

VI

Desde ese día se me puso como una obsesión encontrar la llave y entrar al sótano. Si era necesario, empujarla cuando ella lo hiciera e ingresar a la fuerza. El día que revisé su cuarto, no me tomé molestias de ocultar lo evidente y Teresita encontró la puerta rota y sus cosas desordenadas.

–¿Has entrado a mi habitación, Mario? –me preguntó.

–No.

–¿Y quién sino?

–Tal vez vino mi hermano Carlos –dije sarcástico. –Ya sabe: él era ladrón.

No respondió y desde ese día la distancia entre los dos fue abrumadora. Si me hablaba no le respondía y en poco dejó de hablarme. Me preparaba la comida y rara vez comía en casa, y por la noche siempre, sin excepción me dejaba su té de claveles que yo bebía, a pesar de todo, para tranquilizarme. Se me había hecho un hábito hacerlo. Pero sacando eso, no había más para compartir con la anciana. Yo salía durante casi todo el día, y ella, mientras yo estaba, nunca entró al sótano.

Los días transcurrieron y parecían que iba todo camino a la normalidad, pero el odio que había crecido dentro de mí, me transformaron en una persona agresiva, desconocida, aun para mí mismo.

Mis visitas a la señora Elsa fueron más asiduas. Allí encontraba la

paz que no hallaba en casa. La veía casi como una madre verdadera, una persona que pertenecía a mi clase social, de la que no renegaba para nada. Le llevaba siempre bolsas de mercancía que compraba en el supermercado y ella agradecía como si le dieran el más preciado tesoro. Hasta había pensado irme a vivir con esa mujer a la villa cuando terminara por descubrir la historia de mi hermano, ya que la Señora Elsa me aclaró un día que no se iría de la villa por nada del mundo.

–No deberías darle tanta importancia al asunto, Mario –me dijo un día. –Esa Teresita es una mujer muy vieja y ya sabés como somos las viejas.

–Hay cosas que no me cierran de Teresita –le dije.

–Lo hace todo por celos. Es del tipo que le gusta manejar a sus hijos.

–¡Eso sí!

–¿Ves? Seguro que no te dice nada por despecho. Pero ya pasó mucho tiempo, Mario. No le des más vuelta al asunto con lo de tu hermano. Perdoname que te diga, pero él está bien muerto, pobrecito.

–Eso hay que confirmarlo –dije amargo. –Pero de ser así, ¿no tengo derecho aunque sea de llevarle unas flores a su tumba?

–Eso sí.

Un día sucedió el milagro. Normalmente volvía a casa no antes de las diez u once de la noche, pero ese día regresé a las dos de la tarde. Teresita se estaba dando una ducha en el baño principal de la casa. Su cuarto estaba sin llave y para mi sorpresa, su vestido estaba sobre su cama. Entré rápido allí y metí las manos en los bolsillos. Una cadenita de plata renegrida muy fina sostenía una llave antigua de

metal negra por el óxido, pero aún en uso de unos diez centímetros de largo. Tomé la llave y salí raudamente de la habitación y luego de la casa sin que Teresita se enterara que yo había estado allí. Preferí ir a hacer una copia en vez de abrir directamente la puerta del sótano. Estaba seguro que allí estarían las cartas y sabría tal vez toda la verdad.

En la calle tuve que pasar por varias casas que hiciera copias de esa llave, debido a la antigüedad de la misma. Nadie encontraba el método adecuado, hasta que un viejo cerrajero de la Calle Quirno Costa me la hizo. Le llevó todo el día. Fui a casa de la señora Elsa para hacer tiempo y le comenté el suceso, luego volví al cerrajero.

Me imaginaba la cara de Teresita cuando descubriera que no tenía la llave.

Al llegar a la casa, cerca de las diez de la noche, encontré a Teresita sentada en el suelo de la cocina, con su cabello revuelto.

–¿Qué sucedió? –dije mientras la ayudaba a incorporarse, fingiendo preocupación.

–¡Algo terrible, Mario, algo terrible! Entraron ladrones y me robaron.

–¡Venga, Teresita, tranquilícese! –dije en tono conciliador. ¿La lastimaron?

–¡No, sino los vi!

–¿Le robaron mucho?

–¡Mucho no! ¡Todo! –dijo y comenzó en un llanto apagado. Yo miré a mi alrededor y vi cada cosa en su sitio, por lo que intuí que se refería a la llave.

–¡Bueno, Teresita, todo es material! ¡Lo importante es que está bien!

–¡No estoy bien! ¡Estoy destruida, Mario! ¿Hace falta hacer sufrir a una pobre vieja que ya le queda tan poco de vida?

Abracé a la mujer y le dije:

–¡Bueno, Teresita, ya pasó, ya pasó! –y le daba palmaditas en la espalda.

Esa noche preparé la cena yo, aunque Teresita no quiso comer mucho. Estaba un poco más tranquila, aunque barría permanentemente con la mirada el suelo para ver si descubría algo.

–¡Mañana tenemos que hacer cambiar las cerraduras de la casa! –me dijo. Eso sonó como un gong en mi cabeza.

–¿Por?

–El ladrón se robó un manojo de llaves. ¡Puede volver!

–¡Sí, tiene razón! –dije para disimular. Debía actuar deprisa. Esa noche, no se me ocurrió otra cosa que tirar la llave al pie de la puerta de la habitación de Teresita. Luego me acosté y esperé el nuevo día. Cuando desperté encontré a una Teresita radiante, llena de sonrisas.

–¡Buenos días, hijito! –me dijo.

–Parece que le asentó bien dormir –dije.

–No es eso. Encontré las llaves. Estaban en la puerta de mi cuarto y te juro que miré cien veces ahí. Lo que pasa que mi vista ya no es la de antes.

–Por las dudas cambiemos las cerraduras lo mismo –disimulé.

–¡Para qué! ¡Las llaves están aquí!

–No sé, no me quedo tranquilo...

Ella me acarició la cara y me dijo.

–Sos un chico muy bueno.

Sonreí, aunque mi sonrisa era por un motivo mucho más profundo y secreto que lo que la anciana podía calcular.

Ese día domingo, comimos juntos y no hubo más vestigio de enfrentamiento.

–¿Supiste algo más de tu hermano? –preguntó de repente.

–No, es como que se lo tragó la tierra, pero de todas maneras, ya no lo busco –mentí. –Hay que dejar a los muertos que descansen en paz.

–Yo pienso lo mismo, Marito.

–Ah, otra cosa. Tampoco me interesa escribir a mis hermanos. Quería echarles la bronca porque no le escriben a usted, pero si ellos no tienen interés en nosotros, no vamos a ser nosotros los que le roguemos, ¿no?

–Lo que pasa que la vida es así, hijito. ¡Quién va querer a una pobre vieja!

–Yo –dije y la besé en la frente.

–¿Te puedo pedir un favor? –me dijo.

–Dígame.

–Esta tarde voy a la Iglesia. ¿Me acompañarías?

La miré y vi sus ojos azules profundo, tenían una belleza renovada.

–¡No me pida eso, Teresita! Ya sabe lo que pienso yo de los curas y en especial de ese cura Esteban.

–¡Ay, hijito! ¡Está bien!¡No insistiré! Quería ver si antes de morirme yo lograba llevarte a la Iglesia.

–Me llevó dos veces de chico y no funcionó.

Ella sonrió de nuevo y me dio otra caricia. Luego comenzó a levantar los platos, mientras yo me sumergí en la habitación. Pero antes le dije:

–Teresita, cuando se vaya, avíseme, porque yo también voy a salir y de paso salimos juntos.

–Bueno, hijito.

No quería generar desconfianzas.

Dicho y hecho: a las dos de la tarde en punto, Teresita y yo salimos rumbo a la calle. Teresita y yo nos dirigimos hacia la esquina, pero mientras ella dobló hacia a izquierda para la Iglesia, yo me mostré caminando en línea recta directo hacia la avenida, alejándome más de nuestra casa. Dos minutos después, sabiéndola en el interior de la capilla volví sobre mis pasos y corriendo me introduje en la casa y allí fui directamente hacia el sótano. Tenía tan solo una hora para buscar y no levantar sospechas.

Entré con premura a la casa y cuando me puse frente a la puerta de hierro del sótano mi corazón dio un vuelco.

Nervioso puse la tremenda llave en la cerradura y no sin dificultad la di vueltas dos veces. La cerradura crujió como quejándose de la llave nueva. Sentí un gozo cuando descubrí que finalmente la cerradura estaba destrabada. Solo faltaba asir con fuerza la puerta de hierro hacia fuera y convertirme en el primer miembro de la casa aparte de Teresita, en entrar en ese lugar recóndito. Tiré de la manija y la puerta hizo un ruido metálico, hiriente. Mi corazón pareció salírseme. Un olor extraño, mezcla de humedad, pétalos de claveles en descomposición y aromas totalmente desconocidos acudieron a mí. Pero también pude distinguir un olor penetrante, familiar, pero sin precisar exactamente qué era. Estaba ante la puerta abierta.

Miré hacia dentro y lo único que pude observar era oscuridad. Un

viejo interruptor a la derecha encendió una luz débil, pero suficiente para ver todo lo que aparecía ante mis ojos. La cámara no era muy grande y estaba construida sobre la superficie, pero al fondo se distinguía una escalera que daba a otro lugar subterráneo. Decidí cerrar la puerta a mis espaldas para no dejar vestigios de mi presencia, previo sacar la llave y llevármela conmigo. No quería ni imaginar qué podría hacer Teresita de sospechar siquiera que yo me encontraba en su lugar prohibido.

En la cámara superior, solo se distinguía cajas de fertilizantes, pesticidas y se hallaban unas cajas que no precisé en ese instante qué eran, pero que tenían una etiqueta comercial, lo que me hacía presuponer que se trataba de algún otro elemento para sus claveles. Una cañería antigua, ya rancia, en la pared me dio la pauta que se trataba de una edificación muy añeja. Vi a un costado lo que fue una única ventana, pero amurada con ladrillos tiempo atrás. Miré cada rincón de la cámara y solo observé unos estantes despintados en la pared que contenía semillas y cosas que solo me recordaban a la jardinería. Hasta el momento no había visto nada que me llamara la atención o que me diera algún dato extraño. Decidí ir al fondo del sótano. La escalera daba a un lugar penetrantemente oscuro. Se podía decir con total seguridad que allí era siempre de noche. Ninguna ventana o algún orificio reparador dejaba penetrar alguna incipiente luz o una pizca de oxígeno, lo que hacía del sótano un lñugar casi irrespirable. Observé, en los primeros pasos de internarme en el oscuro sótano, que habían algunas construcciones más nuevas que tapiaban precisamente lo que habrá sido alguna vez un conducto hacia

el exterior, mandados a construir seguramente por la anciana en sus tiempos para hacer del lugar un sitio impenetrable. Bajé los primeros peldaños tanteando en la pared y por fin otro interruptor tan antiguo como el primero me dio una luz muy leve de una lámpara cubierta de polvo. Preferí volver sobre mis pasos y cerrar por dentro la puerta de hierro y luego apagar la luz de la cámara inicial. A tientas volví a la escalera, llevándome por el reflejo que de allí procedía tenuemente.

Bajé despacio, intentando fotografiar con mis ojos cada rincón que veía. El olor a humedad allí era más fuerte, pero también me asaltó a mi cara un frío seco, artificial, como los que emanan los *freezers* cuando uno los abre. Cuando llegué al final de la escalera unos veinte escalones después, la total oscuridad se había apoderado otra vez de mis sentidos. Esta vez me costó más trabajo encontrar la luz, pero al hallarla, pude observar que aquello era una cámara grandísima. La edificación era tan antigua como el resto y yo calculé que no tendría menos de cien años. Las paredes, si alguna vez tuvieron color, ahora se veían totalmente oscuras, lo que hacía un peor aprovechamiento de la luz artificial.

¡Había tanto para ver! Un mundo completo dentro del famoso sótano. Por la disposición de la cámara comprendí que el mismo ocupaba toda la superficie de la casa. Sobre uno de las paredes, lo que más me llamó la atención, un antiguo horno de panadero. Era evidente que el padre de Teresita, en épocas de su juventud, utilizó dicho horno para hacer el pan que vendían, como se comentó en la casa, antes de quebrar la empresa familiar e ir a trabajar a esa fábrica que lo devolvía a casa de pésimo humor. Luego vino esa historia que

los chicos contaban y que se grabaron a fuego: un día el padre de nuestra protectora llegó ebrio a casa y le pegó a su esposa hasta hacerle estallar la boca. No se sabía mucho más que pasó después, pero la animosidad que tenían mis compañeros-hermanos hacia aque hombre al que nunca conocieron era tan grande que seguían hablando de él como si hubi3weran compartido la mesa cada día. Luego la nada de la historia, solo que el hombre seguía en la costumbre de usar el horno para hacer pan para casa y algunos vecinos, que vendía a bajo precio. Era un horno gigante. Me llamó la atención de que tuviera tantas cenizas aún, como si Teresita haya sido continuado con la tradición de hacer en tiempos no muy lejanos. Quizá, la mujer, pensé, quemaba basuras o las hojas secas de sus benditos claveles. A un costado, un sector para guardar herramientas del propio horno. Algunas no muy viejas, lo que confirmaba la utilización del mismo. Y también divisé entre las cenizas restos de plásticos derretidos, lo que confirmó mi teoría acerca de la destrucción de la basura por medio del fuego. Por encima del horno había un tubo renegrido que despediría el humo hacia alguna parte del exterior. Y allí, en el horno, acaba uno de los cuatro lados de la gran habitación del sótano inferior. El costado siguiente se destacaba por los estantes. Había cientos y era imposible revisar todos en un rato, pero siendo sistemático, podría revisarlos uno a uno en diversas incursiones. Porque en ausencia de Teresita, observé, era lo más fácil del mundo entrar sin que ella lo notara. Los estantes estaban dispuestos en muebles muy altos y abarcaban el ancho de la pared. Eran de una madera negra dura y lustrosa, tal vez de ébano, aunque se perdía esa luminosidad por el tiempo y por la

tenue luz. Poseían cajoneras en la parte inferior, las cuales algunas estaban abiertas a la vista. En la parte de arriba los pequeños cajones no poseía casi nada, tal vez porque la anciana mujer ya no tenía manera de alcanzar aquellos objetos que allí pudieran habitar. En el primer mueble, comenzando de arriba hacia abajo, lo único que vi fueron pequeña cajitas de colores que curiosamente solo tenían pétalos de claveles disecados y una etiqueta pegada que ponía *tagetas patula, dianthus barbatus, dianthus caryophyllus*, entre otros nombres. Comprendí que eran tipos de claveles, y que sus pétalos eran una clasificación. Los cajones contenían semillas. Pero cada uno de los cajones contenían unas clases diferentes también con su respectivo cartelito: claveles chicos, claveles del poeta, claveles blancos, etcétera, según la distinción de la especie. En los estantes de abajo estaban los bicolores y a ellos también les atribuía una clasificación: blancos y morados, blancos y rojos, rojos y amarillos y demás. Evidentemente Teresita era una experta en claveles, procedencias y en sacarle lo mejor a cada cultivo.

Así terminé viendo las dos caras de cuatro, lo que me llevó un buen rato, sin precisar el tiempo exacto que permanecí allí, pues en esa profundidad y a esa oscuridad, el tiempo parecía detenerse. En el centro de la inmensa sala no había mucho para observar. Allí se encontraban las herramientas mayores y un viejo escritorio con cajonera y una gran caja de cartón encima. Estaba ya pensando en dejar mi faena por ese día cuando un terrible ruido conocido, de una puerta de hierro que se abre acudió a mis oídos. Desfalleciente corrí a la escalera para apagar la luz, previamente ver dónde me escondería.

Me dio pavor que Teresita me descubriera allí, pero llegado el caso afrontaría la situación. A tientas bajé por la escalera y me metí entre las herramientas en cuclillas. Apelaba a que Teresita no bajara, y de hacerlo, a su mala visión o quizá a lo tenue de la luz en el lugar.

Pero Teresita bajó. Encendió la luz y sentí sus pasitos venirse por la vieja escalera de cemento. Parecía hablar, pero no podía entender palabra alguna. Tal vez un rosario o algún sermón del Padre Esteban, pensé. Acomodé mi vista para distinguir tenuemente su figura entre unos rollos de alambres y me dio la sensación que parecía contenta.

–Así es, Mamá –dijo. –Los claveles están tan preciosos como los dejaste vos.

Hablaba con su madre muerta y sé que muchos ancianos hacen este acto con la memoria de sus difuntos, aun así sentí un escalofrío correr por mi espalda.

–¡Ay, Papá! ¡Qué mal que se portó usted! –dijo luego. Yo comencé a temblar. Luego la mujer vino directamente hacia donde estaba yo. Preparé mi puño para pegarle en las gafas e intentar dejarla sin buena vista un momento para que no supiera que era yo; salir corriendo por la escalara y ganar la calle. Fue un acto reflejo, que ni siquiera sé porqué pensé así en ese momento, pero cumplo en describir en este manuscrito fielmente como se dieron los acontecimientos. Pero Teresita no llegó a verme y yo seguí en cuclillas. Ella se sentó al escritorio y siguió hablando, pero su voz se hizo un rumor lejano para mí. Abrió un cajón y sacó una pequeña caja forrada de cuero negro. Puso dentro unos pétalos de clavel amarillo.

–Es para Marito, Mamá. –dijo. –A él le gusta el té de claveles

amarillos. Como a vos, ¿te acordás? ¡Ay, mamá…!

Luego guardó la caja en su sitio, se incorporó y rumiando se alejó rumbo a la escalera. Momento después todo a oscuras otra vez. Unos pequeños pasos y se sintió abrir y cerrar la puerta de hierro de la entrada. Recién ahí respiré aliviado. Sin embargo, me di cuenta que tenía un gran problema. ¡Cómo salir del sótano sin que Teresita se diera cuenta! Había estado más tiempo del debido. Dejé de pensar en ello y decidí pasar la noche allí mismo. No era el lugar soñado, pero al menos revisaría todo más tranquilo. Teresita estaba acostumbrada últimamente a mis desapariciones y no le causaría extrañeza que no fuera a dormir. A las ocho en punto levantaría las tazas del desayuno y ocho y treinta se dirigiría rumbo a la Iglesia. Seguramente pasaría una vez por el sótano y ese sería el único momento de peligro.

Luego de relajarme un buen rato decidí ponerme de pie. Ya me había sentado en el frío suelo de la gran cámara entre los hierros y tenía las extremidades inferiores dormidas. Apoyé mi mano para ayudarme y algo sorprendente, repulsivo pasó por mi mano en aquella oscuridad. Emitió un chillido al quitar mi mano y comprendí que era una rata. Pegué un salto horrorizado y me golpeé con algunas herramientas y maquinarias. Hizo un ruido metálico apagado, pero no muy importante. De todas maneras, el hecho de estar a oscuras en un lugar que había ratas superaba mi capacidad de soportar. Corrí a encender la luz en la escalera y desde arriba busqué con mi vista más roedores en la insignificante iluminación. Si había una rata allí, tenía que haber más, tal vez toda una colonia de aquella alimaña, ya que el lugar no tenía contacto con el exterior y nunca se había visto una rata en la

casa. Contra la otra punta de la escalera vi un movimiento casi imperceptible escondiéndose en las sombras y comprendí que mi razonamiento sobre esta lacra era acertado.

Volviendo en mí, después del sobresalto, decidí regresar al centro de la cámara, agudizando mis oídos por si debiera apagar la luz otra vez. Fue una suerte que antes no me haya descubierto, pero no podía arriesgarme. Sin embargo, eran muy grandes las posibilidades de que la anciana no apareciera de nuevo aquel día. Aunque, era verdad, faltaba mucho tiempo para que la jornada diera por terminada...

Me acerqué al escritorio y abrí el mismo cajón que la anciana. Allí descansaba la pequeña caja revestida de cuero que tomó antes Teresita. La cogí y una etiqueta ponía “dianthus bucaneer tenebris”, identificando la clase de clavel. Miré dentro y vi que en su fondo descansaba los pétalos que puso y otros pétalos renegridos, además de un polvo que no pude precisar qué era pero que al olerlo era el mismo al perfume al ingresar... y en ese momento recordé que era igual también al té de claveles que Teresita me hacía por las noches. Pasé el dedo por el polvo y me lo llevé a la boca y tenía el mismo sabor amargo del té de claveles que la mujer me daba. Supuse que era un preparado de las hojas secas.

Luego miré cada uno de los cajones y semillas, semillas y más semillas. Todo lo que había ahí parecía acercarme nada más a los claveles. Finalmente, mientras me volvía ese molesto dolor estomacal, tomé la caja de cartón que estaba sobre el escritorio. Dentro había papeles. Solo papeles. Nada más y nada menos que papeles. Una enorme y hermosa cantidad de notas y otros documentos. La mayoría

eran cartas de mis hermanos adoptivos, cartas antiguas, bolígrafos, papeles en blanco. ¡Era lo que buscaba!

Respiré hondo y me senté en su escritorio y con ansias comencé a investigar todo. Lo primero que descubrí son las cartas que había enviado Ramón. Teresita las tenía bien clasificada y con una banda elástica separadas por cada uno. Había no menos de siete u ocho partes. De las cartas de Ramón, solo leí una, y recordé el momento que Teresita nos la leyó a todos reunidos sentados a su alrededor. Estaba aún Enrique. Estuve a punto de guardar las cartas de Ramón cuando un detalle llamó mi atención. La carta tenía una estampilla sellada. Ahí estaba el dato que necesitaba, pensé. Es decir, el pueblo de Santiago del Estero donde estaba Ramón, pero para mi sorpresa, el sello ponía: "Correo de Lomas de Zamora"; otra "Correo de Lanús", otra "Correo de Avellaneda", es decir de ciudades cercanas a nuestra casa y así todas. Ninguna de las cartas había sido enviada desde Santiago como todos creíamos. ¿Había engañado Ramón a Teresita y a todos? Más tarde me entró un escalofrío por todo el cuerpo. ¿No sería que Teresita había escrito esas cartas y las envió ella misma desde esos correos? De solo pensarlo se me heló la sangre. Había muchos hechos sobre mi hermano Carlos, sobre Enrique, Carmen y Daniel, Damián y desde ese momento Ramón, que no coincidían con los acontecimientos por todos sabidos.

Busqué las cartas de Carmen. Yo mismo recibí la primera y aunque no vi el resto, pude identificar muy bien su letra. Me quedé pasmado. La letra era muy diferente a la de Ramón, en forma redondita, agradable, muy prolija. Exactamente la letra que sabía de Carmen,

pero las cartas fueron enviadas desde lo mismos correos que las anteriores de Ramón. Busqué las de Enrique: otra caligrafía, pero igual correo.

Ya no tenía dudas.

Seguí inspeccionando en la caja y una de las cosas más maquiavélicas que encontré eran hojas que ponía: “letra de Enrique”, “letra de Carmen”, “letra de Ramón”, “letra de Papá”, letras de gente que no conozco, y la última hoja ponía: “letra de Mario”. Me quedé hecho de piedra al contemplar una escritura de letras grandes, desprolija como era mi caligrafía. Si hubiera encontrado esa hoja en mi habitación, no iba a tener ninguna duda de que se trataba de mi propia letra. Tomé entre todos los papeles la primera carta de Carmen, una de Ramón, una de Enrique (de Damián no había), la nota mía y un par de cartas más, que puse entre mi camisa. Ahora más que nunca me urgía salir de ahí. Tenía los suficientes elementos para hacer una denuncia formal en la comisaría. Ya no me importaba que me descubriera o sintiera los ruidos. Iría directamente del sótano a ver al Comisario Brandán. Estaba excitado por tal descubrimiento.

Pero, sin embargo, a mi investigación aún le faltaba lo más importante: averiguar sobre el paradero de mis compañeros de la casa y de mi propio hermano. Sin miedo ya a hacer ruido y caminando por la cámara con total libertad y desparpajo me fui a la parte restante del sótano. Me quedaban ver dos paneles: el que estaba frente a la escalera y uno de los lados laterales. En éste último no había mucho más de lo que había visto antes: semillas, colecciones de pétalos, mezcla de pétalos, mucha mezcla de pétalos, como las que olí antes y

por supuesto, claveles. Allí había también algunos libros todos sobre cultivos de la flor y de uno que ponía “Claveles Negros”, se desprendió un pequeño recorté salido tal vez de otro libro con la siguiente descripción:

> “(…) Si bien es difícil descubrir el verdadero origen de las Claveles Negros, podemos decir con seguridad que hallamos el primer vestigio en la Casa Myguiary de Hungríaa hace más de 400 años. La Casa no era otra cosa que un vivero que se especializaba en claveles. Sin embargo, algunos atribuyen que la mencionada Casa, descubrió el primer tallo en Sudamérica, cuando el contramaestre Ferenc Myguiary a la sazón en un buque español de la Corona a mando de Francisco Pizarro, precisamente en medio de una tribu de origen incaico. Los indígenas de estas tierras le otorgaban a los colores de las claveles un sentido muy especial. Creían que el color era un significado o un mensaje que los dioses otorgaban a la persona que lo poseía. Así, el rojo era fuerza, el blanco luz y limpieza del alma y el negro, la oposición a la luz, es decir, la oscuridad profunda: la muerte”.

Instintivamente doblé la hoja y a guardé con las cartas dentro de mi camisa. El dolor de tripa se me hizo más intenso y por momento hasta debí doblarme para suavizar sus retorcijones.

Finalmente, en el panel último, es decir, la pared que daba al frente de la escalera, era la parte más cuidada de la cámara. Había vitrinas muy finas, muy bien lustradas, y de las que no se había dejado de

repasar en todos estos años. Se notaba que Teresita le daba un mayor interés a este sitio. Como dije antes, aunque la luz era muy tenue se podía distinguir el brillo del ébano y una cantidad considerable de claveles vivos que no tenían más de un día. También había una gran puerta metálica como una manivela que me hacía presuponer que era una caja de seguridad. Me acerqué hacia el lugar y en una de las vitrinas vidriadas se destacaba una caja de madera grande con un firulete como adorno. Al ponerme frente a ella me di cuenta que esa caja era en realidad una urna, de las que se guardan las cenizas de los difuntos. Una pequeña placa de bronce lustrada ponía “Mamá” y recorrió un estremecimiento por mi espalda. El sótano no solo era un laboratorio para sus claveles, un lugar dónde guardaba sus conservantes, sino una cripta.

Pero la urna de la madre que había allí no estaba sola, con horror comencé a ver otras más pequeñas en cada vitrina, donde se podía leer perfectamente el nombre de cada uno y observé uno a uno con escalofrío en la piel. Pues allí estaban los nombres de Ramón, Enrique, Carmen, Daniel, nombres desconocidos para mí y finalmente el más buscado y el que más temor me dio encontrar: estaba allí el nombre de Carlos Delgado, mi hermano. Comencé a llorar desconsoladamente como un niño. Mi llanto era una mezcla de dolor, de tristeza y de odio hacia aquella mujer que todo el mundo creía caritativa y solidaria. ¡Un verdadero monstruo!

Una vez repuesto de mi impresión tomé una pala del montón de herramientas y le di con fuerza contra la vitrina de mi hermano, liberando así la urna, mi urna. La tomé y la puse momentáneamente

sobre el escritorio. Luego me dirigí a la caja de seguridad. Di vuelta la gran manija y comprendí que en realidad era una especie de cámara fría como las que se guardan los tapados de piel. Un hedor profundo asaltó mis sentidos, haciéndome dar un paso hacia atrás. Un baúl revestido de cuero estaba en el suelo y detrás unos estantes que ponía "abono especial" de donde emanaba aquel olor fétido. Aguantando la respiración, tomé el baúl y lo arrastré hacia fuera y cerré la puerta con fuerza, no sin antes comprender que aquel abono no era otro que carne en estado de putrefacción, y de cuyo origen ni quería imaginarme, aunque era muy evidente. Me refregué la cara, como si con eso me sacara todo el hedor de encima y respiré profundamente.

Abrí el baúl y allí había fotos de todos los años, la mayoría en blanco y negro, pero ya con ese tinte que dan los años. También había un par de libros con páginas raídas y cuadernos, muchos cuadernos. Estaban enumerados del uno al noventa y cuatro y comprendí que se trataba de su diario personal. Ojeé algunos y pude leer cosas al azar de su vida, en donde parecía que el mundo siempre estaba contra ella. No tenía tiempo para buscar cómo fueron las circunstancias en que asesinó a mi hermano, porque a estas alturas no me quedaban dudas de ello. Sí leí el último donde expresaba entre otras cosas: "Mario sospecha". Esa frase me volvió a la realidad. Me di cuenta que mi vida corría peligro y que debía salir de allí cuanto antes.

Haciendo uso de un gran valor volví a abrir la caja y empujé el cofre hacia su sitio donde luego debería ser hallado por la policía. Luego me acerqué al escritorio y ahuyentando a una rata que se había subido allí, tomé la urna con los restos de mi hermano y decidí salir al

exterior.

Pasé entre los pesticidas y fertilizantes que había en la sala superior y por fin llegué a la puerta principal en la cámara y tomé mi copia de la llave triunfante. Teresita se llevaría una gran sorpresa al oír la puerta, si es que estaba en la casa. Aunque, pensé, podría estar en el mismo jardín trasero y verme salir con la urna. Sería seguramente un cuadro dantesco para ella. Ver acabado por fin el fin de una vida de maldad. Puse la llave en la cerradura, y cuando con firmeza quise dar vuelta a la llave, algo la obstruyó y no le permitió girar. Como la luz no era del todo óptima, tanteé con mi mano y me aseguré que la llave entrara con precisión. Pero al intentarlo de nuevo, la llave no ingresó totalmente. Me agaché para mirar por el ojo de la cerradura y con tremenda sorpresa descubrí que la llave de Teresita, la verdadera, se hallaba puesta con media vuelta, lo que no permitía ingresar la mía propia hasta el fondo. Hice fuerza con mi llave y no logré empujar la otra que descansaba del lado exterior impasible. Entonces corrí a buscar algo punzante para sacar la obstrucción. Un pequeño hierro me sirvió para tal cometido, pero por más que golpeé el otro extremo del hierro con la palma de mi mano e intenté un sin fin de veces, no obtuve ningún resultado positivo y la llave del exterior no cedió.

Me senté junto a la puerta para pensar. El olor familiar que me asaltó al ingresar al sótano acudió otra vez a mis sentidos. Había descubierto que ese olor era el producido por los pétalos de claveles amarillas y esa especie de mezcla que la mujer hacía con restos de otros claveles. Pero al estar sentado allí y girar mi cabeza hacia esas cajas de etiquetas comerciales, comprobé con desazón que lo que yo creía en

mi ignorancia que era una mezcla de pétalos con ese aroma pestilente no era otra cosa que veneno para ratas. Teresita me estaba envenenando con su té de claveles, dándome una pequeña dosis cada día, lo que provocaba mis dolores estomacales.

Mi desesperación aumentó. Corrí a la sala de abajo y busqué una enorme maza. Pero antes de comenzar a golpear con violencia la puerta donde seguramente la cerradura cederá, decidí con toda la paciencia del mundo, y consciente que puede ser una prueba irrefutable para el futuro por si algo me ocurriera, escribir este informe. Que dejaré celosamente dentro del baúl de Teresita para cuando lo halle la policía.

Aquí, pues mi historia.

Ahora voy a buscar mi destino.

Epílogo

(Recortes sacados del periódico El Mundo de Hoy, de Buenos Aires, fecha: dos mil y tantos y un borrador dejado por el Fiscal al Juez.)

Matricida en Escalada

Remedios de Escalada, 11 de diciembre. Ayer en altas horas de la mañana, cuando ya estaba amaneciendo, los vecinos sintieron tres disparos y al poco tiempo el grito desgarrador de una mujer mayor. Acudieron a una casa de la esquina de tal y tal y se encontraron con la novedad de que la anciana que moraba en el lugar, y en legítima defensa, hizo uso de un arma de fuego de bajo calibre ante uno de los hijos que había recogido en la calle y criado. El muchacho, cuyo nombre completo no trascendió pero todos conocían como Mario, de 30 años, fue internado en estado de gravedad y falleció a las pocas horas. La anciana, de nombre María Teresa Martínez y que todos conocen por el mote de "Teresita", había recibido dicha arma de manos del Comisario del barrio, ante la posibilidad de ser atacada por el muchacho que veía alteradas sus facultades mentales. Meses anteriores, el mismo joven atacó a su madre, de 89 años, con golpes en la cabeza y abdomen ante los ojos sorprendidos de los vecinos y fue internado en un nosocomio hasta que la propia Teresita firmó su alta, quedando ella con la responsabilidad del enfermo mental. En aquella ocasión, fueron los propios vecinos quienes sacaron a la anciana de la garra del pretendido matricida, que emitía palabras sin sentido.

El Mundo de Hoy pudo dialogar con algunos de los testigos. Luís García, vecino de la mujer, dijo que "*el muchacho era una porquería; nunca dispuesto a darle un gusto a Teresita que lo cuidó como si fuera un hijo propio igual que a los otros chicos que recogió de la calle*". Otra mujer testigo, cuyo nombre no quiso mencionar dijo que "*yo mismo hice la denuncia cuando el pibe ese le pegó a su madre*" y agregó: "*¿le parece normal que un chico joven y fuerte le pegue a su madre que está por cumplir 90 años?*". Pedro Díaz, el diarero de la esquina de la casa de la señora Teresita nos comentó: "*algunas personas decían que ese chico Mario estaba loco; yo no lo creo. Ese chico estaba bien cuerdo, pero era muy mala persona, como los perros que muerden la mano del amo que le da de comer*" y concluyó: "*ese chico llevaba la maldad en la sangre*". El Padre Esteban, párroco de la Iglesia del barrio expresó a nuestro periódico: "*ese muchacho lamentablemente estaba endemoniado; si supiera todas las cosas que nos venía contando la mujer sobre él...*" y terminó diciendo: "*la*

pobre Teresita tenía solo dos pecados: recoger chicos de la calle y cultivar sus claveles; por lo demás era una mujer católica activa, muy buena y preocupada en hacer el bien al semejante". Pero de todos los manifiestos, el más concluyente fue sin duda el del Comisario Octavio Brandán, que si bien fue un poco reacio al principio para hablar con nuestro medio, una vez instalados en su florida oficina dijo que "*sobre el occiso, cuyos datos no puedo mencionar por encontrarse el mismo en secreto de sumario, puedo decirle que era peligroso, muy peligroso. Dicha persona se encontraba baja la tutela de su señora madre adoptiva, la que lo recogió de la calle cuando el mismo se encontraba en la edad de catorce años, y siendo el mismo detenido por esta repartición policial, fue puesto a disposición del personal psiquiátrico, pero ante el pedido de la susodicha tutora, fue puesto en libertad con todas las recomendaciones del caso y, obviamente, con la firma de dicha tutora haciéndose cargo de cualquier incidente que pudiera acaecer*". Nuestro medio le preguntó si era cierto que él mismo le entregó en mano el arma con el que la mujer se defendió del matricida, y si eso no era una imprudencia, por lo que nos respondió: "*afirmativo, aunque debo agregar que la tutora en cuestión hizo uso de su derecho legal de sacar a su hijo adoptivo del nosocomio psiquiátrico, por lo que creí conveniente otorgarle, hecho excepcional y poco frecuente, también la posibilidad del uso de su legítima defensa, como así lo efectuó. Sino hubiera cometido yo esa imprudencia, como dice usted, de darle el arma, hoy estaríamos ante otro hecho luctuoso y, tal vez, otros sucesos lamentables, ya que el occiso tenía antecedentes en el uso de armas y de cometer actos delictivos. Destaco, además, que el mismo poseía un hermano con el que vivía tiempo atrás, que murió bajo las balas policiales hace unos años y del que se escapó éste por poco. Además, aquel intentó robarle a la susodicha anciana antes de que el chico viviera con ella, y no es difícil pensar que este chico muerto haya sido un señuelo de aquél para cometer sus actos vandálicos, entre los que se encuentran un intento de violación de la hermana de crianza en un número no precisado de veces, aunque no denunciados por la caritativa anciana. También puedo mencionar otros ilícitos de menor envergadura que cometió el fallecido en la propia casa de la señora tutora, pero que ésta también se negó a*

denunciar formalmente a este comisario que los recibe". Nuestro medio le inquirió además si era cierto que la mencionada anciana era una mujer famosa en su barrio por el cultivo de sus claveles, lo que el comisario manifestó: "*no tiene más que ver mi oficina para darse cuenta quién es Teresita y ver la gente de mal vivir con la que se juntaba su hijo en esta última época y compare, señor periodista. Por ejemplo, la única persona que defendió a Mario en el intento de matricidio fue una tal Elsa no se cuánto, una mujer que vive en la villa y tiene un hijo preso y que dos cayeron bajo las balas de la Policía. Más prueba no se necesita para saber quién era Mario Delgado*". El Comisario Brandán también hizo referencia que unos días atrás de la tragedia, el fallecido hijo adoptivo de Teresita preguntó por su hermano muerto hacía quince años con el fin de recuperar su imagen, como de otro chico más muerto de igual manera, lo que le hizo suponer a este comisario, que el criminal fallecido estaba ya con sus facultades mentales alteradas.

Consternación en el Escalada por entierro de matricida

Remedios de Escalada, 12 de diciembre. Ayer El Mundo de Hoy estuvo en el funeral del matricida fallido que quiso asesinar a golpes a su anciana madre adoptiva y ésta tuvo que ejercer su derecho a legítima defensa ocasionándole heridas mortales con un arma de fuego de bajo calibre. El luctuoso hecho ocurrió en la localidad bonaerense de Remedios de Escalada el miércoles 10 último a horas del amanecer, como ya adelantáramos en nuestra edición de ayer. La anciana, María Teresa Martínez, conocida como Teresita comentó que estaba durmiendo y simplemente sintió unos golpes en la puerta del sótano que guarda abonos e insecticidas para los claveles que cultiva. Como la mujer no accedió días antes a entregar la llave a su hijo Mario, éste la comenzó a tomar con golpes de puño, teniendo ella que sacar su arma, un revólver calibre 22 largo, que el Comisario del barrio le diera en tenencia para que se defendiera. La mujer al comienzo creyó que se trataba de ladrones y al encontrarse con su hijo comenzó la discusión, no teniendo la mujer otra alternativa que ejercer el uso de

la misma para su propia supervivencia. A pesar de todo, Teresita lloraba sin consuelo en el funeral, y a diferencia de la tradición, pidió cumplir la última voluntad del fallecido, de ser cremado en una localidad lejana que no trascendió a este medio. Para esto pidió la anciana dejarla sola con el cuerpo de su hijo al terminar el velatorio, respetando todos su dolor. Cuando se le preguntó a Teresita el motivo del porqué no autorizó a su hijo a ingresar al sótano, esta declaró en medio de lágrimas que “no solo fue para cuidar los elementos del cultivo, sino que él muchas veces tomó pesticida y tenía miedo que hiciera una locura, teniendo en cuenta su problema psiquiátrico”. Este hecho fue comprobado por el médico forense que encontró un alto grado de ese elemento en la sangre, lo que demuestra que el consumo de pequeñas dosis durante mucho tiempo era habitual en el joven. Cave agregar que días atrás el joven había propinado a la mujer una feroz paliza y si no fuera por los vecinos, la mujer hubiera sido ejecutada por el matricida con sus propias manos. En aquella oportunidad el chico fue detenido y llevado a un centro neuropsiquiátrico, pero la mujer levantó la denuncia y firmó todas las autorizaciones y compromisos con el nosocomio y el juzgado para cuidar ella misma de su hijo adoptivo.

Una multitud se encontraba en casa de Teresita, no tanto porque el muchacho fuera querido, sino para acompañar a la anciana que era considerada como una católica ferviente y una buena vecina. Llamó la atención de este reportero que suscribe tres cosas: que el cura párroco se negara a dar la extremaunción post mortem al occiso, siendo el sacerdote joven de la Iglesia quien lo hiciera, que el féretro estuviera adornado por innumerables claveles multicolores cortadas por la propia Teresita para la ocasión y que ninguno de los cuatro hermanos, también adoptivos, del muchacho se hicieran presentes en el funeral.

Borrador del informe final del Fiscal

Señor Juez, aquí cumplo en enviarle el informe final, teniendo en cuenta que todos los elementos son por sí mismos de una verdad absoluta. Por mi parte, destaco lo siguiente:

- Los dichos de los testigos de los hechos marcan que el fallecido Mario Delgado, alias Mario Martínez, intentó asesinar a su madre adoptiva en alguna ocasión anteriormente, siendo este mismo Juzgado quien llevó la causa y de la que Vuestra Señoría ya se expidió con Justicia. El móvil fue evidentemente quedarse con el dinero de su anciana madre adoptiva, de la que nunca sintió cariño alguno.
- Los mismos testigos manifiestan y definen la personalidad de la anciana, de nombre María Martínez, alias Teresita, como una mujer noble, católica ferviente, solidaria con los vecinos y aún que goza de muy buena reputación en las propias fuerzas policiales para la que colabora, enviándole claveles diariamente.
- Los antecedentes del fallecido coindicen con los dichos de los testigos, salvo de la señora Elsa de Munín, que también tiene antecedentes por desacato y desobediencia a la autoridad en tres oportunidades, al ir a visitar a uno de sus hijos preso.
- La carta final donde el propio Mario describe sus verdaderas intenciones.

De mi parte, Su Señoría, doy por cerrada la causa, no haciendo

acusación contra la mencionada María Teresa Martínez, DNI 2.198.112 debido a la claridad del asunto, coincidiendo esta vez con la parte defensora.

Hágase Justicia.

Dr. Julio Aguirre
Fiscal del Juzgado
en lo Penal N° 4

Observaciones: Permítame un comentario más su Señoría, sin que éste se incluya en la causa. El amplio manuscrito que el chico Mario Delgado dejó y fuera encontrado por nuestro oficial de Justicia dentro de un cofre vacío está plagado de errores de datos, como los propios testigos manifestaron, como así no se hallaron vestigios de restos humanos y cosas extrañas en el viejo sótano de la calle León Suárez donde se produjeron los hechos, salvo los necesarios para el cultivo de claveles. Al contrario, éste estaba en muy buenas condiciones de higiene, y sí había urnas de familiares difuntos de la anciana María Martínez, lo cual no está prohibido por la ley de este país.

Por otra parte, las palabras del Padre Esteban, párroco conocidos por todos nosotros, colaboró para que las diligencias fueran más expeditas y así dejar despejada de toda inquietud a la pobre Teresita, una mujer ya de edad avanzada, católica activa y muy caritativa.

Dejo sobre su escritorio un magnífico ramo de claveles dejado por la anciana para usted. También la nota que el pretendido matricida dejó como vestigio fundamental de sus pretensiones, cuyos rasgos

caligráficos responden al fallecido en cuestión.

Nota firmante: Mario Martínez

A quien corresponda: Si esta carta es leída es porque ya estoy muerto y entonces no me interesa nada que se sepa la verdad. En mis plenas facultades físicas y mentales doy fe de que todo lo que aquí ocurrió fue por mi entera culpa.

Y fue debido al odio que me provocó siempre Teresita y sus claveles y la falta de dinero abundante para poder irme a cualquier parte del mundo como lo hicieron mis hermanos adoptivos. Estoy seguro que Teresita tiene un tesoro escondido en el sótano junto a los huesos podridos de sus antiguos familiares. Para que parezca muerte natural trataré de hacerle ingerir un poco de té de claveles con veneno de rata y yo mismo tomaré un poco para que crean que fue un accidente. ¿Quién podrá sospechar? Y si leen esto, ya nada tiene importancia. Gozo en pensar que en unos días estaré junto a mi dinero para siempre. Hay que tener paciencia y ya nadie nos podrá separar. Me gustaría verles las caras de tontos a todos.

Mario Delgado Martínez

Un poco sobre el Autor:

Ángel Mario Fernández Dárdano, aunque insiste que su apellido es Martín, debido a que este fue el seno de la familia donde creció, es oriundo de la ciudad de Remedios de Escalada, Lanús, provincia de Buenos Aires. Descendiente de inmigrantes españoles, italianos y griegos, ha ejercido como periodista, especializado en estudios de Literatura Latinoamericana y Española. Ganador de diversos premios literarios, publicó en varios países: España, Argentina, EE.UU., Italia, México, Brasil, Líbano y ahora Portugal. Afincado en el País Vasco desde 2006, tiene en su haber más de veinte publicaciones, entre las que se destacan las novelas *Las Las clases de Literatura* (Barcelona, 2012), *Juan se fue a las estrellas* (Madrid, Milán, Nueva York, 2013), traducido a diversos idiomas. También ha incursionado en el teatro donde ha estrenado algunas piezas (30.000 o la loca del pueblo, Los Perfectos, El último amor de Schubert entre otras) y formado el Grupo de Teatro Los Rotos (The Broken-Men), compuesto originariamente en su mayoría por actores y actrices discapacitados.

Sus últimas novelas que puedes adquirir en Amazon son:

- El detective ciego
- La guerra del agua
- Che Aitona! Las palabras enterradas

Comparte impresiones de esta obra con el autor:
hijosdelcorralito@yahoo.es

Otras obras de este autor en Amazon-Kindle:
El caserón de la calle Belgrano y otros relatos premiados
El solado muerto y otros relatos inquietantes
Tiempos jodidos
Che, Aitona! Las palabras enterradas

(2018)

[1] Cada uno tenía su propio aniversario de llegada (Nota de Mario).